Antes de 1933, Hitler reveló muy pocas cosas sobre el alcance total de sus planes. Todo cuanto quedó oculto en sus discursos, y apenas se entrevió en MEIN KAMPF, se lo confió el Führer al periodista Richard Breiting, en el curso de dos entrevistas. Breiting prometió guardar el secreto de estas conversaciones y no entregó el manuscrito de las mismas a la Gestapo, cuando ésta se lo exigió. Más tarde, Edouard Calic - experto internacional en la historia del nacionalsocialismo - encontró el manuscrito de Breiting y lo publicó. Se trata de un documento único, que llena una amplia laguna en la biografía de Hitler con anterioridad a 1933, y que nos muestra al Führer, antes de la usurpación del poder, desprovisto de la máscara de benefactor nacional.

rotativa

Otros títulos:

100 Ptas.

- EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES - Fulcanelli
- VIDA EN FAMILIA - Giovanni Guareschi Novela
- EL GRAN GATSBY - F. Scott Fitzgerald Novela
- POLITICA EXTERIOR AMERICANA - Henry A. Kissinger
- CREEZY - Félicien Marceau Novela
- EPISTOLARIO (I) (1873-1890) - Sigmund Freud
- EPISTOLARIO (II) (1891-1939) - Sigmund Freud
- LA EUROPA DE LENIN - Fernando Díaz-Plaja
- LOS ESCANDALOS DE CROME - Aldous Huxley Novela
- HISTORIAS DE PLINIO - F. García Pavón Novela
- A LAS SIETE DE LA MAÑANA - Eric Malpass Novela

hitler sin máscara

(CONVERSACIONES SECRETAS)

EDOUARD CALIC



Hitler sin máscara

Edouard Calic

Título original:
OHNE MASKE

Traducción de
MANUEL VAZQUEZ

Portada de
J. PALET

Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain
Impreso en España

Depósito Legal: B. 39.988 - 1975
ISBN: 84-01-44029-7

GRAFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

PREFACIO

Poseemos innúmeros documentos hitlerianos de probada autenticidad correspondientes al período comprendido entre los años 1933 y 1945: estenogramas de sus disertaciones ante círculos íntimos, «conferencias tácticas», protocolos sobre negociaciones, entrevistas o Memorias debidos a la pluma de alemanes y extranjeros cuya misión les puso en contacto con el dictador. Sin embargo, escasean los testimonios sobre el período precedente a la usurpación, cuando esta época es, justamente, la más interesante para los biógrafos de Hitler. En ella se manifiesta el político incipiente, no ese otro, ya avezado, que recurre a sus ardides con patente reiteración hasta que, al fin —¡cuánto le costó!—, el mundo entero reacciona como es de rigor. En ella se trasluce la sorprendente continuidad del pensamiento y designio hitlerianos. Hitler fue un individuo repelente, de increíble malevolencia; un monstruo. Pero, ciertamente, ha compartido esa inclinación con otros gobernantes de la Historia universal: barruntó y supo muy pronto lo que quería, lo que alentaba en su fuero interno, lo que sería realidad algún día alrededor suyo. Según dijo cierto estadista francés, «*on est Premier Ministre pour l'avoir voulu*», una sentencia aplicable en su más amplio sentido a Hitler. Él fue Führer, tirano, conquistador, dio a Alemania, si no por mil años sí por dos o tres, el dominio absoluto sobre Eurasia, tal como él lo quiso. A decir verdad, no hubo muchas más cau-

sas motivas. La competencia en los forcejeos por el poder es muy módica; bastante más módica, por ejemplo, que en el campo económico. Muchas gentes desean enriquecerse. Pero, ¿cuántas aspiran seriamente al poder, al poder absoluto?

No lo simplifiquemos demasiado. Pues en el caso Hitler intervienen todavía otros factores: inteligencia brillante e intuitiva, si bien indisciplinada; talento para organizar y delegar sin perder las riendas; fantasía; astucia; conocimiento y desprecio de la mente humana. Él poseía tales facultades, así como la capacidad, tan necesaria en su «profesión», para distinguir entre lo esencial y lo superfluo. Visto desde este ángulo, podríamos o más bien deberíamos conceptuarlo, a pesar nuestro, como un «gran hombre», siempre y cuando esa «grandeza» no entrañe relación alguna con la moral ni aparezca asociada invariablemente al desvarío.

Su conocimiento de los hombres propició el arte para manejarlos. Hitler se acomodaba como norma a su interlocutor. No es que mintiera deliberadamente (aunque ello también solía suceder). Él sólo decía lo que se le antojara más beneficioso en un momento dado. Tales embusteros son los más convincentes.

Entre las conversaciones sostenidas por Hitler durante los años precursores del asalto al poder, siempre me ha parecido la más instructiva la que publicó Hermann Rauschning en 1939. Hitler dejó echar una profunda ojeada en su alma al presidente del Senado de Danzig, quien también era nacionalsocialista a la sazón. En aquel coloquio se habló mayormente de la «próxima guerra», se expuso con toda suerte de pormenores cuáles serían su planteamiento y sus objetivos. Se han hecho ímprobos esfuerzos (el historiador inglés A. J. P. Taylor ha malgastado su inteligencia en esa tarea) para demostrar que Hitler «no quiso» la Segunda Guerra Mundial. ¡Como si todo dependiera de eso! Hitler deseó la guerra, la guerra estuvo en su mente desde el principio. Claro que una guerra real difiere siempre, y no poco, del concepto guerra, es decir, la guerra *in abstracto*.

En las conversaciones con un tal Breiting publicadas aquí, Hitler apenas menciona la guerra.

Y tiene buenas razones para ello. Su interlocutor no es un partidario incondicional, sino condicional, y mucho; un conservador, un sólido ciudadano alemán. El Führer de los nacionalsocialistas le atrae y repele a un tiempo. Atracción, porque Hitler es una «fuerza constructiva» (esta expresión estaba en boga por entonces), un nacionalista, un enemigo acérrimo del comunismo, un detractor de la democracia social, un opugnador del «escandaloso dictado de Versalles»..., tendencias todas ellas que deben haber agradado a los Breiting. Repulsión, porque su alucinante anfitrión es, con todo, algo radical. El antisemitismo puede pasar, pero... ¿acaso no hay también personas decentes entre los judíos? El anticomunismo no tiene tacha, y, sin embargo, ¿cuál es el pensamiento del propio Hitler sobre la inviolabilidad de la propiedad privada? Sin duda alguna, el actual Reichstag es un instrumento inservible, pero, ¿no sería peligroso gobernar al margen del Parlamento...? Éstos son los pensamientos del adinerado burgués sajón que, mientras espera en la antesala, contempla admirado, sin poderlo remediar, el desabrido boato de la Casa Parda, el formidable aparato del partido cuyas piezas funcionan impecablemente ante su vista.

Hitler capta al instante la personalidad de su visitante. Se hace pasar por sincero. Más aún, se manifiesta con sinceridad. Uno no necesita decir todo lo que piensa para parecer sincero. Hace entrar en juego el único arte que comparte con Bismarck: desconcertar a las gentes mediante el sencillo método de exteriorizar la verdad. Así como en *Mein Kampf* nunca disimula el desprecio que le inspiran los pueblos —incluido el alemán—, tampoco oculta ahora ante el burgués su desdén hacia la burguesía alemana; ésta es corrupta y oportunista hasta la saturación, pero se avendrá a razones cuando él haga restallar el látigo; entonces podrá manejar a banqueros, profesores e industriales, aunque sin dejarse dominar jamás por ellos. Hitler prevé con asombrosa clarividencia la evolución de los próximos años: alianza con los «nacionales alemanes», usurpación mediante la mayoría parlamentaria democrática y aniquilamiento fulminante del parlamentarismo. Pero,

como quiere congraciarse con el señor Breiting, se guarda mucho de confiarle tales proyectos. Él no desea exterminar a los judíos..., y tal vez lo pensara así realmente por entonces. La matanza de judíos estaba ya en su ánimo, aunque no todavía como aquella intención premeditada resultante de la situación bélica. Se hace pasar por un adepto del orden riguroso, lo que entonces era; no por un adepto del caos, que también lo era, y en medida mucho más intensa. No dice, como hizo con Rauschning, que, si las circunstancias lo requieren, se propone arrastrar consigo al mundo hacia el abismo. Tampoco descubre la motivación fatídica del «Ocaso de los dioses». Y así, mediante esa mezcla inimitable de veracidad brutal y habilidosa ocultación consigue todo cuanto quiere. Breiting marcha de allí profundamente impresionado. ¡Nunca se había topado con un político semejante! ¡Éste es el hombre del futuro!

Quien conozca a Hitler a través de otros documentos, lo reconocerá inmediatamente en estas páginas y adquirirá conocimientos adicionales sobre aquel fenómeno humano, el más horripilante de este siglo nuestro, nada parco en atrocidades.

GOLO MANN

Kilchberg am Zürichsee, 16 de marzo de 1968

INTRODUCCIÓN

En dos conversaciones celebradas los meses de mayo y junio de 1931 y cuyo contexto no estaba destinado a la opinión pública, Adolf Hitler, líder del partido nacionalsocialista alemán de trabajadores, confió sus objetivos y planes al redactor jefe del *Leipziger Neuesten Nachrichten*, Richard Breiting[1]. Tan pronto como hizo constar el carácter secreto de todas sus manifestaciones y obtuvo la consiguiente promesa de silencio, Hitler expuso un análisis de la situación, un programa de acción y unos proyectos a largo plazo cuyas líneas maestras no se vislumbraban en sus discursos ni en su libro *Mein Kampf* ni en el programa general del NSDAP. Habló del papel que asignaría en su estrategia a la burguesía, la industria, la milicia, la Iglesia y la «masa» popular para abrirse un camino «legal» hacia el poder, esquematizó su futuro Gobierno autoritario y la proyectada mutación en todos los terrenos de la vida pública, desde la justicia hasta la Prensa. En una segunda conversación reveló sus planes para consumar la metamorfosis europea tras el aniquilamiento de la Unión Soviética, manipulando como piezas ajedrecísticas los Estados europeos desde Escandinavia hasta el Mediterráneo, desde Francia hasta los Balcanes. Hizo desaparecer muchos países del mapa y bosquejó una emigración masiva hacia la Europa oriental. Asignó papeles a Inglaterra, Estados Unidos y diversos Imperios

coloniales para un distante futuro, y terminó pintando un mundo bajo la hegemonía de los blancos nórdicos.

¿Cómo es posible que Hitler descubriera con tanto detalle sus aspiraciones y propósitos ante un representante de la Prensa?

El gran diario alemán *Leipziger Neuesten Nachrichten* —fundado en 1892, editado y publicado por «Edgar Herfurth und Co.»— representaba el criterio político de la derecha conservadora, es decir, el *Deutschnationalen Volkspartei* y el ala derecha del *Deutschen Volkspartei*[2]. Amparaba las metas políticas de los hombres agrupados en torno a Hugenberg. Entre el redactor jefe Breiting y el jefe de la minoría parlamentaria de los «nacionales alemanes» *, Oberfohren, existían relaciones de confianza. El periódico, animado por un espíritu nacionalista y un afán informativo, conceptuaba al NSDAP como «realidad política» y se había opuesto a la orden dictada contra Hitler, por la que se le prohibía hablar en público, así como a la disolución de sus unidades paramilitares, abogando incluso varias veces por su nacionalización definitiva.

En el año 1930, cuando las elecciones parlamentarias le aportaron 6,4 millones de votos, Hitler fundó en Dresde para el «*Gau Sachsen*» ** un periódico titulado *Freiheitskampf* ***. Pero esa hoja informativa no pudo competir con los diarios clásicos y de clientela asegurada. El *Freiheitskampf* tenía un círculo de suscriptores muy reducido que no podía constituir una amenaza seria. Los lectores conservadores lo encontraban demasiado vulgar y primitivo, pues el *Freiheitskampf* intentaba aumentar su tirada mediante el sensacionalismo y el descubrimiento de escándalos. Acusaba de corrupción e inmoralidad a Herfurth y Breiting, afirmaba que ambos pretendían perpetuar el «caciquismo como sistema político» a socapa de la oposición nacionalista. En la primavera de 1931, se intensificaron tanto esos ataques que el direc-

* Deutschnationalen.
** Distrito de Sajonia.
*** Lucha por la libertad.

tor y su redactor jefe estimaron oportuno elevar una reclamación a Hitler.

Breiting no tuvo dificultades para encontrar la vía directa hacia el líder del NSDAP, pues desde 1928 hasta 1930 había dado empleo como corresponsal del *Leipziger Neuesten Nachrichten* en Munich al doctor Otto Dietrich. Éste resultó ser una excelente fuente informativa acerca de todo cuanto concernía al NSDAP y proporcionó muy útiles «informes» confidenciales sobre la política hitleriana a Herfurth y Breiting. Entre el redactor jefe del *Leipziger Neuesten Nachrichten* y el corresponsal en Munich había lazos de amistad que no se rompieron cuando Dietrich, en 1930, abandonó la redacción para fundar el *Essener Nationalzeitung*, la hoja regional del NSDAP. La fundación de este diario fue posible gracias al apoyo financiero de algunos industriales y la mediación de Goering. Otto Dietrich contrajo matrimonio con una muchacha llamada Almuth, hija del editor doctor Reismann-Grone, propietario del *Rheinisch-Westfälisch Zeitung*, periódico que contaba con el respaldo de la gran industria. Como yerno de tan influyente editor, Dietrich prestó gran servicio al NSDAP y a su líder con detalladas informaciones sobre los propósitos de los círculos industriales. Al propio tiempo aprovechó su posición para glosar favorablemente la política económica de Hitler y también sus ideas antisemitas. Hitler, por su parte, utilizó los conocimientos de Dietrich para fustigar a los editores y poderlos coaccionar más tarde. En 1931, nombró jefe de Prensa del NSDAP a su consejero, y en 1937 le confirió el título de jefe de Prensa del Reich. Así, pues, gracias a la intervención de Otto Dietrich, Breiting obtuvo una audiencia con Hitler en Munich el mes de mayo del año 1931.

Cuando el líder del NSDAP resolvió lanzar su asalto contra la fortaleza de los periodistas burgueses, disponía ya de una poderosa organización y numerosos periódicos, más temidos que respetados. Esos diarios regionales causaron gran terror con sus desaforados ataques, lo cual contribuyó también no poco a llenar las arcas del partido NSDAP. Hitler percibió claramente que los grandes periódicos funcionaban bien como engra-

najes entre la industria, las finanzas, el ejército, los clubs sociales, la intelectualidad, los poderes estatales supremos y el cuerpo electoral burgués. En aquella fase de su lucha, le importó, ante todo, enrolar a esos círculos para la consecución de sus objetivos. Optó por la táctica de ganar aliados temporales entre adversarios. Así, puso todo su empeño en congraciarse con las figuras decisivas e influyentes de los grupos conservadores a fin de conseguir su apoyo bajo la consigna «paso legal hacia el poder». Con tal objeto, Hitler eligió como medio idóneo la entrevista confidencial, donde desvelaba sus miras secretas. Las frases grandilocuentes de sus discursos no tenían aquí utilidad alguna; él sólo podía persuadirles mediante una exposición clara de su táctica, mediante el cálculo y la grandiosa proyección de sus planes, mediante la subordinación que le imponía el acontecer histórico como único recurso para su realización. Él quiso convertir en conspiradores a los copartícipes. Sólo así son explicables sus revelaciones bajo el sello del secreto, revelaciones que de haber sido dadas a la opinión pública hubieran hecho peligrar su posición.

Cuando Hitler recibe a Breiting en Munich posee ya informes minuciosos sobre su interlocutor. Aunque alude a las referencias facilitadas por su Servicio de Información, conoce también sin duda las manifestaciones del periódico comunista *Leipziger Volkszeitung* donde ha aparecido esta apostilla: «Breiting, el redactor jefe del noticiero Herfurth, ese Breiting cuyas resoluciones tienen más fuerza en el periódico que las del propio Edgar Herfurth, ese Breiting que dirige con autoridad férrea a "sus" redactores es un dictador anónimo con su sacrosanta omnipotencia entre los partidos burgueses de Leipzig.» El periódico añadía que ese hombre tenía bajo su férula al alcalde de Dresde, Blücher, y al antiguo primer ministro de Sajonia, Bünger. «El señor Breiting señorea. Bünger busca su amistad a pesar de todo, pues el *Leipziger Neuesten Nachrichten* le amendrenta considerablemente.»

Mediante ambas conversaciones Hitler intentó ganarse para sus fines a ese «dictador genuino» de la opinión pública. Esperó que Breiting, junto con

el *Leipziger Neuesten Nachrichten*, tomara su propio curso y sustentara eficazmente su propia política. Hitler condescendió con Breiting hasta el punto de permitirle tomar anotaciones estenográficas, pero le hizo prometer, y también a su acompañante el doctor Alfred Detig, la reserva más absoluta[3]. A la primera conversación, que tuvo lugar el 4 de mayo en la llamada Casa Parda de Munich, asistió el secretario de Hitler, Rudolf Hess. Breiting acudió sin compañía a la segunda entrevista, a principios de junio. En ésta tuvo esporádicas intervenciones el asesor jurídico de Hitler, doctor Hans Frank, responsable de las disputas originadas con el *Freiheitskampf*[4].

Ambas conversaciones han permanecido ignoradas hasta la fecha. Solamente tres años después, la Jefatura del Partido recordó que Richard Breiting había tomado notas de los diálogos. Se supo por una indiscreción que el redactor jefe había escrito también un resumen de lo tratado para el director del periódico, Edgar Herfurth.

Max Amann, director de la editorial nacionalsocialista, y Joseph Goebbels, jefe de Propaganda del Reich, se enteraron también de las dos entrevistas por la agenda del Partido. No es extraño, pues, que hacia mediados de enero de 1934 la Gestapo en Leipzig requiriera la devolución de todos los apuntes sobre las conversaciones mantenidas con Breiting. Justificó su petición diciendo que tales notas pertenecían al patrimonio intelectual de Hitler, y que si se publicaran esas manifestaciones antes de la subida al poder, en el extranjero podría dárseles una interpretación errónea. Breiting negó categóricamente la posesión de papel alguno y aseguró haber destruido las notas. Llegada la usurpación, Breiting quiso ingresar en el partido para librarse de las persecuciones y proteger también a sus amigos. Se sabe por diversos documentos que la Central de la Gestapo en Leipzig le había incoado un expediente secreto. Se acusó a Breiting de «servilismo ante los judíos», porque había frecuentado la amistad de personas judías sin solicitar jamás los servicios de un jurisconsulto nacionalsocialista para resolver sus asuntos, y porque hacía insertar anuncios de empresas judías en su periódico. Se le reprochó haber

«engañado de forma indigna a altas personalidades y seguir distinguiendo con sus preferencias a los judíos después de la usurpación». De resultas, se denegó su ingreso en el partido y se le amenazó con un proceso por corrupción y enriquecimiento ilegal.

Ese método de amenazar a judíos y burgueses simpatizantes del judaísmo con pleitos criminales o citaciones ante los tribunales de justicia, fue una práctica común entre los nazis tras la usurpación. Hasta su muerte, en el año 1957, Richard Breiting tuvo serios conflictos a causa de aquellas anotaciones «extraviadas».

La autenticidad de esos documentos ha sido confirmada por la declaración jurada de la señora Emmy Breiting, viuda de Richard Breiting, y la del sobrino, Ekkehard Schneider-Breiting, así como las manifestaciones de la señora Tränkner, antigua secretaria de Richard Breiting —quien transcribió en su día el estenograma—, y el dictamen del ex director del Departamento estenográfico del Reichstag, consejero gubernamental jubilado Ludwig Krieger, sin olvidar el testimonio de numerosos historiadores y expertos.

El consejero gubernamental Krieger escribe en su dictamen del 8 de setiembre de 1968: «La transcripción es un fiel trasunto del original... Puesto que yo asistí también como estenógrafo a las conferencias tácticas de Hitler en el Cuartel General del Führer durante la Segunda Guerra Mundial, reconozco claramente en este estenograma el estilo de Hitler y sus típicas reacciones. Todo el legajo deja entrever la coherencia de un caso específico. La revisión me ha interesado también considerablemente bajo su aspecto político y técnico. El estenograma escrito por Richard Breiting posee, sin duda, gran valor histórico, porque, según tengo entendido, no se conserva ningún estenograma sobre las conversaciones secretas con Hitler del período anterior a 1933.»

Los documentos susodichos descubren una nueva fase histórica de la época comprendida entre los años 1931 y 1933. Su publicación sirve para el esclarecimiento de hechos contemporáneos.

ÉDOUARD CALIC

COMENTARIOS Y ACLARACIONES A LA INTRODUCCIÓN

1. Breiting fue miembro del partido populista alemán. En su círculo de amistades figuraban numerosos políticos, como Carl Friedrich Goerdeler, el doctor Wilhelm Bünger y el doctor Ernst Oberfohren.

2. Este periódico alcanzó en 1931 una tirada diaria de doscientos mil ejemplares.

3. El doctor Albert Detig, antiguo redactor del *Leipziger Neuesten Nachrichten*, que asistió a la primera conversación entre Richard Breiting y Adolf Hitler, me reveló, el 25-VII-1968, que Hitler había intentado coaccionar a Breiting y Herfurth para hacerles más doblegadizos con su política y poder sentar pie en la empresa. Manifestó, asimismo, que dicho encuentro fue concertado por el consejero de Hitler en cuestiones periodísticas, Otto Dietrich. Sin embargo, Dietrich no asistió a la entrevista. Después de 1933, Max Amman —brigada en la compañía de Hitler durante la Primera Guerra Mundial, desde 1922 director de la editorial del partido "Franz Eher Nachfolger" y, finalmente, presidente de la Cámara de Prensa del Reich— logró poner aquella editorial bajo su supervisión.

4. Puesto que Hitler aseguró en la conversación con Breiting que había incorporado a su Movimiento los "mejores cerebros" de Alemania para emplearlos como ponentes en diversos campos técnicos, puesto que también mencionó la justicia, el Derecho y un nuevo orden europeo, quisiéramos exponer algunos datos sobre el doctor Hans Frank, asesor jurídico de Hitler. El doctor Hans Frank, un nacionalsocialista comprometido con Hitler desde los primeros momentos, trabó amistad en 1919 con Feder, consejero económico de Hitler. Como miembro de la Caballería SA, participó en el alzamiento de 1923. Frank se hizo pro-

curador en Munich el año 1927, y doce meses después fundó la Asociación de Juristas NS. En 1929, Hitler le confió la dirección de su oficina jurídica en la Jefatura del Reich. Durante el proceso de Ulmer (1930) incoado contra tres oficiales nacionalsocialistas, representó a Adolf Hitler. Aquel mismo año, Frank fue elegido diputado del Reichstag. Tras la usurpación escaló hasta la cumbre ocupando cargos cada vez más importantes. Hitler le nombró ministro de Justicia en Baviera. Poco después, Frank fundó el *Deutsche Rechtsfront* y la "Academia de Derecho alemán" (1933), cuya presidencia ocupó. Elaboró las leyes para coordinar la Justicia en todos los Estados federales. Según su criterio, el Derecho vigente era de "origen bizantino, y estaba dominado en parte por el espíritu judaico". Sería preciso, pues, sustituirlo por el "Derecho alemán". Buena prueba de lo que entendía Frank por "Derecho alemán" fue la farsa jurídica del "proceso contra los incendiarios del Reichstag", escenificado bajo su dirección ante el tribunal de Leipzig, así como la famosa frase que pronunció ante sus juristas el año 1935, aniversario de la fundación de su Academia de Jurisprudencia: "El amor al Führer se ha convertido en un concepto jurídico." Hitler hizo ministro del Reich a Frank y, tras el ataque contra Polonia, gobernador del país ocupado. Frank, como neocolonizador, hizo difundir su famoso slogan: "Sólo las verdaderas naturalezas dominadoras pueden gobernar el Este." En el proceso de Nuremberg fue condenado a muerte y ajusticiado el año 1946.

Transcripción del estenograma de Richard Breiting

ENTREVISTA CON ADOLF HITLER EL 4 DE MAYO DE 1931

El cuartel general de Hitler se encuentra en la Brienner Strasse de Munich; es el antiguo palacio de Barlows'chen que fue sede de la Embajada italiana hasta los años noventa. Justamente frente al cuartel general de Hitler se alza el palacio del Nuncio apostólico. La Brienner Strasse es una de las calles más distinguidas y representativas de Munich. Hitler ha pagado 500.000 marcos por el palacio de Barlows'chen y ha invertido una suma similar en su reconstrucción. Sobre el tejado del edificio ondea una bandera con la cruz gamada, visible a gran distancia. Ante su fachada se yerguen varios centinelas que comprueban la identidad de cada visitante y, a decir verdad, hacen gala de una disciplina castrense extraordinariamente rigurosa. Todos ellos tienen figuras altas y marciales, rostros graníticos; salta a la vista que deben ser capaces de sacrificarse por su movimiento. En el portal nos recibe al doctor Alfred Detig[1], y, a mí, el secretario privado de Hitler, Rudolf Hess, uno de los más antiguos veteranos que lucharon a su lado. Hess participó en el alzamiento del Feldhernhalle el año 1923, ha sido oficial —lo cual resulta perceptible a la primera ojeada— y tiene facciones ascéticas donde, evidentemente, ha impreso su sello cierto fanatismo.

Hess nos conduce por el vestíbulo del palacio, cuyas paredes son todas marmóreas. Hay una placa donde se leen los nombres de los trece nacionalsocialistas caídos en el Feldherrnhalle; sólo hay un

muro cubierto con estandartes, y Hess nos explica que los otros se reservan para ciertas placas honoríficas donde se inscribirán los nombres de los trescientos nacionalsocialistas asesinados, o, mejor dicho, caídos en aras del Movimiento. El gran vestíbulo causa una impresión excepcional de sombría dignidad. Se ven esvásticas por todas partes. El artesonado ha sido diseñado de tal forma que su superficie parece una sementera de incontables cruces gamadas. La esvástica está presente incluso en las valiosas vidrieras de este marmóreo recinto. Puesto que Hitler no ha hecho todavía su aparición, inspeccionamos el palacio bajo el asesoramiento de Rudolf Hess. En la planta baja y los sótanos se han instalado innumerables oficinas. Todo es de reciente estreno y evidencia una admirable organización. Se nos conduce al archivo, que ha sido acondicionado en el sótano y contiene innúmeros armarios de acero asegurados contra incendios e infracciones. Ahí se conservan los expedientes personales de quinientos mil miembros del NSDAP. Ese inmenso fichero está preparado para acoger un millón de nombres, y Hess nos explica que cuando el NSDAP tenga un millón de afiliados no se admitirá a nadie más. «O lo conseguimos con un millón, o nada.» Quien solicite el ingreso debe esperar un año para su admisión y, mientras tanto, le conviene observar una conducta irreprochable. Los miembros que no pagan son «puestos en la calle» al instante.

En el primer piso se encuentra el despacho de Hitler y los de sus colaboradores más cercanos. Estos aposentos están decorados con un gusto exquisito, realmente artístico; allí todo es de madera noble, los hermosos armarios tienen, por añadidura, el valor de lo antiguo, y no menos antiguas arañas venecianas proporcionan una parte de la iluminación.

Hess nos lleva hasta la «sala senatorial»; esta estancia enorme y representativa, cuya artística decoración causa una inenarrable impresión, tiene sesenta y un sillones de cuero rojo vivo. Su techo marmóreo contiene un mosaico con el emblema del NSDAP, en los gigantescos y valiosos tapices se han bordado asimismo innumerables cruces gamadas, y sobre la pared frontera a la

puerta hay cuatro placas, coronadas por sendas y colosales esvásticas que representan las fases evolutivas del NSDAP: fundación, programación, primer malogro, «renovación» del 14 de setiembre de 1930.

Según explica Hess, esta sala senatorial acogerá algún día a las personalidades preeminentes del NSDAP, es decir, aquellas capaces de gobernar Alemania. Aún queda otra cosa de interés: una sala de audiencia en la última planta. En ella celebra sus sesiones el tribunal supremo del NSDAP; la sala impresiona por su severa dignidad. Ante una mesa semicircular se alza el sillón del «primer magistrado»; frente a él una esvástica dorada, sobre él una gran imagen de Cristo[2].

Hacer la ronda completa por el formidable edificio es ir de sorpresa en sorpresa. Este palacio, donde se emparejan el lujo y el refinamiento estético, forma un vivo contraste con la sede de un «partido de trabajadores». Uno tiene la impresión de que Hitler reside aquí verdaderamente como un «monarca», y, a juzgar por el marco que se ha proporcionado, cree con toda probabilidad en sus altas responsabilidades como futuro soberano de Alemania.[3]

Se nos hace esperar una hora para celebrar nuestra audiencia con Hitler. Los visitantes se suceden sin cesar. Hess nos explica que Hitler trabaja con incomparable ahínco desde el amanecer hasta altas horas de la noche. Sus interlocutores son mayormente políticos nacionales y extranjeros; no es cierto el rumor de que Hitler soslaye las conferencias enfadosas. Sólo se abstiene de recibir a los periodistas, pues hasta ahora sus experiencias con éstos han sido siempre desagradables. Nosotros constituimos una excepción muy halagadora.

Hitler está sentado ante un gigantesco escritorio de diplomático en un gran despacho situado junto a la sala senatorial. Sobre la mesa una fotografía de Mussolini, y en la pared un inmenso óleo del viejo Fritz.[4] Hess nos presenta, e inmediatamente yo hago constar que no estoy aquí para diligenciar una entrevista periodística; cier-

tos asuntos han requerido mi presencia en Munich y entonces he sentido el deseo de conocerle. Un hombre tan relacionado con la vida pública «no puede resistir la tentación de conocer a una personalidad como Hitler». Aunque Hitler mantiene un gesto hermético e impasible, estas palabras parecen sentarle como almíbar puro. Se muestra encantado cuando le anuncio que nuestro editor, el señor Edgar Herfurth, se propone dedicar toda una plana al líder del NSDAP. Hitler me estrecha la mano y dice con tono amistoso, casi amable:

—Me complace conocerle. Sé que usted y su periódico representan un papel considerable en la intelectualidad y la burguesía alemanas.

Hitler: Nuestro Servicio de Información me ha puesto al corriente sobre la actitud que adopta usted ante los grandes problemas del presente. Por ello quiero expresarle mi agradecimiento. Ahora bien, creo que uno debe hablar sinceramente, prescindiendo de toda entrevista aderezada para la Prensa, con aquellas personas que tienen el valor de denunciar públicamente cómo se pisotean los derechos del movimiento nacionalsocialista...

Hitler nos ofrece asiento con ademán cordial. Nos acomodamos y entonces él prosigue:

—Es dudoso que usted pueda publicar mis declaraciones tal como lo deseo. Habrá mutilaciones y se agregarán frases nuevas a modo de síntesis. Lo sé bien. Y me parece comprensible. El *Leipziger Neueste Nachrichten* vive de los anuncios, como otros muchos periódicos. No quiero que mis adversarios y los enemigos de la nación le hagan el boicot en ese terreno. No pido que usted emplee una plana entera para informar sobre mi persona y mis argumentos. Si lo hiciera, no le boicotearían solamente los anunciantes judíos, sino también una buena parte de la burguesía aliada con ellos. En estos momentos me importa más hablar con claridad a las gentes que se preocupan seriamente por el futuro de Alemania; me interesa bastante menos cuanto puedan decir al respecto los judíos, el Vaticano o la Internacional comunista. Por ello me sobran las entrevistas. No le he recibido con ese propósito. Para

el NSDAP, es mucho más importante que su periódico adopte una actitud razonable respecto a las fuerzas que luchan infatigablemente por el renacimiento de Alemania. Además, usted debe pensar que es indispensable definirse con claridad ante el nacionalsocialismo y el resurgimiento de Alemania. Y ello no le atañe a usted tan sólo, sino también al propietario del periódico, el consejero privado Herfurth, y al círculo que le presta su apoyo. Por lo pronto, yo no necesito periódico alguno, yo necesito hombres alemanes. Usted me es necesario como representante de nuestra intelectualidad, y me propongo hablarle sinceramente. ¡Esta mansión debe ser una casa de cristal para usted! Y con objeto de evitar cualquier intriga debo exigirle la promesa de que todo cuanto debatamos aquí quedará entre nosotros y no se publicará ni una sola palabra. ¡Todo debe quedar entre nosotros! [5]

Breiting: Le doy mi palabra y también la de mi colega el doctor Detig.

Hitler no se opone a que yo tome anotaciones para mi uso personal. Sabe que, varios años atrás, fui estenógrafo del Reichstag.

Hitler (con tono confidencial): No está lejos el día en que nosotros tengamos también grandes diarios. Lo que precisamos ahora son articulistas razonables que hagan ver claramente al burgués alemán la encrucijada histórica en que se encuentra hoy día Alemania. Nos hallamos en el umbral de una época nueva, una época sin par de nuestra historia. Hemos llegado a esa encrucijada en la que la burguesía debe elegir entre el caos bolchevique en Alemania, y por ende en toda Europa, o una Alemania nacionalsocialista y un nuevo orden de nuestro continente. Para efectuar esa elección, la burguesía, la intelectualidad y el Ejército deben tener algunas nociones claras sobre nuestra estructura social y nuestra lucha crucial... [6]

Hitler lanza una mirada pensativa al techo y continúa:

—Usted es un representante de esa burguesía a la que nos oponemos. La burguesía es culpable de no saber incorporar a la nación un cuarto estamento naciente, el proletariado industrial. La burguesía debería haber tomado el mando de ese cuarto estamento social, en lugar de arrinconarlo con falsa arrogancia y dar así a hombres como Karl Marx la oportunidad de predicar su doctrina internacional entre los productores alemanes. Con la intrusión de Marx se ha dividido el país. Al lado derecho está la burguesía nacionalista, cuyo pensamiento social es, sin embargo, mediocre, al lado izquierdo se encuentra el cuerpo laboral con sus justas reivindicaciones sociales que, desgraciadamente, por obra y gracia de Marx, son ajenas al ideario nacionalista. Es misión del NSDAP levantar una plataforma común donde se reconcilien los actuales antagonistas, y dicha plataforma se llama nacionalsocialismo.

Breiting: Señor Hitler, ese curso mental me es familiar, y creo que usted no podrá llevar a cabo su obra sin el concurso de la burguesía alemana. ¿No se encaminará usted con esa política hacia un callejón sin salida?

Tales observaciones parecen haber sorprendido a mi interlocutor. Cambia súbitamente de tono para responder con acrimonia:

Hitler: Yo no necesito a la burguesía alemana; son los burgueses quienes me necesitan, a mí y a mi Movimiento. He lanzado los ideales nacionalsocialistas en el mundo; me propongo implantar esos ideales con decisión y, si fuera necesario, con violencia. A este respecto me siento como un mandatario del destino, cual un pregonero,

como se me llama, y pienso pregonar mi Movimiento hasta que Alemania despierte. El NSDAP tiene una ventaja sobre la burguesía alemana: la totalidad de su credo. Esa burguesía alemana, que ha fracasado lamentablemente durante los últimos cuarenta años y no ha dado ni un solo caudillo al pueblo alemán[7], deberá someterse sin resistencia a la totalidad de mi credo. No haré concesión alguna. No necesito cuentas corrientes en Suiza, ni villas en Travemünde o a orillas de los lagos bávaros[8]. La burguesía gobierna mediante intrigas, pero nadie puede sentar pie en mi Movimiento porque nuestro partido no admite judíos ni personas vendidas a ellos. La burguesía es capaz de todo, como lo evidencian sus maquinaciones en la Reichswehr para hacerme abandonar el Cuerpo de oficiales. Me llaman cabo apátrida y pintor de brocha gorda. ¿Acaso es indigno servir como voluntario o cabo en el Ejército? ¿Acaso es indigno trabajar con las manos para ganarse el pan de cada día? Incluso los socialdemócratas, que se denominan partido obrero, utilizan un vocabulario similar para afrentarme[9]. Pero el ajuste de cuentas no está ya lejano. Cada vez es mayor el número de industriales, financieros, oficiales e intelectuales que piden un hombre capacitado para poner orden de una vez en la casa, un hombre que reincorpore los campesinos, obreros y empleados a la comunidad nacional alemana. Esta crisis no ha alcanzado aún su culminación. Es imposible atajar el paro con subvenciones semanales y platos únicos. El paro y la crisis económica son agua corriente en el molino comunista. El bolchevique Trotski hace propaganda entre socialistas y comunistas exhortándoles a formar un frente común contra el nacionalsocialismo. Las altas finanzas deben comprender que no es posible solventar la crisis económica con un frente unitario marxista. Y, no obstante, hay financieros que intentan sabotear nuestro movimiento nacionalsocialista con el dinero de la corrupción. Dirigen continuas solicitudes a Hindenburg tratándonos calumniosamente de provocadores. Nuestra aparición en las calles es una exigencia del orden público. Nosotros combatimos, nada más cierto, pero lo hacemos por el orden, por la solución de esta

crisis y por el término de la anarquía[10]. ¡Nadie podrá impedirnos que sigamos echándonos a la calle! Queremos reconquistar a los alemanes y hasta entonces no descansaremos. Principal objetivo de nuestra política es el restablecimiento de una nación joven y sana. Pedir que los alemanes cumplan sus deberes para con Alemania no es una provocación. Tampoco hay provocación cuando uno pone en movimiento a las masas. ¿Debemos dejarnos vapulear por esos zánganos? ¿Vamos a humillarnos porque repitan machaconamente que no podemos echarnos a la calle ni celebrar reuniones? Quienes creen en el futuro alemán saben muy bien que la lucha directa y abierta es el único medio de hacer frente a esos traidores antipatriotas. Seguiremos marchando adelante y movilizando las masas hasta reconquistar al último alemán para el objetivo nacional[11]. La mejor prueba de lo que son capaces esos zánganos socialdemócratas es lo ocurrido el año pasado cuando el general Groener, como ministro del Ejército, ordenó arrestar al primer teniente Wendt y a los tenientes Scheringer y Ludin. Pero, afortunadamente, tenemos todavía algunos oficiales superiores honorables, como el coronel Beck[12], quien jamás toleraría una traición en su medio. Un general como Rundstedt habría hecho fusilar simplemente a los policías que llegaron en busca de los oficiales. Groener, Schleicher[13] o como quiera que se llamen todos ellos, pueden forjar contubernios a su antojo; no me importa en absoluto, pues cuando llegue el momento decisivo casi todos los oficiales se pondrán al lado de las fuerzas políticas que exigen una renovación de Alemania.

Breiting: Sus seguidores señalan con insistencia que el alzamiento militar queda descartado. Y usted parece haber dicho que el 8 de noviembre de 1923 fue un *faux pas*, y que se propone alcanzar el poder sólo por la vía legítima.

Hitler (muy agitado): Yo jamás he dicho que nuestra marcha sobre el Feldherrnhalle fuera un *faux pas*. En aquellas fechas ello fue para nosotros la única forma de protesta y, como puede ver usted, no hemos perdido la confianza del pueblo, sino al contrario, ésta se acrecienta sin cesar. No se me ha ocurrido ni por un instante arrebatar el poder con ayuda de los generales ni mediante una cuartelada. Lo cual no significa, sin embargo, que pensemos contemplar pasivamente cómo se culpa, arresta y asesina a nuestros amigos. Nuestra lista de mártires comprende ya trescientos nombres; todas estas personas fueron abatidas por los comunistas o sus cómplices[14]. Los señores Von Papen y Hugenberg, Von Hindenburg y Rundstedt deben garantizar de una vez el orden y la seguridad en el Reich; si no lo hacen así se verán arrastrados por la marea nacionalista. Los terroristas y sus instigadores que ocupan altos cargos del Reich y de los gobiernos regionales deben ser puestos a buen recaudo. Nosotros aplaudiremos cualquier medida destinada a proteger el Reich. Pero no aquellas otras que nos embarcan en un mismo bote con los comunistas para encasillarnos como extremistas. Sólo hay un extremismo, y éste es el comunismo. Quien lucha contra él no practicará ningún extremismo, sino que cumplirá sencillamente una obligación nacional. Cuando un Gobierno adopte esa medida nosotros lo celebraremos mucho, como es de suponer. Tendremos, sin duda, un Gobierno de transición que, con el pretexto de la lucha contra el extremismo, intentará abatirnos. Ahora bien, nosotros conceptuaremos tal proceder como una provocación. Por el contrario, estaremos dispuestos a colaborar con un Gobierno de transición para eliminar el peligro comunista. Deberemos soportar todavía un Gobierno semejante antes de asumir el poder total[15]. Creo en nuestro pueblo, creo en el proletariado, la intelectualidad y la gran mayoría de los oficiales. Si Krupp, Schroeder y otros grandes industriales terminan reconociéndonos como un factor ordenador, entonces les satisfará poder ser admitidos en el partido. Ellos financian nuestro Movimiento, pero no tienen valor suficiente para asignar un Gobierno nacionalista y un jefe nacionalista al Estado alemán. No me queda más remedio que obligarles a ello mediante la presión del pueblo.

Breiting: ¿Estaría usted dispuesto a cooperar con un Gobierno nacionalista de coalición en el terreno parlamentario? Quiero decir un Gobierno similar al que menciona usted, con la burguesía y las fuerzas sanas del pueblo.

Hitler: Nosotros no hemos fundado un gran partido para apoyar las tambaleantes carteras ministeriales de unos cuantos políticos profesionales. La burguesía francesa, después de arrinconar a la inepta aristocracia, creó su propio poder político y estatal. Si usted ha leído *Mein Kampf*, sabrá que nosotros hemos adoptado una posición bien definida. Nosotros no luchamos por la salvación del agonizante burgués, sino por el pueblo alemán, para asegurarle una vida nueva y mejor en los próximos siglos..., lo repito, siglos. La gran burguesía es oportunista, se mantiene todavía a la expectativa, pero habrá de afrontar esta alternativa: o marchar con nosotros o sucumbir algún día con los políticos profesionales. Nuestras organizaciones son cada vez más potentes y la obligarán finalmente a tomar una determinación. Para nosotros es indudable que en esa pugna política puede sobrevenir un nuevo delito de noviembre[16]. Aunque no poseemos la mayoría en el Reichstag, hemos alcanzado la cumbre de nuestra vida política. Las próximas elecciones nos aportarán quince millones de votos electorales. Entonces, Hindenburg, Schleicher, Hugenberg, Von Papen y los capitanes financieros del Ruhr comprenderán que no es posible restablecer el orden en Alemania sin nuestra colaboración. Nuestros emisarios han tomado ya contacto con su gente y se ha iniciado ya un proceso favorable. Sin embargo, la situación no ha madurado todavía. Los forcejeos políticos suelen prolongarse hasta que se produce un derrumbamiento que despabila la voluntad y los sentimientos del pueblo. Nosotros, únicamente nosotros, seremos quienes provoquen ese derrumbamiento mental[17]. Entonces se librará la última batalla y tendremos nuestra revancha por la traición de noviembre. Pero no necesitamos

ni alzamientos ni guerras civiles para crear tal situación. Forzaremos ese desenlace mediante nuestro ideario y la lucha ideológica. El día en que alcen banderas un millón de SA y SS y pongan fin para siempre a la política alevosa de la democracia social y del Centro, tenga por seguro que los comunistas lanzarán sus formaciones de combate contra nosotros. Y nosotros deberemos enzarzarnos con ellos. Sin embargo, no sucederá así, porque ello sería solamente agua corriente para nuestro molino, pues en ese mismo instante el presidente del Reich, la industria y las finanzas, los oficiales y los burgueses vislumbrarían que no está ya lejos la fecha del desenlace. Su elección no ofrecerá dificultades, y la presencia de usted en esta habitación me demuestra que el proceso está ya en marcha. Seamos sinceros, señor Breiting, los políticos del sistema de partidos no tienen otra alternativa. No se puede gobernar eternamente, y menos todavía solventar una crisis mediante decretos ley. Los partidos carecen de programa, sus líderes ambicionan solamente pingües cargos. ¿Hasta cuándo podrán practicar esa política? Todo el negocio irá a la bancarrota, se lo digo yo. Usted podrá darse por satisfecho si su partido populista obtiene en las próximas elecciones una tercera parte de los 1,6 millones que votaron a favor suyo el año pasado; tengo entendido que sus políticos han establecido contacto con los nacionalistas alemanes y mi partido. A nadie le gusta ser un político frustrado. Los más astutos buscan ya un puesto en el aparato estatal. Pero nosotros barreremos a esa burocracia política en el momento preciso. Un funcionario político sólo puede mantenerse cuando le respalda el partido gobernante. Echemos una ojeada al balance de los nacionalistas alemanes y del partido populista. En 1924, los nacionalistas alemanes tuvieron tres veces más votos que mi partido. El partido populista casi el doble. El año pasado (1930), los nacionalistas alemanes obtuvieron una mitad menos que mi partido, y el partido populista sólo una cuarta parte. Las cifras electorales muestran claramente dónde anida el futuro. Tal vez el doctor Hugo sea un buen comerciante, un experto en exportación e importación, pero no po-

drá hacer revivir jamás la política de Stresemann. Esos tiempos han quedado atrás. Ahora despunta una nueva política internacional alemana. Y precisamente, cuando más necesitamos la unidad nacional, los políticos se aferran a sus separatismos regionalistas. La cohesión del país va unida siempre a los éxitos en política exterior. Nosotros cosecharemos también esos éxitos. Eche una mirada circular por Europa. Son muchas ya las naciones que no toleran la democracia parlamentaria. Los monarcas europeos tampoco son partidarios de Marx. Poco antes de la guerra franco-prusiana, Bismarck escribió al barón Von Werthern —éste era su representante diplomático en Baviera, pues hace sesenta años los dos países alemanes mantenían relaciones diplomáticas— que se requeriría un plazo de cinco a diez años para forjar la unidad nacional, y que aún así sería un regalo de Dios. Bismarck advertía a su plenipotenciario: «El tiempo no corre más aprisa porque adelantemos los relojes.» Pero, súbitamente, el sagaz Bismarck descubrió que uno puede adelantar los relojes cuando la situación internacional es favorable. En sus días, aun resultaba posible abreviar un telegrama de tal forma que se pudiese imponer una paz por la fuerza en Versalles. La unidad de Alemania se hizo realidad. Nosotros tenemos mucho que agradecer a Bismarck y mucho que aprender de él. No obstante, cometió el error de querer gobernar sólo con príncipes y partidos. A decir verdad, no podía obrar de otra manera, el tiempo no había madurado aún lo suficiente. Bismarck deseó tener un Reichstag e hizo construir el palacio de Wallot. Pero ello le fue funesto. Los Hohenzollern han prestado grandes servicios a Alemania, aunque ello no les ha impedido hacer todo lo posible para destruir Alemania. Quisieron imperar sobre los océanos y las colonias junto con Inglaterra. En realidad fueron sólo los judíos quienes quisieron hacer negocio; recuerde, por ejemplo, a aquel Bernhard Dernburg que presumía de consejero y decía estar emparentado con los Hohenzollern, lo cual no es descabellado e incluso puede ser probable. Su mujer, Ilse, escribía novelas donde únicamente los judíos podían ser economistas competentes; ellos sabían revivificar

cualquier empresa malograda. El hermano de esa Ilse Dernburg, un tal Max Seliger, recibió del kaiser el encargo de componer los frescos en la iglesia juradera y el Reichstag. Bajo su artística obra se reunía la fracción socialdemócrata. Este Seliger fue director de la Real Academia de Artes Gráficas en su ciudad natal; cuando se apoltronaba ante su mesa de tertulia —creo que era un asiduo de la «Auerbachs Keller»—, solía repetir hasta la saciedad que los artistas, economistas y políticos bien dotados se encontraban solamente entre los judíos. Rusia ha caído ya en manos de esa gente. Ahora, los judíos, confabulados con Roosevelt, intentan aprovechar la crisis económica para hacer lo propio en América esgrimiendo la demagogia social.[*] Si algún día consiguieran embarcar a los americanos y, entretanto, Alemania no lograra renacer, entonces estaríamos todos perdidos, y Europa con nosotros. Es preciso apresurar y actuar mientras la situación internacional mantenga su precaria estabilidad. Mis amigos y yo cavilamos a menudo sobre este problema. Disponemos de cinco o a lo sumo ocho años para alcanzar el poder político que nos corresponde en el continente. La burguesía alemana no se ha dado cuenta de este hecho. Por ello nosotros nos vemos obligados a prevenirla. Y si nuestras advertencias no dan resultado alguno, la situación se agravará también en Alemania. Entonces adelantaremos los relojes y en esa lucha intestina nosotros seremos los vencedores. Si se llega realmente a tal agravamiento, la culpa no será nuestra, sino de los políticos rutinarios.

Breiting: ¿No sería preferible proyectar ahora, antes de que empeore la situación, una colaboración entre los burgueses conscientes y el movimiento nacionalsocialista?

Hitler: Eso sería lo mejor, naturalmente; y si no se desaprovecharan los votos nacionalistas y los del partido populista, resultaría más fácil promover un rápido despertar nacional. Pero se requiere primero maduración. Necesitamos algunas

elecciones más hasta que los nacionalistas alemanes columbren la muerte del partido Stresemann y comprendan que no les resta ninguna posibilidad, salvo la de formar una coalición gubernamental con nosotros[19]. Dicho camino conduce únicamente a través del Reichstag, ese Reichstag que traicionó vergonzosamente a la patria en 1918[20]. Nosotros debemos emprenderlo, no sólo porque queremos ahorrar una cruenta guerra civil a las gentes, sino también porque, considerando la presente situación internacional, deseamos determinar el futuro de Alemania por la vía legal. Iremos al Reichstag... no por amor a esa institución judáica, sino porque somos políticos realistas. Ahora bien, cuando obtengamos el poder por conductos lícitos, haremos todo cuanto sea necesario para retenerlo. Y entonces ese Reichstag podrá irse preparando a cerrar sus puertas. No gobernaremos con los partidos, sino con el pueblo. Con el Reichstag se podrá hacer un museo para ejemplo de futuras generaciones; allí expondremos las maquinaciones del judaísmo internacional, de la masonería, del partido marxista y del Vaticano. Erigiremos un monumento al despertar nacional. Los representantes del pueblo se congregarán en Nuremberg tras grandes desfiles, y allí dictarán su fallo[21].

Aprovechando la dispersión nacional, el actual Gobierno se aferra el Reichstag, el instrumento del extravío popular. Nosotros nos proponemos conservar ese poder sin tal sistema, únicamente con la voluntad del pueblo. Disponemos de suficientes armas espirituales para crear un sistema mejor[22]. Pero primero debemos neutralizar a los envenenadores del pueblo. Nos instalaremos en el Reichstag, pero no para gobernar al estilo inglés, sino porque es el camino legal. A despecho del sabotaje y del boicot, queremos mostrar hasta dónde llega nuestra capacidad. Queremos arrebatar los negocios del Reich a los mercaderes y llevar a cabo la renovación estatal. Naturalmente, acogeremos gustosos a quienes quieran acompañarnos en ese camino. Un gran periódico como el suyo puede indicar a otras muchas personas decentes el medio para librarse de los agitadores judíos y de los mandantes judaicos. Personalmente, creo que eso no será fácil. Otra cosa sería si la Prensa no asiera con tanto ahínco el canasto del pan. Yo le aseguro a usted, como redactor jefe, que la propaganda del rumor público es hoy día tan efectiva como la Prensa. Nosotros componemos nuestras primeras planas con los desfiles. Nuestro éxito se funda exclusivamente en los discursos electorales, la propaganda y las organizaciones. Cuando la Prensa informe sobre ello con objetividad, podrá decir que ha hecho ya algo por el renacimiento nacional. Desgraciadamente, la instigación judía y comunista mete su cuña entre medias, unas veces sin rebozo otras a la chita callando. Nosotros dictaremos una nueva legislación para la Prensa[23]. Nosotros exigiremos de cada periodista, diplomático u oficial la prueba de que por sus venas ha corrido sangre aria desde seis generaciones atrás. En el norte y el sur, el este y el oeste de Alemania se adoptarán idénticas medidas. Los alemanes no tendrán más remedio que someterse sin resistencia a la totalidad de mis ideales.

Breiting: Tal vez lo hagan en las relaciones nacionales. Todo alemán se enorgullece de que su país esté unido bajo el aspecto nacional. Pero también hay problemas económicos y sociales, señor Hitler. Todos nosotros sabemos que el Norte, de tendencias más socializantes se opone totalmente al Sur en la interpretación de los principios nacionalsocialistas. Se me ocurre que esa exégesis social de su programa responde esencialmente a los fuertes impulsos subversivos de su jefe de propaganda, el señor Goebbels. Pero si la mayoría de sus partidarios tiene ideas socialistas, existe la posibilidad de que ese gran grupo le abandone un buen día, es decir, cuando no se cumplan las promesas.

Hitler (sonriendo sardónicamente): Ya conozco ese falaz razonamiento. Usted también cree que yo no seré capaz de resolver los problemas sociales sin el concurso de la burguesía. A su juicio, mi programa social no es más que una invención

demagógica de mi principal propagandista, el doctor Goebbels. Por lo que concierne al doctor Goebbels, puedo decirle lo siguiente: él no hace sólo propaganda socialista, sino también nacionalista. Ambas van unidas de la mano. No se imagine que las manifestaciones del doctor Goebbels son palabras hueras. Mi director de propaganda es un estratega de la guerra ideológica [24]. Mi programa social no sirve para expresar los impulsos emocionales y subversivos de nadie en mi medio. Con la materialización de nuestra unidad nacional, estatal y política se regularán automáticamente las cuestiones sociales. Nos conviene diferenciar entre el sentimiento y el raciocinio. Evidentemente, en la campaña propagandística damos preferencia al sentimiento. Ahora bien, cuando se trata de problemas económicos o sociales operamos exclusivamente con positivismo y raciocinio. Un ejército sin sentimientos puede ser batido con armas mejores. Un ejército sin armas está condenado a una muerte heroica si no se le asegura el avituallamiento. Una ofensiva propagandística puede salvar a un ejército, un pueblo a un continente. Esta campaña ha comenzado ya y nosotros le damos la preferencia. Luego vendrán los problemas económicos y sociales. Jamás me desprenderé del proletariado, no haré ese favor a mis adversarios. Todo variará cuando conquistemos las masas; entonces los financieros e industriales de matiz nacionalista, los profesores universitarios, marcharán con nosotros en las filas del NSDAP. Eso es lo que temen los judíos y los marxistas. Ellos ven en mi jefe de propaganda del Reich a un orador y un publicista genial e insobornable. ¡Ah, sin Goebbels todo sería más fácil para ellos! No me cuesta nada creerlo.

Se me reprocha no haber asignado a otro la jefatura de Propaganda, aunque sólo fuera por razones estéticas. ¡No, señor! Para mí, el aspecto exterior y el guardarropa no tienen nada que ver con la propaganda. La propaganda es cosa del sentimiento, del sentimiento alemán y de la fe inquebrantable en un futuro alemán. Si nosotros asumimos el poder, haré edificar una grandiosa central estatal de propaganda. Será organizada como un Ministerio y ocupará un lugar tan importante como la cartera de Asuntos Exteriores o el Estado Mayor Central [25].

Breiting: Para esa inmensa campaña propagandística que proyecta, necesitará usted una base económica y un programa social.

Hitler: Quiero exponerle ahora mi programa social. Así como se critica a Goebbels en el terreno de la propaganda, usted tendrá también algo que objetar contra Gregor Strasser en el campo de lo económico y la política social. Entendámonos primero: nosotros tenemos también un programa económico. Y, por cierto, el artículo 13 de este programa aboga por la nacionalización de todas las empresas asociadas, es decir, la socialización. Pero, ¿qué significa aquí socialismo? Es una fea palabra. Por lo pronto, no significa que esa socialización sea indispensable, sino solamente que una empresa puede ser objeto de nacionalización cuando opere contra los intereses nacionales. Mientras no haga tal cosa se la dejará en paz, pues de lo contrario se destruiría la economía; ello, naturalmente, sería un delito [26].

Breiting: ¿Cuál es su opinión sobre el problema de la propiedad privada? Yo asistí a la última conferencia de juristas en Leipzig y obtuve una respuesta muy poco satisfactoria de su camarada Feder. En los círculos burgueses se debate con apasionamiento sobre el tema de la propiedad privada, y no creo que usted pueda hacer muchas conquistas entre las esferas burguesas si no esclarece primero esa cuestión. En general, se tiene la impresión de que sus oradores han dejado a oscuras ese punto deliberadamente, y que, inspirados por ciertas nociones fantásticas sobre distribución general de la renta, barajan con desenfado abigarradas ideas socialistas y comunistas. El hecho es que, hoy día, todo el mundo espera salvaguardar los propios intereses mediante la economía del Tercer Reich. El obrero quiere participar en los beneficios de la empresa, incrementar

su salario, obtener una pensión oficial de vejez, etcétera. Se me antoja que la jefatura de su partido arroja muy poca luz sobre el asunto.

Hitler (algo agitado): Yo he distribuido por todo el país entre ocho mil y diez mil oradores. No puedo hacerme responsable de la interpretación que cada uno de los míos da a mis ideas. Sea como fuere, lo importante no es la transmisión fiel de mis ideas, ni tampoco lo que comente al respecto la Prensa nacionalsocialista o la suya, sino única y exclusivamente que el principio fundamental en el programa económico de mi partido sea expuesto con claridad. Me refiero al principio de autoridad. Yo quiero autoridad, quiero personalidad, quiero que cada cual retenga la propiedad adquirida con arreglo a este precepto: el interés público precede al interés privado. El Estado debe ser supervisor único, y cada propietario debe sentirse cual un mandatario del Estado, contrayendo la obligación de no malgastar sus bienes contra los intereses estatales, contra los intereses de sus compatriotas. Eso es lo más trascendental. El Tercer Reich retendrá siempre el derecho de controlar a los propietarios. Usted asegura que la burguesía tiene quebraderos de cabeza acerca de la propiedad privada, pero eso no me conmueve lo más mínimo. ¿Espera la burguesía consideración por mi parte? Yo no tendré la menor consideración con el burgués o sus sentimientos. La burguesía actual está podrida de raíz; le falta todo impulso ideológico, sólo quiere ganar dinero, y por ello me perjudica siempre que puede. También me ataca la Prensa burguesa; ella quisiera verme en el infierno junto con mi Movimiento. Usted es un representante de la burguesía, ¿verdad? Pregunte, pues, a su burguesía por qué no dona diez millones de marcos para fundar escuelas SA y academias de oratoria. Si la burguesía pusiera diez millones de marcos a mi disposición yo me ocuparía de que mis ideas fueran propagadas fielmente por todo el país [27]. Así, su Prensa se cree obligada a seguir falseando mis conceptos.

Hitler, cada vez más agitado, sacude el puño sobre la mesa y grita:

—¡No crea que me interesa lo que escribe la Prensa burguesa sobre mí y mi Movimiento! Yo no creo en la omnipotencia de la Prensa. Nosotros nos hemos engrandecido sin su ayuda. Yo confío única y exclusivamente en la palabra hablada.

Breiting: Lamento que usted mida con el mismo rasero a toda la Prensa burguesa. Si usted se pronuncia con tanta violencia contra la Prensa burguesa, cabe preguntarse, señor Hitler, hasta qué punto puede ser útil una discusión con usted.

Hitler: Yo no tengo nada personal contra usted, pues de otra forma no le habría permitido sentarse ahí frente a mí. Yo sólo recibo a un periodista cuando considero provechoso un cambio de impresiones con él. Pero, ¿cómo se comporta la Prensa burguesa conmigo y con mi Movimiento? (Hitler hace un ademán desdeñoso.) La Prensa burguesa nos detesta y nos calumnia; cuando se me prohibió hablar en público, ella dio su visto bueno y ahora me niega la ciudadanía.

Breiting: Debe saber, señor Hitler, que el *Leipziger Neuesten Nachrichten* se ha opuesto activamente a la interdicción dictada contra usted, y ha abogado al menos una docena de veces por su ciudadanía [28]. Me veo obligado a protestar contra esa opinión. Y le repito que no debe medir con el mismo rasero al *Leipziger Neuesten Nachrichten* y los restantes periódicos. El señor Hess nos ha mostrado la excelente organización de su archivo. Pida al señor Hess que le enseñe los artículos de nuestro diario en los que se solicita su ciudadanía y se combate la prohibición de manifestarse públicamente dictada contra usted [29].

Hitler: Está bien, tomo nota de ello. Pero, ¿cómo me explica entonces la coalición con los marxistas y con nuestros enemigos mortales, los socialdemócratas?

Breiting: Lamento tener que rectificarle también a este respecto. El *Leipziger Neuesten Nachrichten* ha cambiado de derrotero hacia la derecha de Sajonia.

Hitler (algo confuso y a regañadientes): Vaya, entonces el *Leipziger Neuesten Nachrichten* es mejor de lo que se dice. Tal vez lo lea con más atención en adelante. Hess, ocúpese de ello.

Breiting: Puesto que pertenecemos ante todo a la Prensa, quisiera hacerle observar que el tono grosero y desenfrenado de sus propios periódicos contra la Prensa burguesa y, particularmente, contra el *Leipziger Neuesten Nachrichten* causa efectos contraproducentes. Usted quiere ganarse simpatías con su Movimiento nacional. Pero no despertará simpatías mientras su Prensa hostigue y difame a los periodistas y políticos nacionalistas. Aquí debo citar sus propias palabras. ¿Cree usted que se acrecentaría la inclinación de la burguesía nacionalista hacia su Movimiento si, valga el ejemplo, yo me dejara atropellar por su *Freiheitskampf*, el diario regional del NSDAP en Dresde? A buen seguro los L.N.N.* no se dejarán intimidar en su conciencia nacional por la conciencia nacional de los agitadores que movilizan el NSDAP.

Hitler: No me interesa lo que escribe cualquier redactor desquiciado de mi propia Prensa. Cuando se trata de un Movimiento como el nuestro, donde nos lo jugamos todo, los justos deben sufrir con los pecadores. A decir verdad, somos el único

* *Leipziger Neuesten Nachrichten.*

partido no marxista que está firmemente resuelto a imponerse con el puño. Nuestro fanatismo es el único medio de conseguir algo. Ese fanatismo, ajeno a todo compromiso, nos proporciona el contacto necesario con las masas. Entre los nacionalistas alemanes encontramos también el antisemitismo y las ideas patrióticas, pero no el conservadurismo alemán; por el contrario, los conservadurismos francés e inglés, buenos conocedores de la mente humana, han sabido acaudillar al pueblo que se le confiaba hasta hacerle ganar la guerra. En Alemania, el conservadurismo tomó una decisión errónea, y ahí se entrevé un grupo conservador culpable que debe responder ante la Historia. El conservadurismo alemán olvidó por completo que es preciso conquistar cada día todo aquello digno de conservarse. Aparentemente, pasó del ataque conservador a la defensa conservadora, no siquiera a la defensa pura y simple, y, finalmente, se dejó batir por las izquierdas. Eso es lo que hoy nos separa de los nacionalistas alemanes. Yo tengo en gran estima al señor consejero privado Hugenberg, le respeto mucho como patriota, pero le repito, una vez y otra, que la única psicología conservadora hubiera sido ganar para la nación y para el pensamiento nacional a la parte más desatendida del pueblo. Mientras no consigamos enrolar al proletariado alemán en la marcha hacia los objetivos del Estado nacionalista, este Estado no tendrá derecho alguno a la existencia. Cuando se acepilla algo caen siempre virutas. ¿Cree usted que si arrebatamos el poder se irá adelante sin durezas ni injusticias? No. Tanto las relaciones económicas como las sociológicas entrañarán grandes asperezas. Naturalmente, no pretendemos colgar de un poste telegráfico a cada judío adinerado que encontremos en nuestro camino de Munich a Berlín. Eso sería un disparate. Pero el espíritu judaico-marxista no tiene ya nada que buscar en un Estado nacional cuyos dirigentes procederán de las mejores fuerzas populares[30].

Breiting: No se me ocurre nada contra ese razonamiento. Pero, supongamos que usted alcanza el poder: ¿dónde obtendrá entonces los cerebros

necesarios para manejar el aparato administrativo del Estado que concibe usted?

Hitler me mira parpadeando y responde con énfasis: Yo soy la cabeza y mi Estado Mayor secreto me facilitará los cerebros que necesitemos. Y aunque no fuera así, ¿cree usted que en una revolución triunfante, enfocada tal como lo hace mi partido, no nos lloverían los cerebros? ¿Cree usted que la burguesía alemana *(aquí el tono se hace sarcástico),* ese pimpollo de la intelectualidad, se negará a rendirnos pleitesía y prestarnos sus cerebros? El burgués alemán se halla ahora en el proverbial terreno de los hechos consumados, y nosotros lo manipularemos como nos plazca.

Súbitamente, Hitler se acalora hasta enrojecer de exaltación.

—Nosotros ordenamos, ustedes obedecen. Se reprimirá sin contemplaciones todo conato de resistencia. No toleraré ninguna contradicción. Entre nosotros sólo habrá subordinación, sólo autoridad de arriba abajo y responsabilidad de abajo arriba. Dígale a la burguesía alemana que le arreglaré las cuentas con mucha más facilidad que al marxismo. La burguesía es también culpable de que el marxismo corroa el cuerpo popular como una epidemia. El marxismo será extirpado hasta la raíz. ¿Cree usted que en plena revolución pienso concertar compromisos con el marxismo? Si lo hiciera, el marxismo reviviría treinta años después. Hay que exterminarlo. Es el fruto temprano del bolchevismo. Los artículos editoriales de su Prensa dándome consejos... me hacen reír. Yo debo marchar en línea recta, debo seguir mi camino sin desviaciones, sin mirar a derecha o izquierda. ¿Acaso hizo otra cosa Federico el Grande, cuya imagen tiene usted ante sí? ¿Acaso hizo otra cosa Mussolini? Por lo demás, ¿cree usted que su burguesía prefiere ser Estado nacional popular a sistema nacional? Ese sistema nacional que es un verdadero avispero, ha arruinado nuestro Estado con sus litigios parlamentarios. Si algún día perciben las fuerzas conservadoras alemanas que sólo yo, únicamente yo con mi partido, puedo ganar al proletariado alemán para el Estado, y que no puede haber juego parlamentario con los partidos marxistas, ese día Alemania se habrá salvado para todos los tiempos futuros y entonces podremos fundar un Estado nacional alemán. Por favor, procure convencer de ello a los señores Hugenberg[31], Von Papen, y también al doctor Hugo[32], pero sobre todo al presidente del Reich.

Breiting: Nuestro periódico hace cuanto puede bajo ese aspecto. Pero los cerebros más brillantes de la burguesía temen ser destruidos algún día, tanto moral como económicamente.

Hitler: Yo no quiero destruir a nadie. Necesitamos los cerebros de la burguesía para administrar el nuevo Reich. Ahora bien, ellos son sólo especialistas, nada de charlatanes intelectuales, y esos especialistas deben subordinarse ciegamente. No, Alemania no se desmoronará sobre los cimientos del Tercer Reich. El Reich que fundó Bismarck se ha desintegrado en sus fundamentos dinásticos. Pero la obra que él concibió será transferida al Tercer Reich; ella sobrevivirá a esa subversión, y el Tercer Reich representará un rodeo obligado para completar la unificación del país sobre una base popular. Bismarck erró cuando anunció las consecuencias nacionales derivadas del fundamento dinástico. Supuso que el Reich se desmoronaría cuando se derrumbasen las dinastías. Creyó que el sentimiento nacionalista alemán no sobreviviría al hundimiento de las dinastías. Sus temores no se han materializado, el Reich permanece intacto, y si hoy queda todavía alguna confianza en Alemania, no cabe duda de que confianza y esperanza residen exclusivamente en el sentimiento de solidaridad entre todos los alemanes. Este sentimiento forma parte de nuestros huesos, nuestra carne y nuestra sangre; nada podrá desarraigarlo. En Rusia fue posible, porque los bol-

cheviques sacrificaron a su intelectualidad nacional. ¿Quoén luchará por la economía de koljoses de Marx, por los corruptos parlamentarios franceses? El parlamentarismo no ha aportado ninguna bendición a los Habsburgo ni a los Hohenzollern. Con la supresión de ese chamizo tabernario que ustedes denominan Alta Cámara o Reichstag, con la reorientación de la Prensa, se creará instantáneamente una nueva situación, repicarán las campanas del renacimiento. En ese mismo instante ajustaremos cuentas rigurosas con el marxismo [33]. La industria se incorporará inmediatamente al proceso renovador. Los seis millones de parados ganarán su pan diario. Se barrerá el *diktat* de Versalles. Surgirá un nuevo ejército y con él un nuevo Estado Mayor Central. Ese Goebbels que contaminará al proletariado con su agitación, según teme usted, captará el sentimiento y la razón de nuestros hombres para que apoyen nuestra política con un 99 por ciento de todos los votos. Seis meses después de la subida al poder celebraremos un plebiscito nunca visto. Lo demás vendrá por sí mismo [34].

El NSDAP se ocupará de que los estamentos sociales alemanes, esas estirpes alemanas en las que Bismarck veía siempre el principal obstáculo para la unificación nacional, se aglutinen en lugar de disociarse. Y Baviera, cuyo particularismo antes de la guerra alimentó todas las esperanzas de nuestros adversarios, es hoy precisamente la estirpe que ha asimilado con singular energía el ideario de la renovación nacional. Por ello no quiero trasladarme de Munich a Berlín. Deseo desinfectar la pocilga berlinesa, pero eso se puede hacer desde aquí. Para nosotros sólo hay una gran alternativa: bolchevismo o fascismo. Éstas son las dos grandes ideas innovadoras, los dos grandes conceptos ideológicos, y entre ambos está la encrucijada del futuro. Para mí es una vergüenza sin igual que algunos alemanes apoyen con su dinero e intelecto al bolchevismo. Nosotros patrocinamos dadivosamente el plan quinquenal ruso, sin considerar que cuando ese plan empiece a funcionar con nuestra ayuda sufriremos un *dumping* ruso de proporciones jamás vistas. Es vergonzoso y humillante que Alemania preste valiosos servicios al bolchevismo, es decir, un concepto ideológico antagónico y el peor enemigo de la Alemania patriótica. Sólo podremos enfrentarnos con el bolchevismo cuando le opongamos una ideología inflexible fundada en las mejores fuerzas del pueblo germánico, en las mejores fuerzas del cristianismo, el espíritu alemán, la ética, la moral o como quiera llamarlo usted [35].

Hitler, presa de enorme excitación, vocifera:

—¡Si no lo consiguiéramos tendríamos la jauría a los talones..., y no queremos correr delante de la jauría! Cada uno de mis quinientos mil afiliados está dispuesto a jugarse la vida en los parapetos.

Acto seguido me mira con fijeza y grita:

—¿Cree que no sé lo que están pensando? ¡Usted piensa que yo me retraigo sin admitir consejos de ningún asesor, que no acepto ideas nuevas y rehúyo las polémicas!

Alza aún más la voz:

—¡No quiero perder mi tiempo con infructuosos debates sobre cosas superfluas! No me dejaré desviar de mi objetivo. ¿Sabía usted que perdí la vista una vez? Cuando los rojos asolaron Alemania en noviembre de 1918, yo estaba ciego en un hospital de campaña. Entonces aprendí a buscar mi camino y seguirlo hasta el final. Dígaselo así a su indolente burguesía. Quiero tener un millón de afiliados y lo lograré dentro de un año. Entonces echaré el cierre. Con un millón saldré adelante; de lo contrario, no alcanzaré la meta jamás. Pero tampoco se podrá decir que hice concesiones tal como los actuales estadistas.

Hitler sigue filosofando a ese tenor con creciente animación. A fuerza de paciencia, logro aprovechar una breve pausa para hacer algunas observaciones acerca de la cuestión tributaria.

Hitler: Naturalmente, se debe poner término a la política sindical tal como se practica hoy día. Esa política nos ha arruinado. Entre los años 1925 y 1928 hemos tenido una carga adicional de dieciocho mil millones de marcos debida a la política sindical en materia de salarios, previsiones sociales, seguro de paro, etcétera. Ahí no entran los dos mil millones anuales de tributo. Si hoy no tuviéramos ninguna carga tributaria, la democracia social, es decir, la política sindical, reclamaría inmediatamente un aumento de salarios equivalente a esos dos mil millones ahorrados. Eso es descabellado e intolerable. Como usted comprenderá yo no puedo decir tal cosa en las manifestaciones públicas [36]. Tampoco me es permisible definir mi opinión sobre la propiedad privada en las asambleas nacionales según lo hago ahora ante usted. Sin embargo, aquí se trata de una conversación entre hombres honorables. Además, usted no me comprendería si yo no le hablara con franqueza.

Breiting: Eso es cierto; pero, para la materialización de tales principios, deberá usted precaverse contra la «masa humana».

Hitler: Yo no soy amigo de la «masa humana». Yo opongo personalidad a la «masa humana». Quienes hacen historia son los hombres, no las masas. Las masas deben ser conducidas. Sin una orientación rígida de esas masas, las decisiones históricas serán siempre impracticables. Es preciso encuadrar al pueblo en el orden autoritario.

Breiting: Entonces, su ideario conduce irremisiblemente a la dictadura.

Hitler: ¿Dictadura? Llámelo usted como quiera. No sé si conviene disfrazar esa palabra, pero yo no soy amigo de la masa amorfa, yo soy enemigo mortal de la democracia que nos ha conducido a este desastre. Tampoco soy amigo del derecho electoral femenino; en realidad, repudio el derecho electoral cuando es universal, uniforme y secreto. Si no hay más remedio que aceptar tal sandez, entonces deberemos sacar partido de la demagogia. Las mujeres, no lo dude, votarán siempre por el orden y la uniformidad. ¡Ante las urnas electorales, el profesor y la fámula tienen los mismos derechos electorales! ¡Cuánta torpeza! La élite de un pueblo no permitirá jamás que se instigue constantemente a las masas con artimañas premeditadas de partidos políticos. Bajo este sistema gubernamental se pondrá término para siempre a semejantes maniobras. La democracia se ha suicidado con su propia política. Y si los judíos se obstinan en seguir tal camino deberán sufrir un nuevo pogromo, cuya efectividad sea más contundente que la de aquellos otros descritos en su pasado bíblico. Es una lástima que los llamados ciudadanos de tendencias nacionalistas no lo hayan comprendido todavía. Según nos contó hace poco un amigo de Noruega, Knut Hamsun ha manifestado que se debería erigir un monumento a quienes tuviesen el valor de incendiar el Storting * [37]. Pregunte a Sven Hedin lo que opina del peligro ruso. Con la democracia, Finlandia y Suecia serán arrolladas tarde o temprano por Rusia. Durante la guerra, Hedin visitó el cuartel general de Hindenburg, y él sabe bien cómo nos ha embaucado el parlamentarismo. Los escandinavos preferían siempre un genio como Hamsun a un magnate financiero como Wallenberg o el parloteo de los socialdemócratas suecos que tanto critican nuestro Movimiento. Tarde o temprano, desaparecerán los «diputados» franceses, ingleses y alemanes. Ahora bien, por lo pronto las masas están ofuscadas todavía y carecen de madurez política. Muchas personas honradas creen y esperan que su filiación izquierdista o derechista les aportará ciertas ventajas. La élite, tanto si está encuadrada en nuestro partido como fuera de él, presiente que sólo una dictadura podrá restablecer el orden. La institución corporativa, y no el Reichs-

* Parlamento noruego.

tag, defenderá los intereses de las diversas capas sociales. Aunque el sistema parlamentario parezca hoy muy popular, algún día se le aborrecerá. Así como los escandinavos contemporáneos confieren el premio de la paz a los paladines de este orden decadente, llegará la era en que se otorgue el premio Nobel a quien destruya el pedestal de los falsos ideales. ¡Sí, señor Breiting, algún día se gobernará el Tercer Reich desde las altas jefaturas y no desde los gremios y escaños parlamentarios de los diputados profesionales, esos granujas que cometen sus delitos vestidos de frac[38].

No comprendo por qué se pronuncia Hitler tan acerbamente contra el Reichstag cuando ha dicho desde el principio que su camino hacia el poder pasa por el Parlamento. Le domina una cólera homicida, hasta el punto de echar espumarajos por la boca. Se expresa ya confusamente, con excesiva rapidez. Sus palabras son apenas inteligibles. Yo diría que se deja arrastrar por impulsos anímicos y motivaciones retóricas. Intento encauzar nuevamente el diálogo hacia lo práctico y lo concreto, formulándole la siguiente pregunta:

Breiting: No obstante, usted debe gobernar con el Reichstag, señor Hitler, si quiere conservar ante el pueblo una mayoría absoluta y también si se propone emprender la reconstrucción con un Gobierno de coalición.

Hitler, que parece haberse serenado, se limpia la boca y adopta un tono mesurado, pero no quiere decir nada concreto: Nosotros tenemos también nuestras ideas al respecto. Como usted sabe, cuando un Gobierno desea obtener la mayoría absoluta disuelve siempre el Parlamento. Esta práctica no es monopolio de los partidos burgueses o marxistas. Es una arma de dos filos. Lo cual parece también aplicable a los decretos ley que prevé la Constitución de Weimar[39].

Me esfuerzo por obtener respuestas concretas sobre la legislación interna, pero Hitler se desentiende. Entonces intento arrancarle una opinión sobre la actitud del extranjero cuando él adopte medidas dictatoriales.

Breiting: ¿Cuáles serán, a su juicio, las manifestaciones y las posiciones del extranjero cuando usted arroje por la borda todos los principos democráticos?

Hitler: Por el momento, no me interesan las opiniones extranjeras. Ya le he dicho que la política debe planificarse siempre por etapas. Si nosotros asumimos el poder, dialogaremos con el extranjero en el lenguaje que requiera cada circunstancia. Hoy día, podemos prescindir totalmente de los refinamientos diplomáticos. Hoy sólo tienen vigencia los principios generales que marcan mi pauta. Lo que uno considera ventajoso, es para otro una desventaja; lo que uno estima delictivo, es moralizador para el vecino. Lo que uno cree justo, resulta ser una injusticia para otros. Premisa fundamental es la creación de un orden nuevo, un orden ético y social de validez universal.

Breiting: Así, pues, usted quiere erigir el Tercer Reich mediante un orden social inédito.

Hitler: Así es, e incluso emplearemos la violencia... si se nos lanza el reto. No quiero perturbar las fuerzas sanas del pueblo. Pero lo antiguo no puede predominar. Tampoco me asociaré con ningún sistema de los políticos. Ya he tenido suficiente de esos caballeros aquí, en Baviera[40].

Breiting: Escuche mi última pregunta, señor Hitler: Usted puede lograr todo eso por la vía

legal o la ilegal. ¿No cree que esa diferencia es decisiva?

Hitler (ya tranquilo): Estoy seguro de que mi Movimiento se impondrá legalmente. No puedo evitar que mis oradores hablen por todo el país de revolución, violencia y subversión. Hace once años yo arengaba ante veinte nacionalsocialistas; hoy día, son quinientos mil seres aglutinados por el nacionalsocialismo, pese a los decretos ley y las falsedades, pese a los mandatos episcopales y las interdicciones burocráticas. Ese ejército se duplicará; entonces yo me alzaré con el triunfo, y por la vía legal. Expliquéselo con toda minuciosidad a sus amigos y lectores.

Hitler nos estrecha la mano y, mientras nos acompaña hasta la puerta, agrega:

—Me complace mucho haber mantenido este franco coloquio. Espero tener en usted un amigo sincero.

Breiting: Todo me ha interesado de manera excepcional.

Hitler: Me pondré gustosamente a su disposición si usted pasa otra vez por Munich y yo dispongo de tiempo.

Breiting: Así lo requerirán los comentarios de nuestro periódico sobre política exterior, porque no podemos dejar al margen en nuestras manifestaciones el ideario de un partido tan poderoso.

Hitler: Nosotros poseemos, efectivamente, un ideario en el que no se excluye la política exterior. Vuelva usted para que podamos dialogar también acerca de ello... Por cuanto se refiere a su pleito con nuestro diario *Der Freiheitskampf*, entiéndase con mi camarada de partido Rudolf

Hess. Él traspasará el asunto a Hans Frank, nuestro asesor jurídico. Si el *Leipziger Neueste Nachrichten* concierta un *modus vivendi* con nuestra Jefatura en Leipzig, se darán todas las premisas necesarias para suspender el ataque.

La conversación ha durado casi tres horas; Hess señala el reloj y apremia a la despedida. Además, pide que esta entrevista permanezca estrictamente en el terreno confidencial. Conversamos todavía un buen rato con Hess, lo cual me permite apreciar cómo se solicita a Hitler. Se reciben continuas llamadas telefónicas desde Berlín, Dortmund, Colonia y Oldenburg, llegan mensajeros sin cesar, se anuncia la llegada de visitantes, se reserva un billete de coche-cama hacia Oldenburg para Hitler; en suma, hay tanta actividad como en una colmena. Una conversación telefónica encoleriza a Hess de tal forma que Hitler le hace llamar a su despacho. Cuando Hess, todavía agitado, se reúne con nosotros, aprovecha la oportunidad para mencionar una vez más los ataques del *Freiheitskampf* al objeto de acordar algo concreto. Coincide conmigo en la condenación de esos ataques, y me pongo de acuerdo con él para enviarle todas las agresivas frases del *Freiheitskampf* subrayadas en azul; él las colocará sobre el escritorio de Hitler. Convenimos también que el doctor Detig se ponga antes en comunicación con Hans Frank.

El programa político de los nacionalsocialistas es, ciertamente, algo difuso, polifacético y aplicable a cualquier situación. Sin duda la capacidad intelectual de Hitler es mucho mayor de lo que supone la mayoría de la gente. Tampoco se puede descartar como si tal cosa la exposición de Hitler sobre los problemas fundamentales. Todas las cuestiones debatidas requieren un análisis y un estudio. No obstante, debo señalar que sus ideas sobre la propiedad privada son insuficientes a todas luces, y que sus dictámenes contradicen los de otros nacionalsocialistas. Muchos puntos del programa económico nacionalsocialista, por ejem-

plo la supresión del censo, parecen haber sido concebidos por una mente infantil. Pero tras ese programa y el impresionante movimiento que emprende nuevos caminos ideológicos, se adivina la personalidad dominadora de Hitler. El hombre semeja un volcán, sus discursos se precipitan como torrentes sobre los interlocutores, y es preciso estar muy atento para poder intercalar una observación.

Por añadidura, resulta curioso que un individuo tan inteligente como Hess contemple como un niño crédulo a su jefe, penda materialmente de sus labios; indudablemente, Hitler irradia en torno suyo una fuerza sugestiva cuyo alcance resulta muy difícil de calibrar. Así, pues, uno debe guardarse mucho de menospreciarle, aunque Spengler opine lo contrario. El hombre tiene una personalidad de primera magnitud. No conviene olvidar sus antecedentes sociales: obrero temporero, pintor de brocha gorda, dibujante mediocre. Aparentemente, Hitler no posee los modales que se suelen imputar al arribista. Desde luego, el hombre tiene una carga temperamental gigantesca, un temperamento temible; se me ha dicho que cuando se encoleriza recorre como un demente la Casa Parda. Las decepciones anímicas (Otto Strasser) le ocasionan convulsiones [41]. ¿Histeria? Es sintomático, sin embargo, que se le tema, que nadie ose mofarse de él. Desde luego, para el observador distante parece tener una cierta dosis de megalomanía; tal vez esté representando ya el papel de futuro dictador, pues no hay duda de que su voluntad y su deseo es llegar a ser un Mussolini germánico. Pero, por otra parte, le caracterizan una despreocupación e impulsividad que se han manifestado ya en su conversación conmigo y que a uno le ocasionan a la vez una decepción hasta cierto punto tranquilizadora. Esa versatilidad causa irritación al principio, pero es también fascinante y deriva muchas veces hacia una irracionalidad que siembra el terror entre sus camaradas y desconcierta a sus adversarios, como si no tuviese una formación adecuada ni supiese tomar las decisiones justas en el momento preciso. No cabe duda de que su egolatría es desorbitada y extravagante; uno lo percibe tan pronto como le

oye hablar con su incesante «yo quiero, yo quiero, yo quiero». Causa la impresión de que toda su energía se concentra en una sola voluntad férrea. Es, sin duda, un neurasténico fácilmente irritable y un orador de temperamento explosivo. Además, tiene aspecto de hombre voluntarioso con gran capacidad para la brutalidad, y si antaño fue, según los rumores, un individuo feble con cierta tendencia a lo artístico, ahora se puede decir que Hitler ha desechado totalmente esa inclinación.

Tiene acusadas facciones; sus relucientes ojos endrinos [42] y el negro mostacho plantado bajo la nariz como un punto de tangencia, le confieren una expresión hermética, y el saliente mentón revela una excepcional energía. Cuando perora, contorsiona el rostro, a menudo con espasmos feroces como si quisiera destruir al adversario de una dentellada. Esa tensión constante desequilibra sus nervios, y hoy se le puede conceptuar infaliblemente como un individuo sobreexcitado y neurótico. Entre los políticos que he conocido personalmente durante estos últimos años (incluido Stresemann), Hitler es aquel cuya personalidad me ha producido mayor impresión.

Se acordó con el señor Herfurth que fuera el doctor Detig quien encontrara al doctor Frank y celebrara conversaciones para solucionar el litigio con el *Freiheitskampf*. Estábamos dispuestos a pasar por alto las ofensivas acusaciones catalogándonos como lacayos de los judíos; sobre este punto no habría demanda judicial. Se convino también que yo celebraría una segunda conversación con Hitler bajo promesa firme de silencio —sin conocimiento de redactor o periodista alguno—; en ella me esforzaría por convencerle de las ventajas generales que encontraría entre los burgueses si no reanudase sus ataques. «Debemos intentarlo todo para inculcar una cierta vocación parlamentaria a ese hombre», dijo el consejero privado Herfurth.

COMENTARIOS Y ACLARACIONES A LA PRIMERA CONVERSACIÓN HITLER-BREITING

1. El doctor Alfred Breiting fue —según propia declaración— miembro del partido populista alemán como su colega Richard Breiting.

2. Esa imagen de Cristo no se encontraba accidentalmente junto a la esvástica dorada. En todas sus evoluciones políticas, Hitler adoptó con sutil dialéctica el procedimiento publicitario de afirmaciones y negativas contradictorias. Él y todos sus seguidores se declararon *pro domo* adversarios del cristianismo. Con engañosas promesas intentó ganarse a la Iglesia para su política renovadora. Después de 1933, y no obstante las garantías dadas a la Iglesia católica, urdió provocaciones y formuló amenazas contra los dignatarios eclesiásticos para obligarles a seguir el curso marcado. Su método consistió en empeñar personalmente la palabra con bastante verosimilitud para procurarse una coartada por razones políticas. Pero bajo mano recomendaba a sus subalternos que adoptaran las medidas más duras. En la nota 35 ponemos de manifiesto la actitud hipócrita de Hitler ante el cristianismo y la Iglesia.

3. Las instalaciones de la Casa Parda y el gigantesco aparato administrativo evidencian que el NSDAP disponía ya en 1931 de cuantiosos fondos. Las cuotas de sus afiliados no podían cubrir por sí solas esos formidables gastos. Diversos emisarios visitaban regularmente a los magnates industriales y financieros para hacerles llenar las arcas del partido. Fritz Thyssen y sus amigos protegían ya el movimiento hitleriano mucho antes de 1933. Tras el advenimiento nacionalsocialista, los industriales y banqueros fundaron el "Círculo de amigos del Reichführer SS Heinrich Himmler".

4. Federico II el Grande (1712-1786), esencia del espíritu prusiano.

5. Hitler no cree suficiente dejar marchar a ese representante de la burguesía y de los círculos conservadores sajones con el convencimiento de una marcha triunfal nacionalsocialista. Al agitador tampoco le interesa la publicación del coloquio en un periódico. Más bien quisiera sumar a Breiting a su causa; él sabe cómo proceder para dar un buen lavado de cerebro a su visitante. Entretanto, el futuro canciller procura no despertar con su pensamiento el recelo de los enemigos internos y externos. Por tal razón, Hitler desea evitar a cualquier precio la publicación de sus manifestaciones. Se propone seguir echando arena a los ojos del mundo. En esa coyuntura sólo necesita hacer prosélitos y ganarse a los manipuladores de la influyente Prensa. Con aparente consideración, desiste de la entrevista oficial para ahorrarle al periódico la pérdida de anunciantes. Sin embargo, tres años después Richard Breiting se vio encasillado como "lacayo de judíos" por haber aceptado anuncios de empresas judías. Hitler coarta al interlocutor —cuyo concepto conservador del honor conoce bien (y, por cierto, desprecia)— mediante una promesa de silencio. Sabe que Breiting mantendrá su palabra. Él mismo nunca se consideró ligado a la palabra dada. Incluso juró lealtad a la Constitución de Weimar (26-II-1932) y contrajo el compromiso (30-I-1933) de gobernar con métodos parlamentarios. Pero, contradiciendo totalmente tales propósitos, escenificó una serie de provocaciones para imponer sus aspiraciones anticonstitucionales al poder.

6. Conviene observar que Hitler no habla sólo de una subversión en Alemania, sino en toda Europa. Ve con claridad que la alternativa "bolchevismo o nacionalsocialismo" le granjeará las simpatías de los partidos derechistas. Así como quiere confrontar a las fuerzas nacionalistas alemanas con una elección, desea también plantear una disyuntiva ante las fuerzas conservadoras europeas —y especialmente las inglesas— para ponerlas de su parte.

7. Hitler niega todo talento de gobernante a los políticos burgueses. No reconoce las cualidades de Rathenau o Strasemann. Ambos carecían de la brutalidad que tanto le sobraba a él.

8. La alusión de Hitler al modesto tren de vida propugnado por las eminencias pardas, resultó ser una mera pamplina después de la conquista del poder; los hechos desmintieron sus palabras hasta el absurdo. Aunque en la reunión ministerial del 28-II-1933 había prometido hacer reparar los daños ocasionados al Reichstag, declaró el Parlamento en estado de ruina y edificó una pomposa cancillería donde no se ahorró el mármol ni el granito. Cuando Hitler se jactó ante Breiting de su sobriedad, poseía ya (desde 1925) la mansión de "Haus Wachenfeld", lujosamente instalada en Berchtesgaden. Allí colocó como ama de llaves a su hermanastra Angela Rubal, cuya hija Geli fue amante suya. En 1935, hizo ampliar esa propiedad y construir el espacioso "Berghof". Su nueva amante, Eva Braun, recibió autorización para ocupar todo un piso y utilizar la gran piscina. Se construyeron pequeños miradores en el vértice de la montaña y se instalaron ascensores adosados a la pared rocosa. Quien posea ese aparatoso "Sans-Souci" de Berchtesgaden, más un piso excepcionalmente suntuoso en la Prinzregentenstrasse de Munich, puede renunciar muy bien a villas en Travemünde o Suiza. Todos los dignatarios del Tercer Reich poseyeron elegantes viviendas urbanas, propiedades rurales y pabellones de caza; por ejemplo, el "mesurado" Reichsführer SS Heinrich Himmler tuvo una grandiosa villa en un barrio residencial berlinés, donde le atendían solícitamente catorce esclavos, un pabellón de caza al norte de Berlín, otra villa a orillas del lago Starnberg y un piso secreto ocupado por su manceba. Y no digamos nada de Goering; su tren de vida era verdaderamente fastuoso. El proceso de Nuremberg sacó a relucir varias veces el robo de grandes obras pictóricas en diversos museos europeos para enriquecer la propiedad privada del oligarca.

El propio Hitler poseía unos seiscientos cuadros de extraordinario valor.

9. Hitler hace, el 23-III-1933, ese reproche a los socialdemócratas cuando habla ante la asamblea general parlamentaria desde el podio de la Krolloper. Goering denomina a ese gran Consejo el "ajuste de cuentas con falsarios y traidores". Hitler no menciona que desde su encumbramiento a la Jefatura del NSDAP, lanza habitualmente continuas injurias contra sus adversarios. Da el calificativo de delincuentes y traidores antipatriotas a todos los políticos sin aportar pruebas que lo refrenden. Sin embargo, se mostró deferente no pocas veces con matones y asesinos. El 23-VIII-1932, Hitler envió un afectuoso mensaje encabezado con las palabras "queridos camaradas" a los cinco nacionalsocialistas contra quienes dictó pena de muerte el tribunal especial de Beuthen por haber irrumpido en el domicilio del polaco Pietrcuch para asesinarlo sin piedad ante los ojos de su madre.

10. Hitler se hace pasar por inspirador de un nuevo orden para restar importancia a la justa acusación de que está provocando la anarquía. Durante aquellos años críticos la palabra acuñada "orden" tuvo efectos casi hipnóticos, tanto más cuanto la opinión pública desconocía absolutamente los planes hitlerianos para la implantación de tal orden. Después de 1933, las draconianas medidas hitlerianas impusieron una aparente tranquilidad interna, cuyo reverso quedó oculto en gran parte al pueblo porque se ejerció un riguroso control sobre los órganos informativos. Esa apariencia de orden y unidad, combinados con un "saneamiento" económico sobre bases engañosas, salió a relucir brillantemente en la Olimpíada de 1936 en Berlín e impresionó también a los observadores extranjeros. Ese es-

pejismo no se ha disipado todavía por completo. Nos remitiremos someramente a los hechos:

Se implantó y mantuvo el "orden" hitleriano mediante el Servicio de Seguridad del Reich con su Negociado IV (Gestapo), mediante su gigantesca red de confidentes, el control absoluto de Prensa y radio, los arrestos arbitrarios, el ejercicio de una justicia ficticia y las bestiales torturas en los campos de concentración donde, hacia el fin de la guerra y solamente en territorio nacional, habían ingresado ya setecientos cincuenta mil detenidos políticos sin procedimiento judicial previo. Para mantener el "orden" en esos campos, Himmler movilizó a seis mil "delincuentes profesionales". La "higiene biológica" quedó garantizada por las cámaras de gas. Y eso no ocurrió tan sólo en los campos situados fuera del Reich, como se suele afirmar erróneamente, sino también, en Sachsenhausen, Neuengamme, Dachau, Mauthausen y Grossrosen.

11. Es interesante observar que el 27-I-1932 (un año después se incendiaría el Reichstag) Hitler reconoció ante un grupo de industriales el derecho a la provocación. Conceptuó como un deber sagrado escenificar provocaciones para mover a las masas; pues, según él, para encarrilarlas bastaba con ponerlas en movimiento. Vio los sentimientos como fuerzas decisivas e impulsoras de las masas (*Mein Kampf*, pág. 371). Los medios no representaban papel alguno en tal proceso. Lo único importante era servir al NSDAP y su autoridad. Y aquellos que participaban con entusiasmo y contundencia en sus acciones, figuraban como héroes. En 1934, cuando Hitler declaró "Día de los Héroes" el 27 de febrero (aniversario del incendio del Reichstag), asoció ese "heroísmo" con el recuerdo por los caídos de la Gran Guerra. Al día siguiente, anunció, en presencia de varios jefes nacionalsocialistas y generales, la próxima conquista de nuevos espacios vitales.

12. Se trata del futuro general Ludwig Beck, a quien Hitler nombró jefe del Estado Mayor del Ejército el año 1935. Beck se retiró en 1938 y más tarde formó entre los conspiradores del 20-VII-1944. El entonces coronel Beck formuló violentas críticas contra la policía por el arresto del primer teniente Wendt y de los tenientes Scheringer y Ludin. Estos tres oficiales, encartados en el llamado "proceso Ulmer" (1930), fueron acusados de organizar en sus respectivas unidades grupos secretos del NSDAP. Hitler dedujo de las críticas formuladas por Beck que éste aprobaba su política en la Reichswehr.

13. Wilhelm Groener (1867-1959) fue primer intendente del Cuartel General en 1918, ministro de Comunicaciones en 1920 y ministro de Defensa desde 1928. En 1931 asumió la cartera del Interior. Hitler supo que no podía esperar nada de Groener y sus amigos. Sin embargo, negoció con Groener cuando éste intentó hacer propaganda entre los diputados nacionalsocialistas para inducirles a votar por la propuesta del Centro y de los socialdemócratas consistente en prolon-

gar el mandato de Hindenburg mediante vías parlamentarias. Para realizar tal proyecto, sus iniciadores necesitaban una mayoría parlamentaria de dos tercios. Las conversaciones, planteadas de "forma amigable" terminaron sin éxito. Hitler presentó sus propias propuestas sobre la persona y la elección del próximo Presidente.

Hitler tuvo al general Kurt von Schleicher (1882-1934), cerebro político de la Reichswehr, por un peligroso enemigo y competidor. Schleicher fue, desde 1929, Secretario de Estado en el Ministerio de Defensa y como tal atendió a los problemas gubernamentales de política exterior e interna. Organizó su propio Servicio de Información y se relacionó con la aristocracia y sus incondicionales. El general Schleicher tuvo bastante amistad con el príncipe heredero Wilhelm. Hacia principios de enero de 1932, Hitler y Schleicher celebraron una entrevista secreta. El general se hizo la ilusión de que Hitler favorecería la prolongación del mandato presidencial de Hindenburg mediante una resolución parlamentaria apoyada por los dos tercios. Pero en realidad Hitler sólo barruntó que aquel general cincuentón, por quien Hindenburg sentía gran respeto y afecto, pretendía también labrarse una carrera política. Hitler rechazó la propuesta de Schleicher —reiterada más tarde por Groener y Brüning— fundándose en principios "constitucionales, morales y políticos, tanto de orden externo como interno". En suma: él quería presentar su propia candidatura. En 1932, Schleicher fue nombrado ministro de Defensa y desde el 2 de diciembre del mismo año hasta la usurpación hitleriana ocupó la cancillería del Reich. En este puesto creyó poder aliarse con algunos "compañeros de viaje" de Hitler. Además, se propuso confabularse con Gregor Strasser y sus secuaces para dividir el NSDAP. Hizo elaborar diversos planes con objeto de solventar la crisis y poner trabas al encumbramiento del nacionalismo. Schleicher se esforzó en obstaculizar los propósitos de Hitler e hizo todo cuanto pudo para impedir que el jefe del NSDAP colmara sus ambiciones, es decir, ocupara la jefatura del Estado y asumiera el mando supremo de las fuerzas armadas. Schleicher pagó esa rivalidad con su vida; el 30 de junio de 1934 Hitler hizo asesinar al general y su esposa, así como al general Von Bredow.

14. La llamada lista de mártires con trescientos nombres fue una exageración: Hitler denominó "Mártires del Movimiento" a todos los miembros de sus SA y SS que provocaron altercados callejeros y perdieron la vida en ellos. Para alargar esta lista agregó los nombres de aquellos que actuando en los bajos fondos como "confidentes" de la Policía y del SD habían encontrado su merecido. Las personas sacrificadas por los nazis antes de la conquista del poder formaban una lista mucho más larga. En una entrevista que Hitler concedió a un representante del *Rheinisch-Westfälischen Zeitung* el 16-VIII-1932, seguía aludiendo todavía a los trescientos muertos. Durante esa conversación adujo que el número de heridos ascendió el año 1931 a seis mil, y que en

los primeros siete meses y medio del año 1932 se contaron ya ocho mil doscientos heridos. (*Völkischer Beobachter*, 17-VIII-1932). Según datos oficiales del NSDAP, en el 15-VIII-1932 hubo un total de ciento noventa y dos "protomártires". Cuando Hitler habló con Breiting, ese número rondaba los cien. El Führer estimó conveniente triplicar la lista de muertos. Sea como fuere, dichas cifras reflejan claramente el régimen de terror impuesto en la calle por sus comandos.

15. A decir verdad, la profecía de Hitler resultó acertada. El 20 de julio de 1932, Hindenburg facultó al canciller Franz von Papen, Comisario del Reich en el Estado prusiano, para que, fundándose en el artículo 48 de la Constitución de Weimar ("restablecimiento de la seguridad y el orden público"), desposeyera de sus cargos a los ministros prusianos. Encomendóse al teniente general Von Rundstedt (comandante del I Grupo de Ejércitos) la detención del ministro presidente prusiano Otto Braun, el ministro de Interior Carl Severing y el jefe de policía Albert Grzesinski. Los ejecutores de tal misión deberían ser oficiales del ejército.

16. Hitler se refiere a la revolución de noviembre de 1918, cuya finalidad exclusiva fue la proclamación de la República. Cuando testificó ante el tribunal de Leipzig en el "proceso Ulmer" (1930), denominó "delincuentes de noviembre" a los socialdemócratas. Prometió "hacer rodar las cabezas" cuando asumiese el poder. Hitler dio así un matiz delictivo al mito de la puñalada política. En noviembre de 1918, poco después del armisticio, los generales hicieron correr el rumor de que habían impuesto al káiser la rápida terminación del conflicto bélico porque, treinta días antes, los obreros habían declarado la huelga general en las fábricas de armamento. Sin embargo, se puede demostrar documentalmente que Ludendorff y Hindenburg habían rogado encarecidamente al emperador, el 29-IX-1918 (por tanto, antes de la huelga desencadenada en octubre), que solicitara un armisticio dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, pues de lo contrario se derrumbaría el frente. Ambos mariscales decidieron dar este paso cuando ya habían manifestado, el 14 de agosto, que "no tenía objeto proseguir la guerra" y, por tanto, urgía iniciar negociaciones para el armisticio antes del hundimiento total. Cuando se vino abajo el frente de Salónica y Bulgaria capituló, el Estado Mayor Central alemán comprendió que el comandante supremo francés en el Sudeste, mariscal Franchet d'Esperey, podría avanzar hacia Budapest, Viena y Praga sin encontrar resistencia. Por el servicio de información militar se conocía el ambiente que reinaba en la monarquía austro-húngara. También cabía esperar una acometida de los aliados desde Italia. La camarilla palaciega y los generales aprovecharon esas gestiones de Ludendorff y Hindenburg para formar un nuevo Gobierno bajo la presidencia del príncipe Max von Baden, donde estuvieron también representados los socialdemócratas y el partido del Centro. Se esperó salvar así la monarquía y preservar al país contra los conatos revolucionarios; pero también se intentó achacar el desastre militar a los políticos. Ellos y el Reichstag deberían hacerse responsables del armisticio, pero no los militares ni el emperador, aunque fueran éstos quienes hasta entonces tomaran las decisiones. Cuando Ludendorff se dio cuenta de que su papel terminaría con el fin de las hostilidades y que el kaiser los sacrificaría sin contemplaciones, el 24 de octubre tomó una resolución tajante: los ejércitos seguirían combatiendo. Desde luego, no supo a ciencia cierta cuánto tiempo resistiría el frente, mas él quiso aparecer como hombre fuerte y aprovechó como pretexto las exigencias contenidas en el cambio de notas diplomáticas para adoptar esa intransigente actitud. Su destitución, el 26 de octubre, y los tánteos austríacos, el 27 de octubre, en busca del armisticio, pusieron fin a esa fase. Cuando el representante del Reichstag firmó el armisticio, Ludendorff y sus oficiales clamaron: "¡Traición!" Su empeño en jugarlo todo a una carta con una última batalla para salvar el honor, fue algo tan disparatado como suponer que Alemania habría salido mejor librada de la Segunda Guerra Mundial si Hitler hubiese lanzado las últimas divisiones alemanas a la batalla de Berlín. Hitler sabía, por sus conversaciones con Ludendorff, que la guerra quedó decidida ya el año 1914, es decir, cuando se malogró el primer asalto de los ejércitos alemanes a París y no se pudo conquistar la capital francesa. Alemania no podría, en ningún caso, enviar tantos hombres y armas al frente como los ejércitos de la Entente. Hitler debe de haber conocido muy bien las causas reales, pues, conversando con Richard Breiting, asegura que no se cometerá una vez más el error de hacer luchar a Alemania en dos frentes.

17. Las aclaraciones de Hitler dejan entrever que no se propone provocar un cataclismo con sus formaciones paramilitares y que se prepara para tomar dos orientaciones: 1) Lucha contra el comunismo; 2) Captación de los círculos conservadores y la industria como futuros aliados. Se aferrará obstinadamente a ese proyecto hasta que Hindenburg y la gran industria le otorguen el poder.

18. La "confabulación del judaísmo mundial" con el bolchevismo fue uno de sus recursos preconcebidos para estigmatizar y amalgamar el sistema parlamentario burgués e "indoctrinado" y el movimiento comunista. La "cuestión judía", el "peligro bolchevique", la "traición socialdemócrata", la "incapacidad burguesa" y lemas similares fueron otros tantos recursos retóricos para alcanzar los objetivos externos e internos de su política y hacer efectivas sus aspiraciones al poder. Él trató cada problema con arreglo a su "rentabilidad" y "madurez", solucionándolos, además, por etapas. Desde luego, hubiera preferido comenzar con el "problema judío", pero el pueblo no habría comprendido ese paso, ni en el extranjero se habría aprobado. Así, pues, decidió presentar a los judíos por lo pronto como cabezas de turco y explotarlos como rehenes. Hitler no creyó nunca en la existencia de un misterioso gobierno universal judío. Si éste

hubiera sido el caso, él habría abordado de forma muy distinta el llamado problema judío. Hitler planteó esta cuestión, como tantas otras, para inculcar la aversión a las masas populares nacionales y extranjeras. Buscó inspiración en las persecuciones antisemíticas y los vandálicos pogromos del medievo y de los últimos siglos. En su obsesión racista, Hitler intentó congraciarse con los cristianos y hacerlos sus aliados alegando que los judíos habían crucificado a Jesucristo.

La expulsión de los judíos, las represalias contra su pueblo y los ghettos del pasado fueron, a su juicio, medidas demasiado magnánimas. Hitler quiso enfocar el problema judío —por lo demás inexistente— desde un ángulo inédito. Recurrió a los protocolos apócrifos sobre los "sabios de Sión", publicados ya el año 1924 en Leipzig y el año 1932 en Munich para poner de manifiesto la llamada conjura mundial judía. Quien no compartiera su opinión al respecto, quedaba catalogado como lacayo de los judíos. Esa coacción demagógica aceleraría su tiránica expansión. El 1 de abril de 1933, Hitler organizó ya el llamado "boicot judío" como medida represiva contra la "propaganda difamatoria del extranjero", que le acusaba de haber urdido con Goering el incendio del Reichstag y le achacaban las torturas infligidas a los presuntos pirómanos. Le bastó esa provocación para fichar como incendiarios a tres judíos y al jefe comunista Ernst Thaelmann, con los cuales proyectó un segundo proceso que se empalmaría con el procedimiento judicial seguido contra Dimitrof, Torgler, Popof, Tanef y Van Der Lubbe. Sin embargo, asediado por la opinión pública, Hitler hubo de absolver a cuatro de los encartados. Tras esos incidentes, el proyectado proceso antisemita y anticomunista quedó en suspenso. Allá por el año 1933, Hitler consideró que la persecución de los judíos requería largos preparativos. Prensa, radio, cinematografía y literatura hubieron de contribuir a la calumniadora campaña. La policía de investigación criminal se convirtió en un instrumento muy activo para indagar y probar las manipulaciones delictivas de los burgueses judíos y sus "lacayos". Tales "revelaciones" fueron difundidas mediante todos los recursos concebibles de la propaganda. Por último, se elevó la actividad antisemítica al rango de ciencia. En 1933, gracias a esos aviesos procedimientos, Hitler se sintió ya bastante fuerte para promulgar la "Ley de Nuremberg". En 1938 tuvo lugar la "noche de cristal del Reich", y en enero de 1942 se formalizó la "solución final" (Conferencia de Wannsee). Los grupos de asalto, adonde afluía la élite racial, y las cámaras de gas fueron meta definitiva de una persecución contra los judíos profetizada mucho antes en *Mein Kampf*. Sin embargo, esa acción fue tan contraproducente políticamente que Hitler la encomendó en secreto a sus leales y la encubrió, para conocimiento del pueblo, como "emigración forzosa a las regiones orientales".

19. Hitler alude a un frente común con los nacionales alemanes, el llamado "Frente de Harzburg", que se hizo realidad cuatro meses después de esa conversación.

20. La "traición de noviembre" fue una consigna que Hitler, siguiendo el consejo de su "jefe publicitario" Goebbels, utilizó con infatigable tenacidad, pues la reiteración era ley primordial de la propaganda. Esa repetición preconcebida e incesante de mentiras y falseamientos históricos, conduce hoy día con frecuencia a la errónea conclusión de que Hitler fue víctima de una idea fija. Y entonces la equívoca inferencia induce a la absolución del oligarca pardo y su camarilla.

21. En este pasaje Hitler habla sin rodeos: se propone cerrar las puertas del Reichstag y erigir un monumento junto al edificio. Efectivamente, más tarde, cuando ya se había adueñado del poder, encomendó a su amigo el arquitecto Albert Speer la construcción de un arco triunfal. Se preparó una maqueta del monumento proyectado para honrar a la nación renaciente. El arco triunfal se alzaría en la Königsplatz, ante el Parlamento. Hitler no hizo reconstruir jamás el Reichstag. Por el contrario, confió a Speer la tarea de guarnecer con grandes monumentos los terrenos del partido de Nuremberg. Las concentraciones en Nuremberg para celebrar el "Día del Partido" le sirvieron de plataforma publicitaria. Allí, Hitler dio a conocer transcendentales decisiones, tales como la tristemente famosa "Ley de Nuremberg" (1935) para "proteger la sangre alemana y el honor alemán". Los *gauleiter* y delegados se limitaban a corear sus proclamas con un entusiástico "*Sieg Heil!*"

22. Ese "sistema mejor" fue una tiranía absoluta sin libre expresión del pensamiento, con fronteras herméticas, desvalorización rápida pero encubierta de la moneda, persecuciones contra adversarios políticos y judíos, discriminación entre dignatarios eclesiásticos y miembros de la Reichswehr, implantación del servicio militar obligatorio, establecimiento del KZ * y actos provocadores contra el extranjero que culminaron con la falsificación de moneda y la infiltración de una delictuosa quinta columna. Tales preparativos preludiaron la guerra total con sus deportaciones masivas y su planteamiento científico del genocidio. Sin embargo, el pueblo alemán no asignó jamás tal misión a Hitler. Si él hubiese revelado al principio cuál era ese "sistema mejor", el NSDAP no habría obtenido nunca el 30 por ciento de los votos electorales; pues, antes del incendio del Reichstag, Hitler, pese a la crisis económica y a su espectacular demagogia, ganó sólo una tercera parte del heterogéneo cuerpo electoral.

23. Hitler ha repetido varias veces que el éxito político depende del fanatismo popular y, por tanto, de la acción fanatizadora. Él manipuló al pueblo como si fuera una gigantesca fábrica de municiones. Primero, acumuló proyecti-

* Campo de concentración.

les y luego los despachó para el frente. Una vez hubo saturado de odio el alma popular, pudo descargarlo sobre el enemigo en nombre de su "soberana ética". La "unificación de los medios periodísticos", el monopolio de la radiodifusión y el empleo abusivo del mecanismo estatal para la campaña discriminatoria contra el extranjero, fueron premisas indispensables en la "guerra mental". El 27 de febrero de 1932, Hitler desarrolló ya ese tema, entre otros más, ante los industriales reunidos en Düsseldorf. Afirmó que el éxito político es función de la fe popular y de las "fuerzas inherentes a ella". Sólo con esas "fuerzas latentes" en la fe —llámesele odio— se puede llevar a cabo una política eficaz, tanto exterior como interior. Hitler fue experto en ese terreno, según lo prueba el hecho de que supiera conducir al pueblo alemán hasta las simas más hondas del "Götterdämmerung". Por ello parece descabellado afirmar hoy día que quienes quisieron eliminar el régimen hitleriano y terminar con la guerra, atacaron por la espalda a los soldados alemanes combatientes.

24. Aquí, Hitler reconoce sin ambages la valía de su más íntimo colaborador, el doctor Goebbels. La intelectualidad alemana pierde el tiempo si espera que prescinda de él. Hitler nombra a Goebbels *gauleiter* de Berlín, no sólo porque confía en él, sino también por creerle capaz de convertir la capital alemana al nacionalsocialismo; aunque en esto se equivocó.

25. El 13 de marzo de 1933, es decir, ocho días después de las victoriosas elecciones del 5 de marzo, en las que el nacionalsocialismo cosechó diecisiete millones de votos, Hitler hizo saber que había creado un Ministerio de Educación Popular y Propaganda. El ministro recién nombrado, doctor Joseph Goebbels, sería el futuro dictador de la Prensa, la radiodifusión, los teatros, la cinematografía y la propaganda en el extranjero.

26. Pese a su programa de socialización industrial, Hitler no aplicó jamás las medidas pertinentes. Sus consignas socialistas sirvieron solamente para ganarse a una parte del mundo laboral. El 30 de junio de 1934, en la "Noche de los largos cuchillos", Hitler hizo fusilar a los elementos radicales —entre ellos Georg Strasser—, partidarios de la nacionalización.

27. Aquí insinúa que le agradaría recibir subsidios de la industria para fundar una escuela política donde adiestrar a sus agitadores. Himmler, jefe del Servicio Secreto, recibe el encargo de recaudar los donativos en empresas financieras e industriales. Consigna para esa recaudación: La lucha contra el bolchevismo.

28. En el año 1925, Hitler renuncia a su nacionalidad austríaca para evitar ser expulsado como extranjero indeseable. En su conversación con Breiting atribuye extraordinaria importancia al hecho de que varios periódicos influyentes hayan abogado por la naturalización del apátrida Hitler. En febrero de 1932 obtiene la ciudadanía alemana.

29. El *Leipziger Neuesten Nachrichten* había solicitado varias veces de las "fuerzas nacionales" que procuraran llegar a un entendimiento con Hitler. La industria y las finanzas sajonas y turingias respondieron a esa llamada. Wilhelm Bünger, antiguo ministro presidente de Sajonia y amigo íntimo de Richard Breiting, pertenecía a la intelectualidad que se había pronunciado contra una asociación entre los nacionales y el partido marxista.

30. Aquí dice Hitler que se propone hacer frente a los judíos como grupo cultural y financiero, aunque de ningún modo aniquilarlos sobre una base biológica. Sin embargo, en abril de 1933, es decir, dos meses después de la conquista del poder, organiza ya el primer boicot contra los judíos. Luego promulga las leyes racistas de Nuremberg. Más tarde, no colgará a los judíos de postes telegráficos, pero los hará entrar en las cámaras de gas.

31. El doctor Alfred Hugenberg (1863-1951) fue desde 1928 presidente del partido populista de nacionales alemanes. Propietario de periódicos derechistas y nacionalistas y de la empresa cinematográfica UFA, se opuso a una coalición con los socialdemócratas y el Centro. Este representante del gran mundo comercial, cuya influencia sobre la opinión pública mediante la Prensa y el cinematógrafo era considerable, fue una figura clave para los planes hitlerianos. Hitler sabía que los nacionales alemanes no tenían el propósito de solventar la crisis con ayuda de los partidos demócratas. Aspiraban a poner el Estado, tarde o temprano, bajo su control, y, por cierto, cuando los socialdemócratas y el Centro lo hubiesen esquilmado. Hitler tenía sumo interés en desbaratar la alianza entre los alemanes nacionales y el Centro. Para realizar este plan aseguró a los nacionales alemanes que se les convocaría cuando llegase el momento de evitar la catástrofe nacional, y que él pensaba encauzar la coalición nacional del proletariado. Varios directivos nacionales alemanes celebraron que Hitler se dispusiera a arrebatar las masas populares del campo izquierdista. En su fuero interno tenían el convencimiento de poder desplazar a aquel "cabo" cuando llegase el momento.

32. El doctor Otto Hugo, era síndico de la Cámara de Comercio e Industria de Bochum. Y desde 1920 miembro del Reichstag e influyente personalidad en el partido populista alemán.

33. Hitler da a conocer aquí inequívocamente su programa para la conquista del poder: eliminación del "chamizo tabernario" (Reichstag), transformación de la Prensa y despiadado ajuste de cuentas con socialdemócratas y comunistas. El 27 de febrero de 1933, es incendiado el Parlamento, se secuestra la mayor parte de los periódicos y se persigue a comunistas y socialdemócratas. Todo esto sucede veintiún meses después de la conversación con Breiting.

34. También se ejecuta este punto con arreglo a lo programado. No son seis sino nueve meses después de la conquista del poder cuando Hitler convoca el plebiscito del

12-XI-1933, que le aportará el 95 por ciento de los votos. Ésa es su revancha por el 8 de noviembre de 1923, fecha que señala el alzamiento frustrado de diez años atrás.

35. Hitler se refiere aquí a las "mejores fuerzas del cristianismo". ¿Qué significa esta frase para él? Aunque Hitler prometió ya un concordato antes de su llegada al poder, ordena incoar más tarde, como canciller, diversos procesos discriminatorios contra las dignidades eclesiásticas y hace asesinar alevosamente al jefe de Acción Católica en Berlín, doctor Erich Klausener. Tiende lazos amistosos con los "cristianos alemanes" y su obispo del Reich Müller, pero persigue a la "Iglesia evangélica" y dispone el internamiento del pastor Niemöller y del prior Grüber en campos de concentración, porque sus métodos para difundir la palabra de Cristo difieren de los suyos. Él conceptúa los asesinatos de niños y enfermos indefensos —la llamada eutanasia— como "muertes misericordiosas". "Costumbres, ética y moral alemanas" son meras consignas para enmascarar sus bárbaros procedimientos. Queriendo justificar los arrestos y ajusticiamientos, achaca innúmeros delitos a sus adversarios y los desacredita mediante sus tribunales y organismos de seguridad. Así elabora una legislación que hubiera desvirtuado la ética y la moral de cualquier pueblo, sin excluir el alemán. Por entonces nacía una nueva aristocracia que enseñaba al pueblo alemán la "exoneración ética". Pronto aparecieron como órgano ejecutor de este programa las SS. Los miembros de esta formación no podían pertenecer a ninguna Iglesia. En la primera fase de la metamorfosis espiritual reservada al pueblo alemán, constituyeron la casta privilegiada de los "creyentes" que tenían fe en el semidiós Adolf Hitler y le juraban fidelidad eterna. Interpretaron la extirpación de otros pueblos, razas y enemigos de la tierra propia como una medida higiénica para reforzar el potencial biológico, premisa imprescindible si se quería la germanización total del continente.

36. Hitler sabía sobradamente que estaba engañando al pueblo con la consigna "socialismo". Más adelante confesará abiertamente su desprecio por las masas y su intención demagógica. Cuando hablaba entre personas "decentes" —dígase conservadoras— manifestaba sin rodeos que no tenía el menor propósito de implantar un régimen socialista. En el "Día del Trabajo Alemán" (1-V-1933) clamó, vociferante, ante un millón y medio de personas congregadas en el campo de Tempelhof: "¡Aunque me ofrecieran medio mundo, yo preferiría ser el ciudadano más mísero de este pueblo!" En su conversación con Breiting, reconoce que necesita del capitalismo para promover el rearme y transformar Alemania en una potencia mundial. Sin embargo, ante la masa popular congregada en Tempelhof, aseguró, con temblorosa voz, que su propósito más caro era el de renunciar a los laureles de la guerra. "Sólo puedo decir que mi ambición se orienta hacia otras metas triunfales." Prometió renunciar también a toda clase de monumentos. Sus monumentos, los que le recordarían entre las generaciones venideras, serían "hermosos estadios, calles y ciudades". En realidad, aquellos estadios sirvieron para los desfiles de sus formaciones, las autopistas para la guerra relámpago, las ciudades de otros países como meta de sus feroces ataques. Cuando, el año 1939, Hitler cayó con sus ejércitos sobre Polonia, justificó este acto agresivo con la provocación de Gleiwitz y "entrenó" así a pueblo y ejército para la ejecución de sus planes. No obstante su solemne voto, hizo levantar monumentos en honor suyo: los ruinosos restos de las ciudades alemanas que él hizo "transformar".

37. No hemos encontrado pruebas de que Knut Hamsun, premio Nobel 1920 y simpatizante del nacionalsocialismo, expresara tal pensamiento. Sea como fuere, resulta interesante comprobar esto: Hitler alude ante Breiting a la destrucción futura de todos los Parlamentos europeos.

38. Hitler menciona aquí que desea desmontar las sedes de los parlamentarios profesionales y aniquilar sus instituciones (tal como se destruyeran en tiempos de Constantino los ídolos paganos para asegurar el triunfo del cristianismo).

39. A su advenimiento al poder, Hitler exigió reiteradamente la disolución del Parlamento, y, mediante el incendio del mismo, impuso al anciano presidente Hindenburg la promulgación de un "decreto para protección del pueblo y del Estado" (28 de febrero de 1933). El 24 de marzo de 1933 arrancó al Reichstag la "ley para zanjar la miseria reinante en el pueblo y el Reich" (ley de plenos poderes).

40. Probablemente Hitler se refiere a las amargas experiencias que, en 1923, tuvo con el Comisario general del Estado bávaro Gustav von Kahr y su grupo. Kahr y Von Lossow hicieron fracasar el alzamiento de noviembre.

41. Otto Strasser, hermano de Georg Strasser, ideólogo del partido, que se separó del NSDAP en 1930 y desafió abiertamente a Hitler.

42. Breiting menciona en su estenograma los ojos negros y brillantes de Hitler. Todos sabemos que Hitler tenía ojos de color gris azulado. Tal vez las dilatadas pupilas, vistas a través de las potentes gafas que utilizaba Breiting, fueran la causa de dicha apreciación.

SEGUNDA CONVERSACIÓN CON ADOLF HITLER EN JUNIO DE 1931

A esa segunda entrevista, que tuvo lugar hacia principios de junio de 1931, asistieron Rudolf Hess, Hans Frank (solamente en los comienzos de la conversación), Adolf Hitler y Richard Breiting. El estenograma no nos revela la fecha de esta conferencia. Es posible que se hiciera entonces una transcripción mecanografiada, pero, si fue así, el documento ha desaparecido. Por cierta observación de Hitler («tal como le dije hace un mes») se infiere que se celebró a primeros de junio. Tampoco se hace alusión alguna al escenario del encuentro. Se supone que éste tuvo lugar —por vez primera— en el cuartel general de Munich. Posiblemente se perdió también la primera página del estenograma, pues el texto comienza de la siguiente forma:

Hitler: La Prensa se pondrá al servicio de la comunidad nacional y no patrocinará nunca más los intereses privados. Debemos tener una Prensa honesta, tal como le dije hace un mes. El camarada del partido, Frank, aquí presente, me ha asegurado que el *Freiheitskampf* ha recibido ya instrucciones para la suspensión del litigio.

Frank: Si bien ello no depende solamente de la solución que le demos nosotros, sino también

de la actitud que adopte el *Leipziger Neuesten Nachrichten.*

Breiting: Discúlpeme, señor Hitler, si le digo que sus ideas y aseveraciones tienen gran repercusión entre los descontentos, pero todos sabemos que esos descontentos podrían ser encaminados por distintos cauces si se superara esta crisis. Su inquebrantable fe parece fundarse en una prognosis accidental y aleatoria del futuro, pero a este respecto desestima la capacidad de sus adversarios. ¿No sería mejor crear un partido que favoreciese por partes iguales a la burguesía y a su partido? El pueblo alemán necesita paz política.

Hitler (indignado): Los combates ideológicos no se libran solamente con fe, sino también con raciocinio. Ciertamente, nosotros debemos sustentar las convicciones de la masa, pero en nuestro equipo dirigente no hay lugar para las especulaciones sobre la fe. Todo se sopesa con sobriedad. Nosotros no desestimamos a nuestros adversarios; sabemos muy bien de lo que son capaces esos políticos sistemáticos. De todas formas, su maquinaria ha sufrido un gran desgaste y ya no se la puede reparar. Nosotros vamos adelante con exactitud prusiana, ajustándonos a una planificación matemática. Apreciamos mesuradamente los éxitos y los fracasos, y aprendemos la lección de ellos. No nos dejamos seducir por un optimismo desorbitado. Si hoy día sabemos afrontar prudentemente el futuro, lo debemos a nuestras pasadas experiencias y a la corrección de los errores. Nosotros actuamos por etapas y rechazamos todo recurso que haya fallado ya una vez.

Es preciso también esgrimir las armas adecuadas en el momento justo. Quien se haya familiarizado con los conceptos de Clausewitz y Schlieffen debe saber que la estrategia militar es asimismo aplicable a la lucha política. Una etapa es la investigación del campo adversario, otra las maniobras preparatorias, una tercera el asalto. Usted puede estar seguro de que no cometeremos más errores.

No nos es permisible intervenir en un juego parlamentario. Contamos solamente con los nacionalistas alemanes. Por otra parte, éstos no han madurado todavía lo suficiente para formar un Gobierno de coalición con nosotros. No se preocupe usted, nosotros nunca operaremos anárquicamente o sin planes previos. Tenemos a nuestra disposición el aparato del partido, cuya organización jerárquica es perfecta. No le revelo ningún secreto si le digo que edificaremos nuestro Estado con arreglo a este modelo. Si hemos sido capaces de crear un mando férreo, un partido y un Movimiento, también tendremos capacidad para alcanzar metódicamente el poder, edificar metódicamente un Estado y demoler metódicamente el Tratado de Versalles. Nosotros no somos esos revolucionarios que ponen todas sus esperanzas en el astroso proletariado. Mi camarada de partido, Goebbels, dijo una vez, y muy bien dicho, que un Bakunin sólo puede medrar en el caótico ambiente ruso.

Los métodos homicidas fueron también empleados por primera vez contra nosotros, nuestra lista de mártires cuenta ya con 300 víctimas. Los disidentes grupos anárquicos reciben su soldada para atentar contra mi persona o mis más íntimos colaboradores. Por añadidura, las finanzas utilizan como intermediarios a intelectuales e individuos desarraigados de la comunidad. Nos proponemos observar muy de cerca a toda esa chusma, y cuando llegue el momento marcharemos contra ella sin contemplaciones. Una vez suene la hora de ajustar cuentas, exigiremos nuestro tributo. No habrá ninguna noche de San Bartolomé, cada cual deberá responder de sus actos según lo disponga la legislación alemana[1]. Pero no será sólo nuestro pueblo quien sancione este método resolutivo y justiciero, otros se revolverán también contra el caos bolchevique y judaico pues nosotros debemos mostrar abiertamente al mundo cuál es nuestra resolución. Hemos ganado ya amigos en el extranjero porque definimos claramente nuestra posición frente al bolchevismo y el judaísmo universal. No toleraremos entre no-

sotros ningún lacayo de judíos, ya sea la Prensa, la economía o la diplomacia.

En 1914, cuando yo era combatiente voluntario, leía a Philipp Stauff y sabía ya cómo degeneraba la Prensa alemana bajo el ilimitado dominio judío[2]. Los judíos pudieron prosperar porque el Estado no obstaculizó su marcha. Ese campo de actividad no abarcó sólo Alemania, sino también otros muchos países. Hace cien años, Heine fue a Francia para movilizar desde allí diversas fuerzas contra los «*donner*» * alemanes. Si alcanzamos el poder, veremos todavía muchos Heine en el extranjero que pretenderán estampillarnos como los jinetes del Apocalipsis. Ese poeta judío sólo ha dicho una cosa cierta: concretamente, que entre nosotros el pensamiento precede a la acción como el rayo al trueno[3]. Hoy debemos estudiar ya cómo conviene proteger de tales maniobras a los pueblos francés e inglés. Nuestro negociado extranjero ha adoptado ya importantes medidas; nosotros no queremos imitar la política colonialista del káiser. La política del señor Dernburg ha muerto hace tiempo. Por el contrario, pensamos proponer a los ingleses que aseguren su *Empire* con nuestros soldados. Ninguna derrota sería comparable a la que nos sobrevendría si los ingleses y holandeses perdiesen sus posiciones clave como hombres blancos en los continentes.

Mi colaborador más íntimo, hoy aquí presente, puede asegurarle que nosotros creemos firmemente en una alianza duradera con Inglaterra. Ello es indispensable para garantizar la paz de Europea y el mundo entero.

Hess (con enérgico acento): Nuestro Führer ha asegurado siempre que el país inglés es nuestro amigo y aliado por ley natural. Observe usted cuál es la situación geográfica de Inglaterra en el mundo y la posición central de Alemania en Europa[4].

* Truenos.

Hitler: Antes de exponer nuestro pensamiento sobre la política exterior, quisiera decir algo más acerca de la Prensa. Nos complacería mucho poder suspender nuestras disputas con todos los periódicos. No obstante, quisiera subrayar una vez más que en el momento actual no queremos todavía subordinar la Prensa a nuestra supervisión. Pues no tenemos aún ni los medios ni el poder para hacerlo. Cuando llegue el momento, nuestra organización se ocupará de las noticias políticas y de la Prensa. Ninguna Havas, Reuter o Associated Press estará en condiciones de desestimar nuestra lucha ideológica. La llamada gran Prensa informativa de Nueva York, Londres, Amsterdam, París, Bruselas, Copenhague o Estocolmo se verá obligada a informar sobre nosotros tal como nos plazca. Ya están bailando al son de nuestra música, pues sus lectores hambrientos de sensaciones, piden noticias espectaculares. Y nosotros les proporcionaremos multitud de noticias. Tantas, que los editores unánimemente opuestos a nosotros perderán la cabeza. Ahora tienen sus directivos anónimos en algún lugar de Nueva York, Londres o París. El contenido de nuestras noticias les cerrará la boca. Usted es periodista y me entiende perfectamente. La propaganda difamatoria logró intimidar al káiser. Yo movilizaré todo el país contra los difamadores. Quienes saldrán perdiendo serán los judíos, no yo.

Breiting: Señor Hitler, ¿acaso quiere decir que hoy día hay en la Prensa internacional una solidaridad destinada a boicotear su organización? ¿Y que los judíos dirigen esa asociación antagónica?

Hitler: Exacto. Y esa solidaridad se extiende también a la Prensa y la radiodifusión alemanas, porque nosotros no somos todavía los dueños del Estado. Nosotros no estamos a la altura de las circunstancias, pues nos gobierna un sistema policíaco y administrativo que se halla bajo el control de los grandes monopolios, la mayor parte de los cuales están emparentados con los judíos. Allí

se elaboran los grandiosos titulares, allí se encuentran los árbitros supremos sobre temas de arte y economía. Allí se imprimen falsedades, y el mundo entero cree esas falsedades. Es muy difícil llegar con la verdad hasta las masas. Nuestro combativo diario, el *Völkische Beobachter*, ha logrado abrirse camino, aunque lentamente. En 1920, teníamos unos seis mil lectores, éstos eran dieciocho mil en 1922 y hoy contamos más o menos con ciento cuarenta mil. No hay duda de que nuestro periódico tendrá una tirada de millones el día que arrebatemos el poder. Entonces no necesitaremos barrer con una escoba de hierro, la política nacional se impondrá por sí misma a la Prensa. La coalición de múltiples partidos encauzada por las cloacas marxista, judaica y jesuítica, forjadora de venenosos ataques contra nosotros en todos los periódicos, reventará como una pompa de jabón. No porque el pueblo piense u obre con oportunismo, sino porque nosotros nos encargaremos de abrirle los ojos. Hace ya diez días, Dietrich Eckart afirmaba que el oportunista no es el pueblo, sino la burguesía y sus políticos [5]. Nada ha cambiado entretanto. Ellos luchan solamente por una cartera ministerial y por los emolumentos ministeriales. Nosotros les daremos ambas cosas aun cuando yo tenga que renunciar a mi sueldo como miembro del Gabinete [6]. Eckart fue un excepcional escritor y pensador. Mis amigos lo tienen por algo único. Sin embargo, yo estoy convencido de que esos Eckart formarán legión en el futuro. La Historia será siempre obra de cerebros geniales y aislados. Pero ningún caudillo, ni el más genial, puede renunciar a la difusión de su obra. Sólo un grupo pequeño y cerrado tiene suficiente capacidad para hacer ver a un pueblo la trascendencia de su misión histórica. Con tal objeto, el caudillaje armónico y unitario es mucho más decisivo que una sucia coalición de partidos diversos que busca constante apoyo en la cloaca informativa. La intelectualidad adversaria no tiene ninguna posibilidad de infiltrarse en nuestras filas. La cuenta corriente de la burguesía oportunista nutre a los parásitos cosmopolitas. El verdadero peligro que nos acecha es el comunismo, porque él es, entre todos nuestros antagonistas, el único que posee una ideología. Y, asimismo, el único que hace frente a nuestra masiva organización combatiente. Definitivamente, es el enemigo N.º 1 de nuestra organización y de la burguesía.

Sólo nosotros estamos preparados para salvar a la agonizante burguesía de tal adversario. Los judíos pueden utilizar esa formación combatiente contra nosotros. Y sin duda lo intentarán. Nuestra burguesía nacionalista es tan oportunista como sus aliados judíos. Proclamémoslo abiertamente: si los judíos se confabulan con los comunistas en esta lucha por la existencia del pueblo alemán, el ataque se dirigirá finalmente contra ellos. Ellos lo barruntan y, por tanto, llenan las arcas de nuestro partido empleando vías indirectas. La democracia social no es una organización en la que impere la conciencia de clases. Si formara coalición con los comunistas para atacarnos, resultaría herida de muerte. Nosotros trabajamos con precisión matemática. Nosotros poseemos un sistema de acción científica. Aunque nosotros denominamos también sistema a su conglomerado, no entendemos por ello más que una anarquía absoluta. Ustedes no están en condiciones de erigir un sistema, su sistema es un incesante desmoronamiento.

Breiting: Señor Hitler, usted no puede hacerme reproche alguno por la política del actual Gobierno. Mi responsabilidad respecto al miembro de nuestro partido, Curtius, y su política exterior es tanta como la que me pueda corresponder por las medidas gubernativas de Joseph Wirth. Yo he promovido siempre el curso derechista en Sajonia. He enviado al señor Hess un recorte del periódico comunista *Volkszeitung*, en el que se me ataca y se me califica como el «verdadero dictador» de Sajonia. Gracias a mí, los marxistas no han podido expandirse en Sajonia, y el curso derechista se mantiene allí sin impedimentos.

Hitler: Lo cual no ha sido obstáculo, sin embargo, para que sus amigos del partido arremetan contra Frick y mis amigos en Turingia. Usted debe

imponerse a su partido y exigirle que no siga prestando apoyo en el futuro a este Gobierno representativo de la debilidad nacional. Los seis millones y medio de nacionalsocialistas son insignificantes para Brüning. Cuando uno desprecia esa gran mayoría de ciudadanos nacionalistas y gobierna mediante decretos ley, lo mejor que puede hacer es disolver el Parlamento y una nueva Constitución. Este Gobierno tiene ya catorce meses de actuación a sus espaldas. Y, ¿cuál es el resultado? Hoy nos vemos ante una situación política, tanto externa como interna, en la que acechan los mayores peligros. Reinan el terrorismo sistemático y la inmoralidad..., sería ocioso mencionar la moral del mando. Brüning se ha propuesto como único objetivo la desintegración de las fuerzas nacionales. Eche una ojeada hacia esas gentes agrupadas alrededor de Schiele que, habiendo sido postergadas por Hindenburg, se hacen llamar ahora conservadores populares[7]. Quieren gobernar con la ayuda marxista. El ministro de Hacienda alude al ahorro. Sea como fuere, este ahorro preludia la catástrofe. Y la política agraria de Schiele acarrea el desmoronamiento de la agricultura. Curtius se hace pasar por europeísta, pero pretende imponer una política continental mediante la Sociedad de Naciones. Mientras no construyamos un Estado nacional ni pongamos orden en la política interna, Alemania no obtendrá ningún éxito aun cuando medie la Sociedad de Naciones. El combate se librará en casa, no en la Sociedad de Naciones. Esos caballeros, sin embargo, se proponen solamente dividir, dividir, y una vez más dividir. Sea con Groener o Wirth, Dietrich o Shiele, jamás lograremos franquear los obstáculos de la política interna. Más bien todo lo contrario. Echemos un vistazo a las estadísticas.

Hitler toma un pliego mecanografiado que se halla ya dispuesto sobre su mesa. Yo lo copiaré más tarde.

Hitler: En enero de 1930 había 3.217.000 trabajadores parados, quienes retiraban 2,5 millones

por subsidios. En febrero de este año había ya 4,9 millones de parados, a los cuáles les correspondían 4,4 millones por subsidios. Mientras sostenemos esta conversación, dicha cifra habrá ascendido tal vez a 5,5 ó 6 millones[8], si incluimos a los 300.000 ó 400.000 temporeros. ¿Cómo solucionar semejante problema? No, ciertamente, fraccionando la gente en grupos de asegurados cuyo derecho a percibir un salario haya prescrito; esos hombres, pues, dependen de la previsión social... o quedan totalmente desamparados. Ahora hay dieciséis millones de trabajadores, y seis millones de ellos están sin trabajo, es decir, más de un tercio. La quinta parte de esos parados no percibe subsidio alguno y 4,5 millones viven de la beneficencia pública. Se requiere un gigantesco aparato burocrático para dar empleo a la gente que desee trabajar. No debemos extrañarnos de que en tales condiciones los marxistas ganen cada vez más terreno. El año pasado en Berlín, al celebrarse las elecciones parlamentarias de setiembre, los comunistas han tenido por primera vez más votos que los socialdemócratas. Comunistas: 739.235; socialdemócratas: 738.094[9]. ¿Qué clase de capital es ésa donde el marxismo detenta la mayoría? Por añadidura, comunistas y socialdemócratas juntos arrebataron en Berlín 1,5 millones de los 2,7 millones de votos electorales. No olvide usted que en Rusia bastaron 50.000 comunistas para asaltar el poder en la coyuntura más oportuna. Ahora el Estado debe implorar al extranjero para que se aplace por un año el pago de las indemnizaciones de guerra. ¿Y qué se logrará con ello? En estos tiempos el Estado puede optar por la vía roja. Los comunistas son apaleados impunemente en las calles y, sin embargo, el Gobierno prohíbe la asamblea regional de las juventudes hitlerianas renanas. Los judíos aplauden esa política, naturalmente. Pero nuestro camarada de partido, doctor Goebbels, fue condenado a un mes de cárcel por supuestas ofensas contra los judíos. Ahora debemos ahorrar para que no se nos tilde de remisos en el pago de reparaciones. Siento gran pesar cuando pienso que nuestro gran mariscal Hindenburg participa en todas esas andanzas. ¿Adónde conduce todo esto? Ya lo estamos viendo en Sajonia, donde el

Landbund * se ha pronunciado contra Schiele. Durante el mes de marzo se nos han unido en todo el Reich 36.000 nuevos afiliados, y este número aumentará cada vez más. En las elecciones de Schaumburg-Lippe [10] hemos conseguido acrecentar nuestro cuerpo electoral en un 35 por ciento. Todos los indicios parecen indicar que ya no se puede poner coto a nuestra carrera ascendente. Los ciudadanos deben darse cuenta de ello de una vez. Se me reprocha mi brutal proceder, pero yo puedo decirle que las decisiones políticas imperialistas tienen sus alternativas, alcanzan alturas históricas, o se quedan a medio camino, aunque únicamente cuando se las materializa con una contundencia alemana y brutal. Sólo entonces será posible aplicar sin limitaciones una política imperialista alemana.

Breiting: ¿Y no podríamos perfeccionar el sistema parlamentario?

Hitler: Deseche usted esa ilusión. Para unas buenas leyes básicas necesitamos un buen Gobierno, no un Parlamento que funcione bien. Aún tenemos tiempo para estudiar la forma de promulgar tales leyes. En 1921, yo escribía ya en el *Völkischen Beobachter* que debíamos predicar la lucha entre las masas con objeto de despabilarlas. Las masas populares en movimiento no necesitan Parlamento alguno, sino más bien caudillaje. Cada vez está más cercano el día en que las masas pedirán a voces un Gobierno estable. Entonces, cuando hagamos reventar las cloacas parlamentarias, el pueblo se regocijará. Nosotros hemos exhortado siempre al combate contra la incubación parlamentaria, contra todo el sistema, y no nos detendremos a medio camino. Debemos crear una situación inédita que nos permita reconstruir la Prensa, las escuelas, la construcción de viviendas, nuestro poder político y militar. Así como el renacimiento requiere una nueva Prensa, nuestra patria necesita una nueva arquitectura [11]. Nosotros también cuidaremos de que las escuelas y las universidades, el mundo artístico y la música se pongan al servicio del pueblo [12]. Las ciudades alemanas deben cobrar nuevo aspecto y entonces la geografía alemana se transformará mediante el aprovechamiento arquitectónico del paisaje. Si sabemos poner nuestras gentes y nuestro potencial industrial al servicio de la reedificación, se operarán milagros. Monumentales edificios se elevarán sobre el inmundo hormiguero. No construiremos colmenas humanas; las necesidades económicas e idealistas de una comarca o ciudad se conformarán con su fisonomía. Legaremos obras grandiosas a nuestros descendientes. No necesitamos academias prusianas de arte ni su experiencia en arquitectura descabellada y pintura decadente [13]. Un crítico de arte tan perspicaz como Stauff pedía ya antes de la guerra mundial que se encerrara a los pintores decadentes en el manicomio y se destruyeran sus obras. Pero esas obras desatinadas han ido a los museos porque unos u otros querían ganar dinero por su conducto. Literatura, teatro y cinematografía serán utilizados como medios educativos para beneficio del pueblo. La Prensa y la radiodifusión nos prestarán su apoyo. Yo recalqué ya en *Mein Kampf* la importancia de la arquitectura y el arte. ¿Qué nos ha dejado la monarquía? Edificios detestables, como el palacio imperial, y multitud de caserones insignificantes. A no ser que le parezca hermoso el palacio de Wallot, ¿eh? [14]

* Unión de agricultores.

Breiting: Francamente, no lo encuentro hermoso, señor Hitler. Sin embargo, es uno de nuestros monumentos más interesantes. Usted mismo dijo que cuando Alemania no necesitara más parlamentarismo se debería transformar el palacio de Wallot en museo.

Hitler: Quiero ser sincero con usted, señor Breiting: los buenos museos requieren edificios nuevos y ciudades nuevas. El palacio Wallot es un símbolo de nuestra decadencia, un conglomerado donde se combinan cuatro grupos de columnas remedadas del Partenón, una basílica romana y una fortaleza morisca... Esa mezcolanza causa la

impresión de una inmensa sinagoga. Créame, el Reichstag es un edificio excepcionalmente aborrecible, un centro de reunión, un casino para los representantes de la putrefacta burguesía y de las cautivadas masas trabajadoras. Tanto el edificio como la institución que alberga son un oprobio para el pueblo alemán. Deberán desaparecer algún día. Yo opino así: cuanto antes se incendie esa peña de charlatanes [15], tanto más pronto se liberará el pueblo alemán de toda influencia extranjera. Y puedo asegurarle una cosa, señor Breiting: Yo jamás pondré el pie en ese nido de traidores [16]. Si no lográramos crear algo nuevo, todo cuanto legaría la actual Alemania a las generaciones venideras sería cinco o seis casonas anodinas y millares de almacenes v hoteles cuyo único objeto es llenar la bolsa judía.

Breiting: Le comprendo muy bien, señor Hitler, pero usted debe admitir que un pueblo ha de mostrarse muy poco propicio cuando se le dice que es preciso destruir todo cuanto construyeron trabajosamente las generaciones anteriores.

Hitler: Eso no puede hacerse de la noche a la mañana, naturalmente. El pueblo necesita primero una educación adecuada. Ahora bien, para crear algo nuevo hay que hacer tabla rasa. Junto a las antiguas ciudades se erigirán otras nuevas, y eso lo harán posible no sólo los recursos públicos a nuestra disposición, sino también el nuevo impulso del comercio. Reconstruiremos totalmente Munich, Nuremberg, Berlín, Hamburgo, Colonia... La ciudad mercantil y centenaria de Leipzig será centro artístico y comercial de todo el continente. Nos proponemos hacer imprimir allí libros para toda Europa. Una formidable y flamante red viaria se extenderá por la geografía europea, produciendo el asombro en el extranjero [17]. Nosotros no necesitamos parados, sino personas que trabajen. Usted será testigo de que emplearemos muy pocos trabajadores para realizar nuestros planes [18]. La ejecución de nuestros formidables proyectos destinados a la eternidad tampoco requiere los partidos ni sus templos. Tenemos confianza en nuestros trabajadores, en nuestra intelectualidad y en nuestros soldados. Digo también soldados porque deberemos salvaguardar nuestro espacio vital. Necesitamos tierra cultivable y mano de obra extranjera. Con las argollas de Versalles eso sería impracticable. No se puede continuar así. Las consignas que hacen circular contra Versalles los partidos burgueses, tienen un solo objetivo: debilitar al movimiento nacionalsocialista y enemistarlo con la intelectualidad nacionalista y la oficialidad. Ya nos ocuparemos de que nuestros catedráticos, profesores, ingenieros, médicos y oficiales encuentren nuevamente su camino hacia el movimiento popular. En la oficialidad tenemos muchos más partidarios de los que se imagina el señor Schleicher. No nos proponemos destruirlo todo; en la Reichswehr queda todavía una buena semilla prusiana. Tal vez crezca un roble de esa semilla.

Tras esas observaciones generales sobre política cultural y del partido, Hitler orienta el diálogo hacia la situación internacional y su programa para el futuro. El doctor Hans Frank se despide.

Hitler: Debemos afrontar los hechos. Algún día, la Unión Soviética será una gigantesca potencia y entonces podría anegar Alemania y Europa. No conviene perder de vista esa posibilidad. Yo no soy un acérrimo campeón del anticomunismo, porque esa idea no ha partido de mí; como trabajador, me han interesado también los escritos socialistas o, si usted lo prefiere, marxistas. Todo suena muy bien, pero cuando se hace realidad no es el proletariado, sino una intelectualidad enigmática la que manipula los resortes por encargo de las altas finanzas. Hoy su Moisés se llama Marx.

Por eso ellos toleran las actividades del partido comunista. Corromper las masas, aferrarse al imperialismo mundial y jugar a los gendarmes colonialistas es un medio muy común en Inglaterra y Francia, Holanda y Bélgica, Alemania y Austria. Los laboristas ingleses representan la oposi-

ción, pero con sus consignas socialistas favorecen a las cien grandes familias facilitándoles el dominio de vastas regiones mundiales. En Inglaterra no hay verdaderos comunistas porque la burguesía y la plutocracia inglesas no los necesitan. Además, se permiten contemporizar con el proletariado arrojándole algunas migajas de su cuantioso festín, es decir, la explotación de la fuerza laboral y las colonias.

Nosotros debemos ultimar nuestra reconstrucción antes de que la Unión Soviética se constituya en potencia mundial, antes de que los EE.UU. transformen su territorio de 7.000.000 km.^{2} en arsenal del judaísmo universal. Esos colosos están todavía adormecidos. Cuando despierten, será el mutis para Alemania. Ciertamente, las cosas no marchan en la Unión Soviética tal como previera Marx. La estructuración del comunismo ha escapado a la hegemonía judía. Así lo demuestra la lucha entablada allí entre Stalin y Trotski. Esa lucha no es un choque ideológico, sino un combate entre la intelectualidad judía —que ha desempeñado un importante papel en los tiempos de la revolución— y otros grupos étnicos de la Unión Soviética. Todavía se requerirá mucho tiempo para dirimir tal litigio. Stalin no triunfará con los medios que ha empleado hasta ahora contra sus adversarios. Por otra parte, el Occidente antigermano necesita también de la Unión Soviética stalinista y, precisamente, para ejercer presión sobre una Alemania renaciente. Cuando nosotros identificamos en nuestra propaganda a los comunistas de nuestro país con la Unión Soviética, surgen dos mundos bien diferenciados. En el partido comunista alemán existen tendencias y fuerzas que representan sus propios intereses y libran su propia lucha por la existencia. Por ahora no es de temer una intervención rusa, y así será durante largo tiempo. Todavía se interpone entre Alemania y Rusia una Polonia patriotera. Tampoco nos debe atemorizar América. Las fuerzas aislacionistas son poderosas y no tienen la menor intención de inmiscuirse prematuramente en los asuntos europeos. Al fin y al cabo, el Pacto Briand-Kellogg concertado hace tres años debe tener algún significado[19]. Según ese pacto, los franceses no pueden entremeterse por la fuerza en los asuntos internos de otros Estados.

Los principios fundamentales de nuestra política exterior son bien claros y nadie tiene por qué temerlos. Primero, queremos bloquear el camino a los comunistas para que no se repitan los lamentables acontecimientos de 1918. Segundo, queremos ejercer una política gubernativa estable, y eso en todos los terrenos del Estado. Tercero, queremos eludir todo compromiso cuando no veamos la posibilidad de cumplirlo. Cuarto, queremos mantener y regularizar unas relaciones normales con Francia. Creo que debo decirle algo más acerca de este último punto. Los franceses deberían amortiguar un poco su orgullo de triunfadores. Francia no debería conceptuar al Gobierno de Berlín como un instrumento para su uso particular, sino como un socio con idénticos derechos en un Estado vecino. París moviliza demasiadas fuerzas que piensan exclusivamente en las reparaciones, ya se llamen Briand, Herriot o Laval. A esos caballeros les convendría comprender que no conseguirán nada con su política de ocupación. Saben que se ha derrocado a la monarquía en España..., y los judíos toman ya decisiones gubernamentales. No podemos esperar absolutamente nada de esos políticos franceses. Se precisará la aparición de fuerzas nuevas. La «Action Française»[20] y los ex combatientes entienden mejor nuestra situación. Desgraciadamente, París es también centro de las finanzas judías universales. En el partido socialista se hace también trabajo de zapa contra nuestro movimiento, pues sus jefes son, claro está, Salomon Grumbach y Léon Blum.

Breiting: Pero, señor Hitler, no es razonable ver maquinaciones judías por todas partes. La lucha ideológica se generaliza y, no obstante, las gentes deben terminar entendiéndose. Quiero significar que no se logrará nada atizando el antisemitismo en Alemania.

Hitler (irritado): ¿Cómo enfrentarnos entonces con el judaísmo internacional? ¡Dígamelo usted!

¡Con esa canalla, esa jauría procedente del Este y capaz de cualquier delito! Yo estoy muy bien informado sobre los manejos urdidos contra nuestro Movimiento en París, Londres y Nueva York. Repito: ésos sólo se proponen dividir, comprar y sobornar. Para hacernos matar finalmente por los comunistas. Necesito expresar claramente lo que pienso de ellos. ¿Por qué no lucha Rosenberg contra los masones? Los logias se han convertido en instrumento de los judíos. Sé lo que Grumbach dice y escribe en París sobre mí y mi Movimiento. El diario *Vorwärts* es un libelo judío. Los judíos franceses quisieran retener como vasallos a los partidos Centro y SPD de Alemania. Desde luego, el SPD espiaba ya para los franceses mientras nosotros combatíamos en el frente. ¿Ha leído usted las revelaciones del primer ministro canadiense Sir Borden? Todo cuanto acontece en Alemania se transmite a Londres, París y Nueva York. Lo sé a ciencia cierta [21]. Con la interdicción del NSDAP se pretende dar paso libre al marxismo. Hoy conquistan Turingia, mañana toda Alemania. A Dios gracias, en Nueva York y Londres hay todavía gentes que piensan de otra forma. Grumbach aboga por la superioridad militar francesa y el tributo de guerra. Fothermere, sin embargo, quiere cancelar las deudas de guerra. En América hay también personas decentes. Entre ellas ocupa un lugar preferente Hoover, naturalmente [22]. Pero, ¡ay de nosotros si los instigadores judíos hacen danzar a sus marionetas algún día! América no ha firmado todavía el tratado de paz, cierto, pero ha invertido tres o cuatro mil millones en Alemania. Las gentes de la City se interesan mucho por los objetivos de mi Movimiento. Hacia principios de este año Mussolini ha apelado a los americanos. América puede imponer su criterio a las potencias europeas y hacerles modificar el tratado de paz. Wilson asumió una grave responsabilidad. América entró en la guerra y ahora es responsable de la actual situación. Inglaterra e Italia se mostrarán favorables a la nueva Alemania por razones puramente políticas. El destino de la Commonwealth se decidirá también con Alemania. América desea que Alemania recobre su honor y dignidad, que no se asfixie bajo

las cargas y deudas de guerra. Sin embargo, el ochenta por ciento de todas nuestras obligaciones corresponde a las reparaciones. Por otra parte, se abruma a Alemania con nuevas cargas. Se nos sanciona con elevados aranceles. Ello comporta el desmoronamiento de la economía. Pero en lugar de escuchar la voz de la razón, los americanos proclaman ahora nuevamente que nuestro Movimiento podría implicar un peligro mundial. Y así medran los nuevos estadistas. Yo puedo decirle hoy mismo quién será el próximo candidato a la Presidencia; tampoco es difícil adivinar cuál será su pensamiento sobre Alemania. No tenemos otra alternativa. Debemos combatir en campo abierto..., tal como ellos hacen con nosotros. Si se quiere llegar a una tregua política, es preciso, en primer lugar, que ellos den muestras de su buena voluntad. Mientras intenten sostener en el poder al Gobierno alemán por todos los medios aun cuando los comunistas devoren el país, sólo pondrán de manifiesto sus aviesos designios. Los judíos deben temblar ante nosotros, pero no nosotros ante ellos. ¿Cuántos judíos hay realmente aquí, en Alemania? ¿Y cuál es su influencia sobre nosotros? En Nueva York hay fuerzas que apoyan a Roosevelt y que muestran constantemente gran preocupación por el destino del continente europeo. Ni Roosevelt ni sus intrigantes políticos celebrarán en modo alguno el despertar de Alemania [23]. Si algún día sobreviniera el enfrentamiento, ellos contarían con una lucha entre la sangre germánica y la eslava. Pero nosotros aseguraremos nuestro espacio vital sin guerra alguna. Roosevelt y compañía no tendrán oportunidades de resucitar la política de Wilson. Nos proponemos aislar a Rusia antes de que represente un peligro para nuestra seguridad. Levantaremos a las fuerzas anticomunistas en todos los países. Si no lo hiciéramos así, nos veríamos amenazados política y militarmente por esa Rusia bolchevique. La amenaza política se cernerá sobre nosotros tan pronto como asumamos el poder. Por ello estamos proyectando ya una política anti-Komintern en todos los países. Militarmente, la Unión Soviética no constituirá jamás un peligro para una Alemania con ejércitos modernos y bien pertrechados.

Pero esta Alemania de Weimar sería un botín fácil para los bolcheviques.

El peligro amenazará a Moscú cuando nosotros seamos una potencia política en Europa. Por tal razón, ellos están dispuestos, por razones tácticas, a distanciarse de su revolución para concertar una alianza con los judíos y la burguesía. Nuestros enemigos de la guerra mundial, Inglaterra, Polonia, la Pequeña Entente..., intentarán llegar a un entendimiento con Rusia para obstaculizar nuestro resurgimiento. Nosotros estamos pensando ya en todas esas complicaciones que pudieran presentarse.

Breiting: ¿De qué forma soslayará usted tales complicaciones?

Hitler: Cuando seamos una potencia política podremos contraer obligaciones. Inglaterra y Francia deben afrontar los hechos. Pues el día en que Rusia sea un gran país industrial, con sus reservas humanas y su situación geográfica, representará un peligro inminente no sólo para el Reich, sino también para Inglaterra y Francia. Si queremos garantizar la seguridad de nuestro pueblo y su histórica influencia sobre el Este, debemos adoptar ahora las medidas necesarias para que los Estados orientales interpuestos sobre Alemania y Rusia caigan en nuestra órbita y no bajo influencia soviética. Italia, Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y los países escandinavos tienen interés en mantener al bolchevismo lo más lejos posible de sus fronteras. Si el espacio europeo oriental al que algunos periodistas denominan la «Europa intermedia», se encontrara bajo el techo militar alemán, nada sería tan sencillo como derribar a ese coloso con pies de barro... siempre y cuando se opusiera a los intereses alemanes [24].

Breiting: ¿No cree usted que el Occidente se opondrá a semejante política de expansión?

Hitler: Nosotros no dominaremos con una guerra a esos países. Las condiciones económicas, sociales, étnicas y políticas de Europa requerirán que se resuelvan lo antes posible cuestiones tan apremiantes como las relaciones Austria-Alemania, Alemania-Checoslovaquia y el Corredor. Si recuperamos nuestra fuerza y podemos defendernos, Inglaterra y Francia se darán por satisfechas con hallar un *modus vivendi*. Ya no vivimos en el año 1923, cuando franceses y belgas invadieron la región del Ruhr. Nosotros dialogaremos con ellos sobre ese asunto en la Sociedad de Naciones. Las personas razonables comprenden que es imposible garantizar la seguridad mediante un Reichswehr de cien mil hombres. Nosotros les plantearemos esta alternativa: o crear con nosotros un nuevo orden, o pactar con el bolchevismo para terminar en la anarquía y el aniquilamiento. No pretendemos inquietar bajo ningún concepto a la supremacía marítima inglesa ni al imperialismo colonial francés. En esos países sobrevendrán espontáneamente algunos cambios, porque sus pueblos seguirán nuestro ejemplo. También ellos deberán precaverse contra las asechanzas judaicas y marxistas [25].

Breiting: No quisiera interrumpirle, sino sólo hacer constar que su lucha dura ya doce años y, no obstante, vemos todavía a gran distancia la realización de sus objetivos. Según creo, es precisamente la estrategia expuesta por usted en *Mein Kampf* lo que obstaculiza su encumbramiento. La burguesía tiende al escepticismo y teme las complicaciones.

Hitler: Hace unas semanas, cuando celebraba mi cuadragésimo segundo aniversario, aseguré a mis amigos que los problemas políticos de Alemania, tanto internos como externos, quedarían resueltos dentro de diez años. Y ahora puedo repetírselo a usted. Con veinte millones de trabajadores y los adelantos técnicos disponibles, nos bastará un esfuerzo financiero de cuatro o cinco años como máximo para levantar un formidable

poder militar, un poder que derogue el Tratado de Versalles y asegure al pueblo alemán durante ese período el espacio vital que le corresponde en el continente según sus peculiaridades raciales e históricas. Todavía pervive el elemento germánico nórdico, aún no se ha perdido nada de su esencia; el despertar de países como Holanda, Flandes, Luxemburgo, Suiza, Noruega, Suecia, Dinamarca, la Alemania báltica y la danubiena hasta el Volga, vendrá por sí solo[26]. No queremos suscitar ahora con Italia o con la actual Francia una pendencia sobre el Tirol, la Alsacia o la Lorena. Todo eso se resolverá por sí mismo. No queremos disputar con otros países por unos miles de kilómetros cuadrados, como hacen Austria e Italia. La cuestión tirolesa quedará resuelta cuando Italia nos proteja el flanco meridional ante Inglaterra. Si alguien ha de estar en África del Norte, preferimos que sea Italia y no Francia. Sin embargo, debemos practicar una política realista. Mussolini se sentirá inspirado por nuestros propios ideales. En definitiva, la Europa anacrónica debe desaparecer[27]. Nosotros jamás aprobamos la traición de 1918. Y nunca lo haremos.

Breiting: Con semejante política, ¿no se le podría calificar de político revanchista? ¿Y no sería posible que otros pueblos aunaran sus fuerzas para formar una coalición antigermana?

Hitler: Llámelo usted, si gusta, política revanchista. De cualquier forma, nosotros no nos comportaremos como un elefante en una tienda de porcelanas. Nosotros actuaremos legalmente y por etapas. Muchos círculos burgueses temen que yo provoque una guerra, lo sé bien. Tranquilice a sus amigos: terminaremos por entendernos con las cien familias inglesas. También cabe dialogar con el Vaticano, con Roosevelt y compañía..., y si fuera necesario se concertaría la paz con Stalin durante cierto tiempo[28]

Breiting: ¿No verá la gente una contradicción entre sus afirmaciones y sus actos?

Hitler: Me gusta oírle exteriorizar abiertamente su opinión. Al comienzo de nuestro diálogo hice constar que deseo franqueza ante todo. Usted es un amigo excepcional; nos lo ha demostrado sobradamente al abogar por mi ciudadanía. Los hombres que recibo aquí están sujetos en su mayor parte a la disciplina del partido y trabajan de acuerdo con unas directrices. Muchos de mis visitantes no afiliados al partido son aduladores y, por tanto, necesito expresarme sin rodeos. Las críticas fundamentadas y el intercambio de ideas son muy provechosos. Si usted me dice que mi política está sembrada de contradicciones, debo replicarle que éstas abundarán más todavía en mi trabajo futuro. Para nosotros, los soldados veteranos, un repliegue hacia posiciones más favorables no es una batalla perdida. La reconciliación, sea política o diplomática, nos proporciona mejores bases de partida desde las cuales se puede alcanzar el éxito. Para triunfar, tanto en política como en guerra, un caudillo debe confrontar a sus adversarios con situaciones imprevistas. Una retirada o una contradicción puede formar parte de un plan. Nuestra política lo planifica todo, sea sobre el terreno interno o externo. Se lleva a cabo cada operación en el momento preciso. La estructuración de nuestra política nos permite emplearla cuando se presente la coyuntura oportuna. Enfocándolo desde el ángulo estratégico, aquí no hay improvisaciones; nada puede sorprendernos porque se calcula todo de antemano. Nos adueñaremos de los demás, les obligaremos a enfrentarse con situaciones inesperadas. En verdad, hemos aprendido mucho de los tiempos pretéritos. Ahora nos importa esencialmente que el pueblo tenga confianza en nuestra clarividencia y nuestra marcha triunfal. No tenemos la intención de filosofar ante el primer venido sobre lo que estamos haciendo y haremos. Si hablo con usted es porque me gustaría hacerle ver para siempre que realmente lo estudiamos todo y no olvidamos nada. Nuestro Movimiento ha ganado ya muchos

amigos en Rumania, Bulgaria, Suecia, Noruega, Holanda e incluso en Inglaterra y Francia. Estamos presenciando el despertar de la clase media, aunque también del proletariado. Aquí recibo a gentes de Dinamarca y Holanda; son personas decentes que me exponen sin ambages sus agravios. Considere usted las condiciones existentes en Amsterdam y Copenhague. Esas inmensas cabezas urbanísticas asentadas sobre pequeños cuerpos agrícolas, sucumben bajo la carga de su clase burguesa. ¡Qué tremendos parásitos son esas burguesías holandesa y danesa para los obreros y campesinos! Mientras tanto, los infinitos espacios orientales no producen tanto como sería de esperar, según he observado en un informe de economía. Los jóvenes holandeses y daneses se darían por satisfechos si pudieran ir con los alemanes como colonizadores al Este. Los franceses e ingleses deberían ver la realidad: Checoslovaquia es una manzana podrida, y los eslovacos están sojuzgados. El rey Alejandro ha implantado la dictadura militar en 1929. Usted sabe muy bien cómo han reaccionado los pueblos subyugados en Yugoslavia. La cosa no marcha mejor en Rumania. Y no digamos nada del descontento reinante entre nuestros hermanos austríacos. Un año después de la subida al poder, Austria se nos anexionará voluntariamente[29].

Hitler calla y parece meditar. Luego, prosigue con tono mesurado. Su voz se transforma y se debilita. Me admira su capacidad para adaptar la expresión al contenido de las palabras.

Hitler: Yo tengo mucho que agradecer a mi padre. Él era oficial de Aduanas. Conocía bien a los austríacos, a los bávaros, a los alemanes, a los italianos y a los franceses. Para él, Austria fue siempre una parte de la gran patria alemana. Siendo niño, oí ya decir a mi padre que en Viena reinaba una camarilla, una abigarrada chusma que había sentado sus reales en la capital. Más tarde tuve ocasión de comprobarlo. Esos llamados liberales, gentes de mil procedencias, no supieron

comprender la gran política alemana. Su política cultural sólo tuvo de austríaca el nombre. Todo cuanto sea válido para Prusia tiene también su valor en Austria. No es posible practicar una política nacional sin asegurar primero nuestros fundamentos biológicos arios. Nos proponemos implantar algún día legalmente ese principio ideológico. Nuestra juventud grita hoy día «¡despierta, Alemania! ¡revienta judío!», y no lo hace en vano. Los judíos me inspiran aborrecimiento. Aprendí a odiarlos en Viena. Dar libertad al judío vienés es como incubar el gusano de la destrucción. En Munich o Berlín, en Hamburgo o Viena evaluaré el amor a la estirpe alemana tomando como módulo el grado de aversión hacia esa gentuza. Así como nos hemos impuesto la obligación de destruir y arrinconar en el estercolero todos los diarios sensacionalistas que predicen nuestro ocaso, será también nuestro deber clausurar cines y teatros que fomentan el hundimiento de nuestra juventud. Viena se ha convertido en un centro de decadencia e inmundicia. Allí se promueve la impresión de libros contra el despertar alemán. Evidentemente, nosotros quemaremos esas chapucerías, depuraremos el ambiente, tanto en Viena como en Berlín. Sólo quisiera decirle una cosa, señor Breiting: el dominio general de palabras, tonos, colores y formas arquitectónicas ha hecho prosperar a nuestro pueblo. La grandeza de una nación no es mensurable con la cultura sucedánea de esta civilización, sino con el total de esfuerzos, valores eternos y energías impecerederas que han aportado los grandes hombres[30]. Quiero hacer valer nuestra capacidad innata en la balanza universal. Me considero ejecutor de tal misión y procuraré, en nombre de esos valores perdurables, que Austria se reintegre a nuestra nación y sea nuevamente un país alemán feliz. En realidad, yo quise ser arquitecto. Los judíos vieneses se las arreglaron para impedirlo. Y tuvieron mala suerte, porque ahora se encuentran ante un político de cuerpo entero. Luego, soñé durante largo tiempo con la posibilidad de escribir obras políticas. Pero me faltó el tiempo necesario. También quise escribir libros para explicar al pueblo cómo podría robustecer su prestigio mediante las

fuerzas propias de tal forma que no le amedrentara nunca más una guerra. Pero entonces me encerraron en Landsberg. Ahora tienen un libro, *Mein Kampf*, que desbarata todos los edictos, interdiciones y encarcelamientos. Si ellos pretenden aplastar mi Movimiento, desencadenarán una guerra civil a la cual sobreviviremos nosotros, bajo la cruz gamada, y no esos caballeros de Grunewald y Wannsee. ¿Qué le parece mi libro, señor Breiting?

Breiting: Es, sin duda, una obra simbólica. Una guía para su Movimiento, y por desgracia, sus enemigos no lo toman con la seriedad necesaria. Yo he aprendido mucho de su libro, y ésa es la razón de que le haya hecho una segunda visita.

Hitler: Señor Breiting, usted ha acentuado lo de mi Movimiento. Yo diría que tiene trascendencia histórica para Alemania y para toda la raza aria. Antaño hubo un Beethoven, un Schiller, un Goethe, un Treitschke, un Nietzsche..., pero nada ha cambiado. Tanto el francés Gobineau como el inglés Chamberlain se han interesado vivamente por nuestras ideas ordenadoras. Se lo repito: ideas ordenadoras. O si lo prefiere: visión ideológica en la Historia según el principio fundamental de la sangre. En este sentido, no se valoran las cosas solamente con arreglo a cánones artísticos o militares, ni tampoco con módulos puramente científicos. Se dictamina con arreglo a la fuerza ideológica que acumula un pueblo capaz de recuperar en una década lo que ha perdido en guerras de mil años. Quiero erigir un Reich milenario, y el que me ayude en esta lucha es copartícipe militante de una singular creación ideológica..., yo casi diría divina. Hay momentos en que no sólo es resolutoria la relación entre las fuerzas, sino también el ímpetu de una mente empeñada en acción. También se puede traicionar a la nación sin cometer un delito, es decir, cuando se elude el cumplimiento de una misión histórica. No todo hombre honorable está llamado a acaudillar un Imperio. Nosotros no necesitamos

las ocurrencias ocasionales de un hombre sagaz, ni la administración de un jurista recto, sino el valor cívico y político de toda una generación. El Derecho debe acomodarse a ese dictado. Un pueblo previsor es la única palanca de la Historia. Para capitanear un pueblo y encaminarlo hacia acontecimientos grandiosos e imponentes se requieren artistas y estrategas, filósofos y políticos, hombres inspirados por el destino y la Providencia. Mi colaborador de muchos años, Rudolf Hess, diría: ¡Cuando tengamos un caudillo semejante, Dios estará con nosotros! [31]

Queremos ahorrar a nuestro pueblo guerras cruentas y desastres aniquiladores. Por ello conceptúo el altruismo, no sólo en la guerra, sino también en la lucha política, como la suprema virtud de nuestras existencias. Naturalmente, no se trata de escenificar batallas o escaramuzas parlamentarias. La guerra se ganará estudiando a Clausewitz y Schlieffen, en las factorías de Krupp, en las minas renanas, en la Wilhelmstrasse ante las mesas verdes de la cancillería del Reich. ¿Qué significa hoy la frase «día de luto nacional»? Derramar lágrimas por los caídos. ¿Debemos ser pacifistas eternamente, vivir perpetuamente bajo el *diktat* de Versalles? Los ingleses glorifican a su Shakespeare y juran por la Biblia, pero dominan los océanos con buques de guerra. Nuestro pueblo se encargará de descubrir su hipocresía. También será preciso desenmascarar esos ilusorios derechos del hombre que nos legó la Revolución Francesa. No queremos ser siervos de la clerical Cáritas. Nosotros mismos deberemos decidir, como dijo Chamberlain después de 1918, si queremos ser martillo o yunque, si queremos golpear o recibir los golpes. Quienes se inclinen por el partido del martillo, los machacadores, serán héroes. Quienes se echen hoy a la calle y movilicen al pueblo alemán serán tan heroicos como los caídos en el Somme o en los Lagos Masurianos. Nosotros celebraremos un día de luto nacional no sólo por los caídos de guerra, sino también por quienes se sacrificaron en aras del Movimiento [32]. Sin nuestro Movimiento, sin el despertar de Alemania, no podremos alcanzar el poder político; no podremos coligar los pueblos germánicos ni asegurar espa-

cio vital para nuestras gentes. En esa lucha política no interviene solamente la usual agitación de los partidos, sino también el altruismo genial de nuestra raza. Una de dos: o lo consigo dentro de diez años, y entonces nos veremos libres para siempre de todas las guerras y yo me dedicaré a trabajos arquitectónicos, o proseguimos sudando durante mil años más con la forja de cañones[33]. Naturalmente, yo quisiera dedicarme a la arquitectura en mi madurez, es decir, entre los sesenta y setenta años. En ese terreno, nosotros, los alemanes, podemos legar cosas importantes de acuerdo con nuestro espíritu y los medios técnicos disponibles. Pues, como ya le he explicado, no nos interesa desencadenar una guerra civil ni provocar conflictos militares con nuestros vecinos.

Súbitamente, Hitler vocifera iracundo:

—¡Pero el gendarme interno o conservador alemán, y los gendarmes internacionales o plutócratas francés e inglés, deben desembarazarse definitivamente de sus instigadores! Pues usted sabe tan bien como yo que si nos hostigan es porque tras ellos se esconden los judíos. Y éstos quieren pescar en aguas turbias. Es preciso resolver ese problema de una vez. Cuando lo hagamos, seremos tan fuertes que nadie osará desatar una revolución ni oponerse a un pueblo ansioso de espacio vital. Según todas las leyes geográficas y biológicas, nosotros tenemos derecho a asegurar nuestro espacio vital[34]. Para lograr tal cosa, se requiere que la plutocracia mundial sepa diferenciar entre las palabras hueras de nuestros actuales políticos y la acción positiva de un Gobierno dispuesto a los mayores sacrificios. Pero tras ese Gobierno debe haber un pueblo bien despierto. Tras nuestra solicitud debe haber fuerza y valerosa resolución. Ahora bien, si las fuerzas antigermanas provocaran disturbios contra nosotros y promovieran una política envolvente para mantener en la indigencia a las criaturas de Versalles y Locarno..., entonces podrían hablar los caño-

nes. En tal caso, su marcha hacia Canossa sería todavía más humillante. No hay en el mundo entero mejores soldados que los alemanes, eso lo saben sobradamente los caballeros de París y Londres. ¿Acaso opina lo contrario, señor Breiting?

Hitler habla con gran aplomo, como si poseyera el mayor ejército del mundo. Una observación irreflexible por mi parte podría significar el final abrupto del coloquio.

Breiting: Nuestro mayor deseo es el de evitar guerras civiles y conflictos armados con nuestros adversarios extranjeros.

Hitler: No le ocultaré nada. Usted debe saber que tenemos una visión histórica de los acontecimientos. Si le hablo con tanta franqueza es porque estoy seguro de hallar un eco en su corazón. ¿Quién puede tener más derecho que usted a conocer nuestro plan regenerador para Europa?

Sí, señor, yo exijo el retorno de Austria al Reich y asimismo la reincorporación del país sudete, el territorio bohemio de habla germana. La anexión de Austria no presenta dificultades. Sin embargo, me pregunto cómo reaccionará ante ese problema la Suiza germánica. Usted sabe tan bien como yo que Zurich, Basilea y Berna son ciudades alemanas. Lo que escriben el diario *Neue Zürcher* y los periódicos basilienses representa solamente una fase transitoria del separatismo. El Tesino habla italiano, como es sabido, y el origen de Lugano nos lo dice su propio nombre. Los franceses reciben Ginebra y Lausana como compensación de otras pérdidas. Bélgica es sólo un Estado monstruoso, mantenido artificialmente, donde la monarquía y la religión intentan establecer el equilibrio entre flamencos y valones. Pero los flamencos hablan la misma lengua que los holandeses, y la división entre ambos países germánicos se perpetúa por obra de la monarquía y la religión. Nosotros jamás renunciamos a la Alsacia y la Lorena, Dijon fue una ciudad burgundia, y Lyon

figuró como base de partida para la marcha goda hacia el Sur. Nosotros no podremos evitar que Niza, Córcega y las regiones alpinas italianas se incorporen a nuestros aliados. Si los franceses nos desafiaran[35], se debería constituir en Francia un Estado vasco, otro bretón y un tercero burgundio. Eso por cuanto se refiere al Occidente; pero el Este y el Sudeste tienen también su valor. Durante un milenio, Austria ha difundido su cultura por la región danubiana y el Sudeste. Lo que hubo de soportar Viena en el año 1918 es imputable únicamente a la desidia de los Habsburgo. Tan sólo un monarca, José II, un canciller, Bach (1852-1859), y algunos grandes pensadores nacionalistas como Schönerer, intentaron allanar el camino del germanismo[36]. Nosotros seguiremos por esa ruta a nuestros esforzados paladines[37]. Sin embargo, la religión católica podría echarnos el cerrojo. Hungría será nuestro aliado natural, pues el Tratado de Versalles la desmembró tanto como a Alemania. Un millón y medio de húngaros viven fuera de las fronteras nacionales. Siebenbürgen y la mayor parte de Voivodina son comarcas húngaras. En Siebenbürgen viven doscientos cincuenta mil alemanes. Sin embargo, tampoco nos olvidaremos de los grandes núcleos germánicos en las desembocaduras de los ríos Danubio y Sava, exigiremos su agrupación y traslado. Belgrado fue y sigue siendo baluarte del príncipe Eugenio. Tanto Croacia como Eslovaquia serán Estados independientes si los bohemios y servios no se avienen a razones. Presburgo y Agram son tan sólo suburbios de Viena[38]. Las gentes deben aprender nuevamente el alemán y también a comportarse con honorabilidad alemana. Nos proponemos renunciar a los antiguos territorios austríacos de Trieste e Istria. Dalmacia y otras regiones balcánicas deben quedar bajo la influencia de Italia. Sin duda alguna nuestros futuros aliados permitirán que entren nuestros barcos en los puertos de Trieste y Fiume. El siguiente aliado del Sudeste será Bulgaria. Macedonia es tierra búlgara. Bulgaria necesita una vía de acceso al mar Egeo. Resumiendo: Austria, Suiza, Bélgica, Yugoslavia y Crecoslovaquia deben desaparecer como entidades estatales; Polonia y Rumania, modificar sus estructuras. Estos dos últimos países son una reserva biológica del judaísmo. La mitad de los diez millones de judíos existentes en Europa pertenecen a esas naciones. Mannerheim y Finlandia saben lo que, tarde o temprano, les espera de los bolcheviques. El rey Boris fue siempre un amigo de Alemania y lo seguirá siendo en el futuro. Yo quiero asignar una misión especial a Finlandia y Bulgaria. Pues nos proponemos erigir una muralla protectora contra la «rusificación» o el eslavismo, desde la Noruega septentrional hasta el mar Negro; no se puede olvidar que el comunismo staliniano representa una nueva forma de «rusificación». Durante la guerra mundial Hindenburg habló ya del «peligro ruso» con Sven Hedin, cuando éste le visitó en su cuartel general. Stalin no es más que un gran ruso, un sucesor de Iván *el Terrible*, según me manifestó recientemente un profesor vienés. Ningún alemán, pertenezca o no a mi partido, puede sustraerse a esa voluntad de reestructuración. No se trata de Adolf Hitler, sino de derogar el *diktat* de Versalles y reestructurar Europa. ¿Qué opina usted sobre esto?

Breiting: Señor Hitler, hablando francamente, temo que Inglaterra y Francia no aprueben jamás la ruptura del equilibrio europeo. Asimismo, la Iglesia católica, que ejerce gran influencia en diversos países de la región danubiana y Occidente, se opondrá a semejante política. Nuestros corresponsales informan desde Bruselas, Viena, Roma e incluso Budapest que el libro de Rosenberg *Der Mythos des 20. Jahrhunderts* * ha causado gran inquietud en el Vaticano y los círculos católicos de diversos países. Además, las esferas no católicas del Sudeste mantienen también lazos muy estrechos con Inglaterra y Francia. Igualmente Italia muestra gran interés por la suerte de Austria.

Hitler: Sé que sus corresponsales le informan, tal como ha dicho usted. Esos caballeros tienen sus razones para informar así. Saben que si triunfamos no los necesitaremos más en nuestra red

* "El mito del siglo xx."

periodística sobre el continente. Ahora tienen todavía oportunidad de embrutecer con su pesimismo a nuestras gentes. ¿Qué significa hablar de equilibrio europeo en 1931? Lloyd George, Baldwin y Mcdonald podían hablar todavía de tal suerte en 1918, pero han pasado trece años entretanto, e Inglaterra necesita resolver problemas acuciantes en la India y en Africa, en el Próximo Oriente y en el Lejano. Realmente, nosotros no queremos desalojar a Inglaterra de sus posiciones dominantes. En la era del nacionalismo y el anticolonialismo, cuando la crisis económica se acrecienta sin cesar, el Imperio inglés no puede sostenerse sin nuestro apoyo. Todo cuanto anuncian sus corresponsales es una cosa, y otra muy distinta lo que prevén mis expertos, por ejemplo el profesor Haushofer. Un gran número de ingleses reflexivos e influyentes celebran la reestructuración de Europa y Alemania [39].

Hess, que ha escuchado en silencio, asiente aprobador.

—Mis técnicos estudian esos problemas de forma rigurosamente científica y, claro está, teniendo siempre presentes los aspectos geopolítico, económico y estratégico. Por otra parte, sus corresponsales informan tal como les sugieren ciertos círculos de París, Zurich, Viena o Nueva York. Ellos juegan a dos paños. No es nuestro propósito destruir el Imperio británico. No nos molesta que la bandera de Su Majestad ondee en Suez, Singapur y Hong Kong. Sería erróneo suponer que el dominio de Inglaterra sobre los continentes nos causa envidia. Por el contrario, yo he afirmado siempre que tenemos un aliado natural, y éste es Inglaterra. Pero ello no quiere decir que pensemos apoyar a Inglaterra mientras ésta se oponga a nuestra reconstrucción y obstaculice el ejercicio de nuestros derechos en el continente. El City Bank y sus consortes de América deberían saber que con el despertar japonés estamos sentados sobre un barril de pólvora en el Lejano Oriente. ¿Y China? Prefiero no tocar ese asunto.

Sólo diré que la situación mundial nos es favorable. Por ello no queremos asumir el poder para gobernar, sino para llevar a cabo una política internacional. No nos guía el propósito de izar la cruz gamada en el palacio de Buckingham o el de Windsor; sólo queremos consolidar el mundo colonial. Así, pues, en nuestra opinión, los franceses deben conservar el Camerún, Siria y Africa del Norte. Pero los señores Herriot, Blum y Mandel se guardarán mucho de intrigar contra nuestro incipiente Imperio, porque, si lo hacen, nosotros no tendremos ninguna consideración con su mundo colonial. Los árabes están al acecho de cualquier perturbación. La burguesía y los militares franceses se verán confrontados en último término con esta alternativa: Herriot-Blum y prosecución de la política de cerco realizada contra Alemania, o renuncia a todo esto, más la adquisición de un papel honorable en Europa occidental [40]. Inglaterra y Francia deben ponerse de acuerdo con Italia sobre las posiciones en el Mediterráneo y esclarecer con nosotros la situación en el continente. La idea de un pacto cuatripartito sobre la reestructuración europea, que lanzaremos inmediatamente después de la subida al poder, debe encontrar la aceptación en París y Londres [41]. Los ingleses no se sacrificarán por la Unión Soviética ni renunciarán a sus *bungalows* y sus regatas de veleros o remeras. Necesitamos materias primas, y ahora podremos obtenerlas de Francia e Inglaterra. Se desarrollará el comercio y nosotros elegiremos las empresas y los Bancos con quienes queramos colaborar. Así brindaremos oportunidades a la exportación. De momento, no necesitamos construir una flota ultramarina. En este terreno ofreceremos toda clase de garantías a Inglaterra y Francia. Una vez consolidemos nuestro espacio vital en Europa, podremos exigir la equiparación en los océanos. Los almirantes Lützow y Trotha tienen razón al afirmar que el dominio de los mares depende del progreso industrial. Por el momento, no necesitamos construir una gran flota, pero sí una aviación moderna. Goering y sus amigos tienen conceptos muy originales sobre el tránsito aéreo y la defensa aérea del Reich. Por lo demás, la juventud inglesa encontrará un ejem-

plo aleccionador en la nueva Alemania. Dentro de pocos años tendremos unas fuerzas armadas muy modernas. Si hoy día ni el Canal siquiera es una verdadera línea defensiva, ¿cómo será mañana la línea defensiva de los generales ingleses? Sus corresponsales pueden hablar cuanto quieran de equilibrio, pero tal equilibrio depende de la fuerza militar que posean ciertas potencias en el continente europeo. Sin embargo, nosotros tendremos nuevas armas y los mejores soldados. No fueron Joffre y Foch quienes triunfaron en el Marne y Verdún, sino que su victoria se debió a la incompetencia de nuestros jefes militares, que no supieron aplicar ventajosamente el genial plan de Schlieffen [42]. Los comandantes generales en el frente conceptuaron sus ejércitos como propiedad privada. Además, nuestros soldados debieron librar una guerra de dos frentes entre los años 1914 y 1918. Ahora, la oficialidad celebra, y con razón, el día de Schlieffen, pues todos sabemos ya dónde se cometieron los errores. Todo es cuestión de batallas envolventes, tal como lo señalara Schlieffen en su obra *Cannas*. Yo he estudiado ese plan con varios oficiales superiores. A decir verdad, es único. Dentro de dos años celebraremos el centenario de Schlieffen y entonces exteriorizaremos nuestro pensamiento [43]. El emperador Guillermo fue inglés por su mentalidad. Quiso realizar desde la Alemania continental una política oceánica. Pensó al propio tiempo en una gran flota, un Imperio colonial, y se dejó arrastrar a una guerra occidental y oriental. Permitió, además, que un armamento muy superior y una política engañosa anonadaran la bravura de nuestros soldados. Si no hubiesen acudido los tanques ingleses ni la artillería americana, y si nosotros hubiésemos podido desplegar en Occidente las divisiones que nos distraía Rusia, Foch no nos habría dictado el armisticio en Compiègne, sino que hubiéramos sido nosotros quienes se lo hubiésemos impuesto en Versalles. Así me lo ha asegurado varias veces el mariscal Ludendorff. Nosotros hemos aprendido mucho de la guerra mundial y extraeremos nuestras consecuencias de esa experiencia para el futuro.

Hitler se irrita y prosigue con gran resolución.

Hitler: Si estallara un conflicto bélico a despecho de nuestro justo proceder, tal vez porque el judaísmo universal quisiera desviar una vez más el curso de la Historia, entonces él mismo se vería aplastado por esa maquinaria. Sin embargo, no creo en la posibilidad de una guerra, pues cuando los judíos sean excluidos en Alemania de la vida económica y política no podrán encontrar ningún otro socio en el extranjero [44]. Hace pocos días estuvo aquí Goering, y con él vinieron algunos industriales del campo aeronáutico. Goering me aseguró que nuestras escuadrillas de bombardeo podrían alcanzar ya Londres, si se llegara a tal extremo, y, de resultas, los ingleses tendrían que izar bandera blanca en su Parlamento. Lo mismo es aplicable, naturalmente, a París. Tanto Churchill como Blum serán ajusticiados por sus propios pueblos si se les ocurre violar la paz y, sobre todo, el entendimiento entre las naciones..., según le aconteciera en su día a Luis XVI. Pero no se planteará tal situación, porque los ingleses no encontrarán esta vez ningún amigo en el continente. Nunca pondrá pie un soldado inglés en territorio alemán. Los franceses se guardarán mucho de correr semejante aventura. Suecia, Noruega, Finlandia, Dinamarca, Holanda y Bélgica desestimarán el juego envolvente francés o francosajón, no cooperarán ni querrán ser neutrales siquiera, más bien se entenderán con nosotros. Nuestra presencia técnica y científica en Estocolmo, Copenhague o Amsterdam tendrá tan buena acogida como en Viena, Zurich y Estrasburgo.

Hitler me contempla con su autoritaria mirada y parece estar vaticinando una realidad, no hablar de sueños.

Hitler: Tampoco conceptuarán la situación de otro modo Polonia, Checoslovaquia..., ni siquiera Yugoslavia. ¿Qué opina usted de Lord Beaver-

brook con su descomunal periódico, el *Daily Telegraph*? ¿Cree usted que comprenderá nuestra situación? Así como aboga por un nuevo orden en la región danubiana, abogará por el nuevo orden en toda Europa.

Breiting: Me admira su optimismo, señor Hitler.

Hitler: Eso lo han dicho ya otros a quienes hablé de la misma forma. Puedo asegurarle que los oficiales e industriales son mucho más de fiar que los intelectuales. Naturalmente, nosotros debemos trabajar mucho todavía. A nuestros profesores, periodistas y articulistas les cabe también el deber de exponer verazmente esos hechos y también las amplias perspectivas de los pensadores entre nuestras gentes, sin dejarse influir constantemente por el enojoso equilibrio europeo, ni hablar de aventureros, ni sembrar el pánico con supuestas intervenciones extranjeras. ¡Tome nota, sin embargo, de la intelectualidad italiana! ¡Observe con cuánta prudencia sigue al Duce! ¿Por qué? Porque sabe que Benito Mussolini está erigiendo un Reich tan gigantesco que eclipsará al Imperio romano. Nos proponemos levantar un monumento en cada ciudad para honrar a Mussolini. Italia deberá estarle agradecida eternamente por sus triunfos. Mussolini es un representante típico de nuestra raza alpina que, cuando actúa, lo hace pensando siempre en la eternidad.

Fíjese en cómo escriben los periodistas y magnates de la Prensa inglesa en interés de su Imperio. El *Times* londinense ha llegado a ser una institución nacional. En él nunca se escribirán tantas estupideces sobre los ingleses como leemos en nuestros grandes periódicos acerca de los alemanes. ¿Por qué no es posible en Alemania lo que se da por descontado en Inglaterra? Allí no se hace reproche alguno cuando la familia Chamberlain se enriquece con las guerras de Sudáfrica y la India. El fracasado de Gallípoli, Churchill, tiene todavía ambiciones políticas. Entre nosotros, se impreca a los industriales y traficantes de cañones. Nosotros

debemos compenetrarnos con la oficialidad española, húngara y búlgara, así como con los pensadores nacionalistas en diversos países europeos y, muy especialmente, con la Italia de Mussolini. No hay por qué temer intervenciones extranjeras contra una Alemania renaciente. Los fuertes no atacan nunca, eso lo hacen sólo los débiles. Nuestra primera medida será tender la mano a Inglaterra y Francia. Cultivaremos la amistad con sus comerciantes, militares, periodistas, diplomáticos y científicos. No queremos luchar contra los molinos, como hacía el héroe de Cervantes. Aunque mi origen es modesto, domino varias lenguas. Quiero decir, e insisto sobre ello, que no nos comportaremos como elefantes en una tienda de porcelana. También queremos organizar un gran Servicio de Información, y nos proponemos averiguar dónde les aprieta el zapato a nuestros enemigos[45]. Inglaterra y Francia deben mucho a sus servicios secretos. Para ejercitar una política dominadora hay que prescindir de toda mezquindad; necesitamos creer con voluntad fanática en nuestra victoria y averiguar todo cuanto acontezca entre nuestros adversarios.

Las humillaciones y la psicosis de ansiedad son imputables exclusivamente a la Prensa desleal. Formación cultural y económica de una gran comunidad alemana..., ¡éste es un verdadero programa, y en él puede representar nuestra Prensa un papel sumamente beneficioso! Hace tres meses, en febrero de 1931, Schacht, como delegado de Alemania, emprendió negociaciones sobre el Plan Young. Yo afirmo ante usted que nosotros no necesitamos esos quinientos millones de dólares. La ayuda exterior de los EE. UU. empaña nuestro prestigio. Si los franceses se confabulan mediante su servicio secreto con Schleicher para tramar un complot contra mí, nosotros desenmascararemos a esos funcionarios ante el pueblo y denigraremos al extranjero por su intromisión en nuestros asuntos internos[46]. Los funcionarios que emprendan tal camino serán, tarde o temprano, calificados como traidores, y sucumbirán. No es mi propósito derrocar al presidente Hindenburg, pero se debe dar por descontado que yo presentaré mi candidatura en las próximas elecciones presidenciales

para demostrarles que se le elegirá con un 30 ó 40 por ciento de votos marxistas contra un 30 ó 40 por ciento de votos nacionalistas [47].

Entonces sobrevendrán grandes cambios entre los nacionalistas. En Turingia, Brunswick y Oldenburg, los nacionalistas no desdeñan ya la colaboración con los nacionalsocialistas. Pronto se reunirán los «Cascos de Acero», el partido agrario, representantes de la Reichswehr y de las finanzas, como Schacht, para hallar una base común desde la cual pueda emprenderse la reconstrucción [48]. También hemos pensado en el influjo de la Iglesia. Ciertamente, no tendrá lugar una cruzada del Vaticano contra nosotros. Conocemos a monsignore Pacelli, quien fue durante doce años representante diplomático del Vaticano en Alemania; como secretario de Estado y consejero del Papa Pío XI, le interesa sobremanera que los católicos alemanes posean finalmente un estatuto. Personas como Von Papen, e incluso muchas más de Munich, laboran ya hoy día para anudar buenas relaciones con el Vaticano [49]. Y ello sigue adelante, pese al terrorífico libro de Rosenberg. En verdad, éste contiene muchas verdades, pero no es oportuno. Tal obra no ha sido escrita para las masas; debe contribuir más bien a la formación ideológica de la intelectualidad [50]. El Vaticano ha puesto muchos libros en el Índice y, sin embargo, no ha organizado ninguna cruzada contra los países donde se escribieron o imprimieron tales libros. ¿Qué es una tirada de cien mil ejemplares comparada con un Corcordato que hace obligatoria la educación religiosa en el colegio? Pacelli ha sido testigo de la República sovietizada en Munich; esté usted tranquilo, Alemania no será más escenario de disputas culturales. En nuestro país no puede reinar el descontento porque deseamos ser otra vez una nación. Las luchas religiosas, electorales y políticas son simplemente otras tantas tentativas para desmembrar y degradar nuestra nación. Se pondrá fin a esas prácticas. Los EE. UU. lograron constituirse en Estado mediante conceptos liberales y factores heterogéneos, mediante el monopolio financiero. Pero jamás serán una nación, sino un foco perpetuo de disturbios internos, de rivalidades religiosas, étnicas, raciales e ideo-

lógicas. Para esos hombres que hoy gobiernan América, la Alemania consolidada es una nación extraña. Ahora bien, ellos se encuentran muy distantes geográficamente, y nosotros podemos contribuir mucho a su aislamiento. Cuando incluyamos en nuestro programa la discrepancia con la Unión Soviética, las fuerzas aislacionistas americanas se pondrán de nuestra parte. América puede quedarse con su sistema, pero nunca podrá señalarnos nuestro camino histórico. Los acontecimientos arrollarán a los Estados Unidos. Sin embargo, no nos es posible permanecer indiferentes ante los sucesos de Rusia porque ello acontece en nuestro continente. La «rusificación», el eslavismo combinado con la dictadura proletaria, es la fuerza más peligrosa del mundo. ¿Y si se consumara esa simbiosis? Piense usted por un momento en las reservas humanas y las riquezas naturales a disposición de Stalin.

En la actualidad, nuestros periodistas deberían dar algún descanso al tambor publicitario. Nunca se cernió un peligro tan inminente sobre la civilización occidental. Antes de asumir el poder debemos entendernos claramente con los ingleses y franceses, e incluso con los americanos y el Vaticano, porque tarde o temprano nos veremos obligados a emprender una cruzada contra el bolchevismo. Inglaterra y Francia deberían estarnos agradecidas por haberles mostrado a tiempo el peligro. ¿Qué les importa saber quién gobernará mañana Rusia? Ahora nos corresponde ya pensar en el traslado de millones de seres humanos desde Alemania y Europa [51]. Las migraciones han sido siempre moneda corriente. En el año 1641, nada menos que cincuenta mil irlandeses emigraron a Norteamérica; dos terceras partes del país quedaron deshabitadas. ¡Cuánta sangre nórdica ha fluido hacia los Estados Unidos! Nosotros debemos colonizar el Este sin contemplaciones. Entretanto, no nos conviene olvidar cómo se reparten las materias primas en el mundo. Vea usted lo que está sucediendo en la parte ibérica de América. A mi amigo y jefe de la plana mayor, Ernst Roehm [52], quien por cierto estuvo en Bolivia como instructor, debo agradecer los minuciosos informes sobre las condiciones de aquel país. Bolivia posee

grandes riquezas de plomo, cobre, cinc, volframio y oro. No obstante, faltan el hierro y el carbón. Aunque Inglaterra y América dominen hoy día el comercio mundial, nuestra capacidad comercial experimentará un ventajoso cambio tan pronto como nos adueñemos del espacio oriental. Nosotros queremos una Sudáfrica blanca, una Australia y una Nueva Zelanda blancas, un Canadá blanco, pero no podemos renunciar a una Ucrania blanca ni tampoco a un Cáucaso blanco. Portugueses y españoles colonizaron África y Sudamérica, pero ¿cómo seguirán haciéndolo si la pobreza industrial de sus países reduce a un mínimo esa posibilidad? Nosotros les ayudaremos muy gustosos. Gozamos en Sudamérica de gran prestigio. Roehm me lo ha asegurado por escrito muchas veces. Desgraciadamente, esas riquezas naturales están en manos de la plutocracia anglosajona, cuyo proceder es irracional. Piense usted en los tremendos negocios de la «Royal Dutch Shell», la «Anglo Iranian Oil Company», la «Katanga Union», y calcule nuestras posibilidades geográficas en el Este[53]. Tampoco dista mucho el Oriente Medio. Un Hohenzollern ha lanzado ya la idea de una línea férrea Berlín-Bagdad, y por ello ha luchado también Von Papen en Palestina. ¿Vamos a ser eternamente una nación de desheredados? ¿Por qué no se distribuyen con justicia las fuentes de materias primas? Se nos ofrece la posibilidad de movilizar y acaudillar a las masas contra tales condiciones. ¿Hasta cuándo ha de estar desmantelada Alemania? ¿Hasta la eternidad? El descontento impera por doquier. En todas partes se espera un nuevo orden mundial. Queremos promover una gran política colonizadora, no deseamos pisarnos mutuamente los pies en Alemania. Allá por el año 1923, la pequeña Grecia logró trasladar un millón de seres humanos. Piense usted en los éxodos bíblicos, en las degollinas del medievo (justamente habla de ello Rosenberg), o recuerde el exterminio de los armenios. Uno llega al convencimiento de que las multitudes humanas no son más que una masa biológica. Nosotros no nos dejaremos convertir en negros, como así lo intentaron los franceses después de 1918. A la postre, la sangre nórdica existente en Inglaterra, Francia

septentrional y Norteamérica se unirá con nosotros para transformar el mundo. El descontento reinante en sus propios países y colonias no les dejará otra alternativa.

Breiting: No dudo, señor Hitler, de que haya gran descontento en varios países. Pero tampoco en Alemania todo el mundo es feliz. ¿Cómo evitar, pues, que se eternicen las luchas internas?

Hitler: Muy sencillo: siga usted al NSDAP, que le brinda la única solución. Nosotros hemos encontrado soluciones para todos los problemas, ya sea de nuestros parados, nuestra agricultura, nuestra cultura o nuestra defensa nacional. Y, si la penuria se generaliza, deberemos resolver autárquicamente la situación mediante una racionalización. Nuestras tierras cubren el veinticinco por ciento de nuestras necesidades. Con un poco de buena voluntad y una racionalización consecuente podemos satisfacer el cincuenta e incluso el setenta y cinco por ciento de nuestro consumo. Pero, ¿cómo hacerlo mientras los gravámenes pesen sobre nuestras propiedades rurales y nuestras máquinas enmudezcan y nuestros obreros continúen sin trabajo? No olvide que 2,5 millones de hectáreas de tierra fértil están cargadas con hipotecas equivalentes al 100 por ciento o más de su valor. Ahora bien, nosotros sabremos solucionarlo, y justamente mediante una distribución equitativa de obligaciones entre la industria y la agricultura. Hay que emplear medios radicales.

Breiting: Comprendo su empeño. Pero, ¿no se estará cargando usted con cometidos impracticables de los cuales sólo se beneficiarán sus enemigos?

Hitler: Se lo repetiré por centésima vez: No es posible construir una casa sin allanar antes el solar y echar los cimientos. Nosotros debemos dar un programa a estos alemanes cuyos corazo-

nes y mentes están renaciendo. Precisamente ese ambicioso programa, el papel de Alemania en el continente, ha ahondado en el espíritu del pueblo, de la intelectualidad y de los jefes militares, con mucha más fuerza que todos los llamados planes económicos y legislaciones sociales. Primero nos adueñaremos de nuestra propia casa y después plantaremos hortalizas y cereales en nuestros campos. No queremos seguir siendo aguadores y acémilas del vecino.

Créame, señor Breiting, Alemania despertará mucho más pronto de lo que suponen muchos intelectuales pesimistas. Hombres y mujeres acudirán a nosotros de todas partes, nuestras listas de afiliados se completarán muy pronto. No nos interesa la cantidad, sino la calidad. La nueva Alemania necesita únicamente gente honorable; así no habrá por qué temer jamás una puñalada trapera como en 1918.

Breiting: Sin embargo, no fue sólo esa puñalada alevosa lo que nos impuso el armisticio. Nuestros estrategas, Hindenburg y Ludendorff, pidieron ya un armisticio en setiembre de 1918.

Hitler: Yo he analizado minuciosamente esa cuestión con Ludendorff. Cuando en 1918 pidió el armisticio, no lo hizo porque viera derrotado a nuestro ejército, sino porque carecíamos de mando político. Los trabajadores y soldados en segunda línea intentaron amotinarse. ¡Imagine usted una huelga en las fábricas de armamento! Clemenceau hizo fusilar a desertores y pacifistas. Entre nosotros, los propugnadores de la resistencia habrían hecho el ridículo. Se lo repetiré una vez más: si un jefe político decente hubiese capitaneado el Reich, no cabe duda de que el último batallón en campaña habría sido alemán. Y entonces no habría sobrevenido nunca su derrumbamiento. La actual situación política de Alemania se asemeja a la de los años 1917-1918. No son alemanes quienes dirigen Alemania, sino parásitos internacionales. Y éstos no desean una Alemania fuerte, pues se lo prohíben sus mandantes en París, Londres y

Nueva York. Llegará el día en que los llamados políticos alemanes, instigados desde el extranjero, prohibirán nuestro partido. ¡De qué no serán capaces todavía los Braun y los Severing! ¡Y también Grzesinski![54] En este Reich, abundan los engendros y los sepultureros. Ellos han tomado la República bajo su amparo para aniquilarla a placer. La nave se hundirá con hombres y ratas. Ellos intentan mantener sus posiciones por todos los medios, y muy especialmente en Prusia, que representa las dos terceras partes de Alemania. Me reprochan mi origen austríaco, me dicen que esto no es asunto mío. Son defensores del federalismo y del separatismo. Pues bien, si hemos de morir preferimos hacerlo como unificadores prusianos que como separatistas bávaros o austríacos[55]. El día en que se nos encomienden los asuntos gubernamentales mediante un edicto del señor presidente del Reich, eliminaremos a los aguafiestas y nos haremos con una mayoría aplastante del pueblo. La interdicción del partido comunista será nuestra primera medida[56]. La mayor parte de los socialdemócratas es ingobernable; nada podrá hacerles cambiar. A muchos funcionarios les espera solamente el agradecimiento por servicios prestados y la pensión. Todo alemán gozará de libertad para emitir su juicio sobre los acontecimientos históricos. Gobernaremos con la voluntad de una abrumadora mayoría popular. Un año después de la subida al poder, erradicaremos de nuestra Constitución los conceptos «parlamentarismo» y «federalismo». Será el pueblo alemán quien determine por primera vez en Prusia la existencia de un canciller «no prusiano», tanto si les gusta a los parásitos como si no. Y entonces las virtudes castrenses prusianas serán un símbolo luminoso para todo el pueblo. Cuando los políticos rutinarios ocupan la cúspide no respetan la voluntad popular, sino que, a socapa del federalismo y el parlamentarismo, mantienen el país en un estado de impotencia. Cuanto más se encumbra un enemigo en la jerarquía estatal, tanto mayores son los daños que inflige al Reich. Por ello afirmo esto: la alta delincuencia es mucho más dañina que la pequeña banda de granujas. A una serpiente se le aplasta la cabeza, pero jamás la cola. Las hienas

adineradas aúllan solamente porque saben que nosotros nunca caeremos en la corrupción oportunista. Hacen representar obras teatrales y difunden chistes groseros sobre nosotros; con su propaganda difamatoria persiguen el embrutecimiento del pueblo. ¡Si al menos esos mercachifles tuviesen imaginación! Como dominan las instituciones culturales y la Prensa se benefician de una publicidad barata. Un buen día azuzarán a las hordas rojas contra nosotros. Pero no habrá ningún otro período sovietizado, pues a ello se opondrá el espíritu predominante de Potsdam y Koenigsberg[57]. Alemania sólo puede alcanzar el poder político mediante las virtudes militares germanas. Pacifismo, cosmopolitismo, federalismo, parlamentarismo..., es preciso extirpar implacablemente esos conceptos. Necesitamos un territorio nacional homogéneo. Todas las regiones deben someterse a las mismas leyes para ser gobernadas por un Gobierno central[58]. Sin esa premisa no podremos materializar nuestros objetivos político-militares.

Breiting: Señor Hitler, no creo plantear una cuestión antipatriótica si le pregunto cuáles son los puntos de vista del NSDAP sobre política militar y defensa nacional.

Hitler: También puedo responder abiertamente a esa pregunta. Se sobrentiende que este punto ha de quedar estrictamente entre nosotros. ¿Por qué no ha de saber usted lo que ya conocen tantos oficiales de la Reichswehr? Pero no quisiéramos que los marxistas nos calificaran de revanchistas. Políticamente, ello sería contraproducente. Sin embargo, se puede asegurar que nuestro rearme comenzará tan pronto como asumamos el poder. Los adversarios de Alemania intentarán formar un frente contra nosotros, dentro y fuera del país. Nosotros actuaremos con rapidez y cautela al mismo tiempo. Primero deberemos golpear a nuestros enemigos internos. Goebbels ha empleado siempre la palabra ataque como base de nuestra actuación[59]. La ofensiva será siempre la mejor defensa. Es preciso simultanear el despertar político con los impulsos hacia una defensa nacional más efectiva. En esto estoy de acuerdo con los oficiales que apoyan nuestra causa. Durante cinco años serví en el ejército alemán. No quise hacer carrera, me limité a cumplir mi deber como cualquier otro. Cuando concluyó la guerra comprendí que no nos faltaban buenos estrategas, sino más bien políticos honorables. Por ello tomé la resolución de hacerme político. Hasta entonces, la Reichswehr había dado siempre buena prueba de su honorabilidad. En setiembre de 1923, no fue la Reichswehr quien disparó contra nosotros, sino la policía «verde». La organización de la Reichswehr no presentará grandes dificultades. Mucho más trabajo nos dará la policía cuando reorganicemos su mecanismo administrativo, que ha estado durante largos años bajo la presión marxista. Oficiales como Rundstedt, Reichenau, Beck, Blomberg y Fritsch son hoy, con sus cien mil soldados, prácticamente impotentes. ¿Qué puede hacer esa Reichswehr con sus cuarenta y cinco regimientos frente a los enemigos internos y externos?[60] En nuestras policías política y criminal encontraremos sin duda anticomunistas muy capaces. Pocos oficiales de policía ocupan su mente con pensamientos nacionalistas e históricos. El ambiente entre los policías difiere mucho del de la Reichswehr. Aun cuando haya funcionarios anticomunistas, éstos atienden solamente a los requerimientos de los socialdemócratas. Es la eterna lucha por los votos electorales. Algunos altos funcionarios de la policía han descubierto el destructivo gusano judaico. Sólo es verdadero anticomunista aquel que sea también antisemita. Si nos hemos evitado muchos choques, únicamente es de agradecer a los funcionarios conscientes. Nuestros amigos saben que los comunistas sirven exclusivamente a la plutocracia judía. Un judío que se llame comunista será siempre y ante todo judío. El problema judío es un asunto muy complicado. Hoy no quisiera adentrarme en él. Usted sabe, sin embargo, que nuestra ideología se opone a los intereses del pueblo elegido y que nosotros despreciamos su adoración por el becerro de oro. En el fondo, los judíos se oponen al comunismo por razones raciales y financieras.

Breiting: ¿Y Marx? Marx era también judío.

Hitler: Esa pregunta nos lleva demasiado lejos. Es fácil explicar por qué formuló Marx la lucha de clases. Con Abraham y Moisés, con el protestantismo y el catolicismo, resultaba imposible disuadir a los trabajadores de su amor por la patria. Ya hemos visto y analizado cómo fracasó la burguesía en su papel dirigente y cuánta fue su incapacidad para ganarse al proletariado e incluirlo en la comunidad nacional. Hoy no bastan ya las palabras para hacerse con el proletariado, y eso debemos agradecérselo a Marx. No se le puede conquistar ni siquiera con la promesa de resolver sus problemas sociales. Nos vemos, pues, obligados a emprender caminos administrativos. Comprendo lo que significa para él la partición del poder estatal. Tal vez eso marche bien en Inglaterra. Para nosotros rige, como suprema ley constitucional, este axioma: el derecho es aquello que asegura los intereses vitales de la nación. Por este camino nos proponemos reconquistar a la masa politizada. Impondremos el trabajo a la delincuencia alemana e internacional; de lo contrario, la extirparemos. Necesitamos una nueva política administrativa, docente y sanitaria. Nuestro camarada de partido, Frank, piensa también que los tribunales de justicia se bastan para regularizar todo. Pero otros juristas nuestros estiman que un policía puede ser juez, o viceversa. Hay que decidir pronto cómo se debe abatir la criminalidad, no tenemos tiempo para guerras de papeles y discusiones sobre moralidad. Yo quiero conferir amplios y discrecionales poderes a los funcionarios. Por ello el Estado debe poseer mayor autoridad. Quiero transformar la policía criminal apolítica en instrumento político del máximo poder estatal. El trabajo manual no ha perjudicado todavía a nadie; queremos crear grandes campos de trabajo para toda clase de parásitos. Los españoles iniciaron ya ese sistema en Cuba, y los ingleses en Sudáfrica. Necesitamos hoy, ahora mismo, estudiar la forma de incapacitar a aquellos que pretenden provocar disturbios internos y convocar la huelga general[61]. Se requiere una ligazón funcional entre los cargos del partido y los diversos negociados de la Administración. El fascismo italiano ha regularizado este problema de forma ejemplar. Yo no quiero imitar a mi amigo Mussolini. Nosotros no constituimos una monarquía, ni tampoco tenemos un pontífice en el país. Nosotros representamos una potencia industrial bastante más pujante que Italia. Asimismo, los enemigos internos muestran mucha más actividad que los de Italia. Nuestros problemas económicos difieren de los de nuestro vecino meridional. Nuestro encumbramiento carecería de perspectiva si no pusiéramos todas las fuerzas físicas e intelectuales al servicio de la movilización total. No será posible erradicar la desproporción existente entre nuestro rearme y nuestros adversarios, mientras la nación, que cuenta con setenta millones de habitantes, disponga de un ejército similar al de Bélgica, un país cuya población es sólo de siete millones. Sin el mando estatal nacionalsocialista no podemos forjar una defensa nacional realmente efectiva. Tal como se presenta hoy la situación, Polonia podría invadir cualquier día la Prusia oriental. Ni rusos ni franceses le declararían la guerra con tal motivo. ¿Cómo defender nuestras fronteras por todas partes con los cuatro mil oficiales que nos autoriza el Tratado de Versalles? Nuestros regimientos de infantería no pueden sobrepasar la cifra de 76 oficiales y 2.450 hombres. Los de caballería tienen solamente 30 oficiales y 700 jinetes[62]. Por no mencionar las ametralladoras y los obuses de campaña. Este armamento apenas basta para las escaramuzas callejeras. ¿Hemos de jugar eternamente a los soldados disfrazados? Unidades fronterizas, Ejército Negro, Asociaciones defensivas, sociedades de palomas mensajeras, federaciones deportivas y paramilitares. ¡Eso no sirve para nada! Nuestro pueblo no se merece tales chanchullos. Es cierto que hemos adquirido una relativa experiencia con el Cuerpo voluntario. El socialdemócrata Noske se sirvió de él para aplastar el movimiento espartaquista. Cuando todo concluyó, se estimó oportuno despedir a los «negros», puesto que habían cumplido ya con su de-

ber. El mando militar del Reich cuenta actualmente para la defensa del país con las SA, SS, los Cascos de Acero y las organizaciones deportivas juveniles. Pero, ¿qué significa eso comparado con los trescientos cincuenta o cuatrocientos mil reclutas que podríamos adiestrar cada año mediante la implantación del servicio militar obligatorio? El artículo 177 del Tratado de Versalles nos prohíbe incluso enseñar la instrucción militar a estudiantes y deportistas. Tanto esas asociaciones, como las SA y SS, son un poder revolucionario y la única defensa legítima de nuestro partido, pero la verdadera fuerza armada será siempre nuestro glorioso e invicto ejército. Aunque podemos movilizar la milicia nacionalsocialista y la policía acuartelada para hacer frente al enemigo interno, el ejército no se prestará a tales maniobras porque no es ésta su misión[63].

Breiting: Sin embargo, se ha dicho hace poco que en sus propias organizaciones cunde la agitación, de lo cual se regocijan sobremanera sus adversarios.

Hitler: Agitación es una palabra demasiado fuerte. Nuestros enemigos intentan infiltrarse por todas partes. El jefe SA en Berlín, Stennes[64], ha urdido un alzamiento contra mi persona. Mis siempre fieles y honorables SS obedecieron órdenes y sólo algunos jefes SA permanecieron con Stennes. Las Secciones se revolvieron contra los agitadores[65]. No queda excluida la posibilidad de que tales elementos vuelvan a darnos quehacer. Una revolución nunca será practicable sin ciertas dificultades internas. ¡Hay tantos oportunistas que desean nadar con la corriente! Según me ha informado ya mi servicio secreto, mis enemigos especulan sobre una posible renuncia mía a causa de las dificultades internas. ¡Nunca renunciaré a mi programa o a mis objetivos! Siempre he dicho que se intenta dividir mi partido. Se pretende sobornar a los jefes de grupo y los *gauleiter* *. Se

* Jefes de distrito.

intentará dividirnos y engañarnos. Pero los apátridas no concluirán jamás felizmente tan sucios negocios. Estamos a punto de tomar enérgicas medidas preventivas. Nosotros conocemos todas las recetas del emponzoñador. Pronto poseeremos nuestro propio servicio de información internacional, que superará con su actuación a la policía política y criminal de los gobernantes socialdemócratas. Quiero erigir una Central altamente calificada para la protección del pueblo y del Estado; una central de servicios secretos que anule al *Deuxième Bureau* francés y al Secret Service inglés. Nuestra organización defensiva política superará a la checa[66]. Eso nos resultará fácil, porque no toleraremos ninguna infiltración en nuestras filas. Ahora bien, tampoco podrá haber renacimiento mientras exista en el país una oposición alevosa. El emperador Guillermo II tendió una mano conciliatoria a los jefes de la socialdemocracia. El káiser no sospechó que esa chusma desconoce el honor. Mientras los socialdemócratas estrechaban la mano imperial, empuñaban con la otra una daga[67]. Para el enemigo interno sólo habrá la línea dura: o una cosa u otra. Los judíos no tendrán más remedio que desaparecer cuanto antes de Alemania y Europa. Si los árabes tampoco quieren soportarlos, ¿por qué hemos de tolerarlos nosotros aquí? No seré yo quien los expulse, sino el pueblo alemán. Y las cosas irán tan lejos que ellos mismos buscarán mi protección. Eso no es una cuestión de ideario universal, sino de auténticos sentimientos patrióticos. Ya le he dicho antes que no quiero desencadenar una matanza entre los judíos. Tal vez les conviniera ir pensando ya en emigrar. ¿Qué opina la burguesía sobre el problema judío, señor Breiting? Sé que es una pregunta muy espinosa.

Breiting: No quisiera, señor Hitler, que interpretara mal mis palabras. Entre los judíos hay personas buenas y malas. Muchos cayeron por su patria en la última guerra. Otros muchos ostentan la Cruz de Hierro. Yo conozco a varios que son anticomunistas acérrimos. Hay quienes desearían incluso dialogar de otro modo con usted.

Hitler: Esa semilla está sembrada, sin embargo, con mucha parquedad.

Breiting: Son muy escasos porque los propagandistas de usted les tratan mal. Entre ellos hay personas muy capaces e inteligentes. ¡Piense, por ejemplo, en Einstein!

Hitler: Todo cuanto ellos crearon nos lo han robado. Y emplearán contra nosotros todo cuanto saben. Poco me importa que perturben a otros pueblos. Nosotros no los necesitamos. No sabríamos qué hacer con ellos[68]. He manifestado una y otra vez que la propaganda no es un análisis científico, se basa exclusivamente en los sentimientos patrióticos de nuestra nación. Lo germánico se ha inflamado y las masas marchan ya bajo la cruz gamada. Nosotros no laboramos con masas populares desorganizadas. La corriente fanática de nuestras gentes tiene su meta, se encauzará por una ancha avenida tal como dice Schiller del bronce, que una vez fundido, fluye en forma de lodo. Nosotros hemos alzado la bandera al otro extremo de la avenida. Ésta es nuestra ruta de marcha, así lo certifican nuestra organización y nuestra propaganda. La organización del partido está ya al acecho para buscar sus afiliados en esa corriente. Nosotros formaremos diversas agrupaciones: juventudes, obreros, campesinos, profesiones liberales, industria, Secciones de Asalto, Escuadras de Protección, policía... No constituimos una masa amorfa, queremos captar a todo el pueblo[69]. Comprenda, pues, que una organización semejante no puede tolerar cuerpos extraños, por lo que estamos obligados a adoptar medidas protectoras con suficiente antelación. Se lo digo francamente: hoy no estaría usted sentado ante mí si no se me hubiesen dado informes irreprochables sobre sus ideas y antecedentes[70]. No será gran estadista ni genio de la propaganda quien se limite a difundir la palabra escrita sino aquel que sepa escoger sus colaboradores y amigos. El éxito de una acción

propagandística crece y decrece con la inspiración. Una idea es fuerte cuando se materializa en hechos. Nosotros hemos construido un mecanismo, y pensamos agregarle corporaciones especiales donde muchos seres humanos que se han mostrado remisos hasta ahora puedan probar sus facultades. Necesitamos colaboradores competentes en las fuerzas armadas, la economía y los campos cultural y periodístico. Ello no significa, sin embargo, que nos propongamos atacar con espíritu vengativo a quienes piensen de otro modo. Es imposible erigir un Estado con gente estúpida. Los bolcheviques aniquilaron a su intelectualidad, se desembarazaron de los magnates industriales rusos, y por ello les resulta difícil recuperarse. Yo no creo en una coalición entre el NSDAP, los nacionalsocialistas alemanes y los buenos elementos del partido populista. Pero aún deberemos marchar juntos un largo trecho. Salude en mi nombre al consejero privado Hugenberg y al señor Oberfohren. También al señor Herfurth. Dígales que sin el nacionalsocialismo Alemania no podrá despertar jamás con toda su energía[71].

La conversación terminó a las 12,45 horas, y Hitler se mostró alegre cuando, casi tres horas antes, tomamos asiento juntos. Tuve la impresión de que le habría gustado retenerme para el almuerzo. Pero supe por Hess que le esperaban todavía multitud de actos. Pregunté a Hess si no le habría irritado mi interrogatorio.

—¿Por qué? —exclamó Hess—. Usted no es un miembro del partido. Todo ha marchado bien.

Acto seguido, Hess me pidió que le enviara una copia de mi estenograma. También me rogó encarecidamente que apreciara la franqueza de Hitler y me reservara el contenido de la conversación para mi propio uso.

Comentario de Richard Breiting sobre la segunda entrevista con Hitler.

Así se ha manifestado Hitler. De verdad sabe hablar. Tiene una memoria excelente, hace juegos

malabares con los pensamientos y su carácter me resulta incomprensible. Durante dos horas citó sin anotación alguna estadísticas económicas, datos históricos y pasajes de su doctrina, y expuso su método «científico» para combatir al enemigo en el país. Pero, ciertamente, no me lo ha dicho todo. Lo que he experimentado hoy se me antoja un gran misterio. Ahora estoy convencido de que si él alcanza el poder, perseguirá a los judíos. Sus reiteradas imprecaciones contra los judíos no significan una simple maniobra disuasiva. Él no quiere colgarlos de cualquier poste de telégrafos, como dijo en la primera conversación, sino obligarles a emigrar. Albert Einstein es también un cuerpo extraño para él. ¡Qué ideas tan descabelladas! Tengo la impresión de que este hombre no aborrece a los comunistas. Su anticomunismo es simplemente un denominador común con el que se propone aglutinar los restantes partidos, las religiones, la Reichswehr y la burguesía. Desde luego, intenta ajustar cuentas con el comunismo. Ahora bien, su cruzada contra la Unión Soviética es sólo un subterfugio para el rearme. ¡Dios nos libre de tales «constructores» y «libertadores»!

Ve en nuestra mejor burguesía una cloaca repleta de ladrones. Quiere arrollarlo y triturarlo todo como una inundación torrencial. Y quiere darle fin antes de su quincuagésimo segundo cumpleaños. Así, pues, dentro de un bienio la burguesía, la Reichswehr y la Iglesia se verán ante esta alternativa: Alemania sovietizada o Reich nacionalsocialista.

En nuestra primera entrevista me llamó la atención su barbilla que parece dispuesta a machacarlo todo. Esta vez observé sus botas, que se mueven inquietas como si quisieran pisotearlo todo. Él espera ayuda de la industria, de la Reichswehr y de Hindenburg. Quiere aplastar primero a los comunistas. Y por ello la burguesía debe marchar a Canossa.

Sus pensamientos sobre el nuevo orden en Alemania y Europa se me antojan utópicos. Confío, no obstante, en que antes de dos años la realidad política le obligue a adoptar otro tono. «Pide primero mucho, como un mercader —me dijo Hugenberg—, para poder rebajar el precio más tarde.» Mi única esperanza es que hombres como Hindenburg, Von Papen y Hugenberg le hagan razonar a fin de cuentas. Según opina Oberfohren, si Hitler se aferra a sus ideas extremistas aterrizará por segunda vez en Landsberg. Schleicher y los generales no le permitirán jamás que se erija en dictador [72].

Sospecho que el dictador pardo no habló sólo conmigo, sino con todos los interlocutores cuya amistad busca. De sus palabras se infiere que los oficiales e industriales son para él un público agradecido y apetecible. Ahora comprendo también por qué habla esa gente de su mirada hipnótica. Temo que a muchos les agrade escuchar esos delirios de grandeza. ¡El *Fata Morgana* nacionalsocialista! Si nuestros militares, industriales e intelectuales aprobaran algún día ese programa nos veríamos encaminados hacia la catástrofe. Ahora sé bien lo que significa la totalidad de su ideología. No se me permite hablar ni escribir sobre ello; he dado mi palabra y la mantendré. No creo, sin embargo, violar mi promesa si presento un breve informe al señor Herfurth y discuto el asunto confidencialmente con Hugenberg y Oberfohren.

COMENTARIOS Y ACLARACIONES A LA SEGUNDA CONVERSACIÓN HITLER-BREITING

1. Inmediatamente después de aquella espectacular provocación, el incendio del Reichstag, se desató la primera oleada de detenciones. Esa misma noche, la del incendio, Hitler hizo detener ya a unos cinco mil opositores en toda Alemania, mil doscientos de los cuales eran de la capital. Tras el *coup d'État*, no se pudo hablar ya de procedimientos judiciales ordinarios contra los jefes de la oposición. Hasta 1945, cien mil alemanes fueron víctimas de esa arbitrariedad. Las palabras "arresto preventivo" y "campo de concentración" fueron suficientes para intimidar al hombre sencillo. El 30 de junio de 1934, Hitler desencadenó una verdadera "noche de San Bartolomé" entre sus propios seguidores ("Alzamiento de Roehm").

2. En 1913, Philip Stauff escribió un libelo antisemítico titulado *Semi-Kürschner*.

3. Heinrich Heine expresó ese pensamiento en *L'Allemagne* (París, 1834).

4. Rudolf Hess fue ayudante del célebre profesor Karl Haushofer, padre de la geopolítica alemana, quien vio el futuro de la humanidad en un condominio anglo-germano sobre los puntos estratégicos del mundo.

5. Dietrich Eckart, primer redactor jefe del *Völkischen Beobachter*, órgano central del NSDAP, muerto el año 1923.

6. Efectivamente, cuando subió al poder el 30 de enero de 1933, Hitler se contentó con tres carteras ministeriales para su partido. Pocos días después renunció a sus emolumentos y manifestó el deseo de subsistir exclusivamente con los derechos de autor que le proporcionaba su actividad literaria. Su libro, *Mein Kampf* le aportó un millón de marcos.

7. El grupo que bajo la jefatura de Gottfried Reinhold Treviranus, ministro de Comunicaciones en el Gobierno Brüning, se opuso decididamente a la política nacionalsocialista, se denominó partido populista conservador. Treviranus se retiró del mismo en 1928, cuando Hugenberg fue elegido presidente. Poco después, él y sus amigos fundaron un nuevo partido. En la "Noche de los largos cuchillos" (30 de junio de 1934), Treviranus fue incluido en la lista negra. Sin embargo, consiguió huir al extranjero. Hitler no le perdonó ni olvidó nunca su intrépido antagonismo. En el comunicado sobre el "atentado de la Bürgerbröukeller", que había sido escenificado como una provocación sensacional y serviría de excusa para desencadenar la ofensiva en Occidente, Hitler hizo incluir el nombre de Treviranus junto a los del doctor Eduardo Benes, presidente exilado de Checoslovaquia, y Lord Vansittart. Culpó a los tres políticos de haber organizado y financiado aquel golpe mediante el Servicio Secreto británico.

8. En verdad, el número de trabajadores en paro ascendía a 5,6 millones, de los cuales 4.713.000 recibían subsidio y 244.000 eran temporeros.

9. Una de dos, o se equivoca Hitler, o Breiting ha cometido un error en la transcripción taquigráfica. El distrito electoral de Berlín (distrito electoral N.º 2) contaba en total con 1.522.922 electores. El 14 de setiembre de 1930, los socialdemócratas obtuvieron 346.019 votos y los comunistas 408.626 votos. Es posible que Hitler incluyera en sus datos el distrito electoral Potsdam I o Potsdam II para acrecentar aún más el total de votos marxistas, o que Breiting olvidara anotar la inclusión de los suburbios berlineses, tal como quizás haría Hitler. También puede ser, sin embargo, que Hitler o Breiting hayan sumado mal. El círculo electoral de Berlín-Potsdam I y II dio 1,8 millones de votos a los socialdemócratas y los comunistas. La circunscripción electoral de Berlín, incluido Potsdam I, proporcionó 1,4 millones de votos. Probablemente Hitler se refirió a ambas circunscripciones electorales y, para redondear la cifra, mencionó esos 1,5 millones. Conviene observar que los 1,8 millones de electores marxistas en los tres distritos cedieron solamente 0,5 millones de votos al NSDAP. La afirmación de que los socialdemócratas y los comunistas obtuvieron en Berlín la mayoría absoluta es exacta.

10. El 30 de abril de 1931.

11. En 1937, Hitler nombró Inspector General de Obras Públicas y proyectista de la capital, Berlín, a su amigo Albert Speer. En 1943, Amann, jefe de Prensa y de las empresas editoriales nacionalsocialistas, supervisaba ya el ochenta por ciento de la Prensa alemana.

12. Fueron puestos al servicio del partido. Se quemaron libros, se arrebataron "sigilosamente" obras artísticas a los museos para el disfrute personal o la venta en el extranjero. Hitler plasmó las ideas que le habían sugerido Philipp Stauff y su libelo *Semi-Kürschner*.

13. Veinte meses después de esta entrevista, Hitler decidió desalojar a la "Academia prusiana de Arte" de su monumental edificio en la Prinz-Albrecht-Strasse, n.º 8. Por indicación suya, aquella casa fue puesta a disposición de la Policía Secreta gubernativa como sede central para toda Alemania.

14. El palacio Wallot, sede del Reichstag, fue bautizado con el nombre de su constructor, Paul Wallot. Hitler describió ya este edificio en *Mein Kampf* como casino de "zoquetes".

15. Es curioso que Hitler mencione ya aquí el incendio del palacio Wallot, escenificado dos años después. La destrucción de la sede parlamentaria formó ya parte de un programa electoral en marzo de 1932. El jefe de bomberos Walter Gempp (Berlín) conservó entre sus expedientes un cartel que hizo imprimir Goebbels para las elecciones presidenciales, en el que aparece en llamas el Reichstag y la sala de sesiones bajo la inscripción: "¡Ya arde...!" El doctor Ernst Hanfstaengl, quien en el proceso sobre el incendio citó como testigos a los comisarios de policía comprometidos para hacerles deponer su testimonio sobre la sorpresa de Hitler al conocer la noticia, me dijo el 6 de agosto de 1968 que el año 1923 asistió a una reunión, como consejero de Prensa de Hitler, donde oyó que éste decía al general Von Seeckt: "Cuanto antes quememos ese chamizo tabernario, tanto más aprisa podremos organizar una nueva Wehrmacht y un nuevo Estado Mayor Central."

16. En realidad, Hitler jamás puso el pie en el "reducto de los traidores". El día en que decidió dirigirse al Parlamento, 17 de febrero de 1933 por la tarde, ardía ya el palacio Wallot. Hitler quiso asistir a la incineración.

17. Poco después de la conquista del poder (año 1934), Hitler resolvió construir las autopistas. Se dispuso por vía legal la transformación de las ciudades.

18. Se financiaron esos planes mediante la presión de los créditos abiertos, el racionamiento de materias primas y la supervisión de exportaciones y divisas. Gracias a esas medidas, se disimuló en el interior del país la depreciación monetaria. En los comienzos de su mandato gubernamental, Hitler pudo sostener así la moneda sin reservas de oro. El principio "mucho trabajo, salarios reducidos, poder adquisitivo limitado" no pudo mantener una relación normal entre la producción y la circulación monetaria, pese a los numerosos e inconcebibles artificios (por ejemplo, reducir el dinero circulante mediante un "ahorro férreo"). Los sistemas de pago perdieron validez y floreció el mercado negro. Se emplearon medidas draconianas —presidio, correccional y pena capital— para atajar los abusos y asignar artificialmente cierto valor al dinero.

19. Hitler siempre supo aprovechar en beneficio propio las obligaciones morales de sus adversarios en territorio nacional y extranjero. Asimismo, desestimó el pacto propuesto por el Secretario norteamericano de Estado Kellogg (pacto

que contó con la sanción de Briand el 27 de agosto de 1928 y suscribieron quince naciones), alegando que nadie tenía derecho a poner trabas a su acelerado rearme o estremeterse en sus preparativos bélicos.

Cuando Stresemann estampó su firma bajo el Pacto Kellogg-Briand, tuvo la certeza de que Alemania no desencadenaría nunca más una guerra.

20. La "Action Française", un movimiento nacionalista y conservador, criticó las condiciones predominantes en Francia, y numerosos miembros de su organización colaboraron más tarde con el Gobierno Hitler. Hacia 1931, Hitler contaba ya con los beneficios que le aportaría su acción antisemítica en el extranjero. Él siempre supo orientar a favor suyo el antisemitismo y antimarxismo de las agrupaciones conservadoras y patrioteras. Solía elegir un destacado político socialista o judío y le declaraba culpable de la crisis económica, el paro y —según su opinión— de las engañosas tentativas pacifistas para desbaratar los planes alemanes de rearme. Calificó de traidores antipatriotas a aquellos políticos germanos que desarrollaban, en colaboración con el extranjero, una acción pacificadora y provechosa para Alemania. Hitler creyó poder ganarse la aprobación inglesa sobre su política internacional, porque Inglaterra, como la burguesía alemana, temía al bolchevismo. Atribuyó a Gran Bretaña en la política mundial el papel que había asignado a la burguesía en Alemania.

21. Hitler afirma —y dice saberlo a ciencia cierta— que los socialdemócratas hicieron el juego a los aliados en la Primera Guerra Mundial, pero en realidad sólo pretende desacreditarlos porque los conceptúa como el último baluarte de la República de Weimar. Las llamadas "revelaciones" del primer ministro canadiense, cuya publicación tuvo lugar por entonces, sirven a Hitler para demostrar su teoría de la puñalada trapera. Los ocasionales casos de espionaje acaecidos durante la Primera Guerra Mundial, deben ser imputables, según Hitler, a los socialdemócratas. Con esta inculpación pretende hacerse pasar por el salvador de una Alemania nacional.

22. El presidente Herbert Hoover propuso, con fecha 20-VI-1931, una moratoria para todos los pagos internacionales. Hitler mostró profundo respeto a este estadista. Tras la conquista del poder lo recibió con grandes honores; tuvo a Hoover y sus amigos por políticos germanófilos y bien dispuestos hacia él.

23. Hacia el verano de 1931, Hitler vio ya en Franklin Delano Roosevelt un político muy peligroso para la suerte de Alemania, aun cuando éste era solamente a la sazón gobernador del Estado de Nueva York. Ello es buena prueba de que conocía los pensamientos del gobernador sobre el nacionalsocialismo. "Roosevelt y sus seguidores políticos indicaron repetidas veces que el nacionalsocialismo entrañaría graves peligros para Alemania y Europa. Hitler vio inmediatamente en Roosevelt, Churchill y Blum tres políticos

de porvenir. Inscribió en la lista negra a todos cuantos se pronunciaron contra su Movimiento. Su jefe de Prensa, doctor Ernst (Putzi) Hanfstaengl, quien había sido condiscípulo universitario de Roosevelt, tenía gran amistad con la familia Churchill y frecuentaba los círculos influyentes de París, mantuvo la comunicación entre él y las esferas neoyorquinas, londinenses y parisienses.

24. No se refiere únicamente al cerco de Alemania como lo expresa en *Mein Kampf*; manifiesta sin vacilación que habrá un ajuste de cuentas con Rusia antes de que América pueda entremeterse en Europa. Como condición primordial, propuso ocupar militarmente todos los Estados orientales colindantes con Alemania. Aquí expone claramente las etapas futuras de su política anexionista en el Este. Tres días después de ocupar el poder, el 3 de febrero de 1933, Hitler visitó al general Hammerstein, y en el curso de la conversación le manifestó que su primer objetivo sería el rearme acelerado y la "germanización implacable" del Este. Así lo confirma la señora Helga Rossow, hija del general. El 28 de febrero de 1934 Hitler celebra el aniversario de su primer decreto ley y anuncia solemnemente en presencia de varios *gruppenführer* y generales, que ha decidido crear un ejército moderno y potente para conquistar nuevos espacios vitales.

Hitler emplea la expresión "Europa intermedia", que aparecía frecuentemente por entonces en las publicaciones periodísticas, para designar los países situados entre Alemania y la Unión Soviética, desde el mar Báltico hasta el Egeo. Los periodistas escribían que allí reinaba un caos étnico, económico y político, donde los alemanes estaban llamados a imponer el orden. El libro de Giselher Wirsing *Zwischeneuropa und die deutsche Zukunft* (La Europa intermedia y el futuro alemán) apareció en 1932.

25. Hitler se prometió grandes éxitos de su propaganda antisemítica en Inglaterra, Francia y otros países. Sin necesidad de difundir visiblemente el antisemitismo en Francia e Inglaterra, consiguió obtener de ambos países una tregua (1938) respecto a su política oriental. Por aquellas fechas poseyó el ejército más poderoso de Europa y pudo haberlo lanzado adelante en cualquier momento. Y no faltaron las provocaciones para "justificar" tal paso. El Pacto de Munich le dio carta blanca para cubrir la primera etapa hacia Checoslovaquia. Los ingleses vitorearon a Chamberlain, pues creyeron haber evitado una nueva guerra mundial. Cuando, seis meses después, Hitler ocupó Checoslovaquia y la convirtió en protectorado, se manifestaron las graves consecuencias de esta acción.

26. Hitler ha tomado la firme determinación de anexionar Austria por los medios más rápidos y concluir el programa de rearme en cinco años. Tres años después de la conquista del poder (1936) ocupa la zona desmilitarizada de Renania, en 1938 anexiona Austria y en 1939 desencadena la guerra. Tiene el convencimiento de poder poner todo el

territorio europeo bajo dominio alemán en su quincuagésimo cumpleaños.

27. Esas frases dejan entrever claramente que Hitler pensaba, ya antes de ocupar el poder, en imponer el trabajo forzoso a otros pueblos, fomentar la política racista y emplear abusivamente las estirpes germánicas para colonizar la Europa oriental.

28. Efectivamente, cuando Hitler alcanzó el poder elaboró un minucioso programa anti-Komintern que le aportó en último término el pacto tripartito (Italia-Japón-Alemania), al que se sumaron Hungría, Eslovaquia, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia en Europa, y Manchuria y Tailandia en Asia. Entretanto, se suscribió el concordato con el Vaticano y un pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética.

29. Lo que ocurrió un año después de la conquista del poder no fue la incorporación voluntaria de Austria, sino una intentona en Viena durante la cual se asesinó al canciller Dollfuss. Aquel mismo año, el rey Alejandro fue asesinado en Francia por unos terroristas fascistas, atentado en que también resultó muerto el ministro francés de Asuntos Exteriores, Louis Barthou.

30. Con esa alusión a los valores eternos, Hitler delata su excepcional demagogia. Él no fue capaz de comprenderlos ni de promover las tendencias humanísticas.

31. Hitler desarrolla aquí la parte más peligrosa de su ideología, porque resulta imperceptible para muchos. Con el "principio fundamental racista", Hitler destruyó el espíritu, le hizo enmudecer o le impuso la emigración. Siempre tuvo a flor de labios la palabra "Providencia". Goebbels y Hess decían, con unción religiosa, que el Führer era realmente un salvador y redentor enviado por Dios. Mientras viviese ese Mesías germánico, la nación alemana no sufriría menoscabo. Lo había mandado la Providencia para borrar el desdoro alemán. Para dar valor real y verismo a esa patraña propagandística, sus hombres de confianza escenificaron atentados que demostraran su invulnerabilidad, pues un poder superior le preservaba contra ataques alevosos y espíritus malignos. Se ordenó la movilización de incontables policías, abogados, jueces y periodistas para dar peso y espectacularidad a esa "propaganda activa": incendio del Reichstag, atentado ficticio cerca del monumento a Wagner en Munich (19-III-1933), golpe simulado contra Goering en Unter den Linden (21-III-1934), simulacro de asalto a la emisora de Gleiwitz (31-VIII-1939), y melodrama en la "Bürgerbräukeller" de Munich (8-XI-1939) sincronizado con el secuestro de los agentes secretos británicos en Venlo. Goerdeler hubo de proclamar desde su celda ante el pueblo alemán y el extranjero que el atentado frustrado de Stauffenberg contra el Führer era una prueba indefectible de que le protegía la Providencia porque así lo deseaba Dios.

32. Hitler decretó legalmente que el "Día de luto nacional" para honrar a los caídos en la guerra se transformara en "Día de los Héroes" y se celebrara cada año a partir del 27 de febrero de 1934. Aquella noche, el canciller Hitler, acompañado por Hindenburg, presidió una gran ceremonia en el palco de la Ópera. Por cierto, Hitler eligió el aniversario del incendio del Reichstag para proclamar esa ley. ¿Fue una decisión casual o deliberada? ¿Lo haría tal vez para celebrar el día de Schlieffen?

33. No fueron diez años, sino doce. Y durante ellos Hitler cometió, en nombre de la raza, tantos delitos como en todo un milenio de guerras pretéritas.

34. Hitler expuso en esta conversación sus fantásticas y desorbitadas ideas sobre el espacio vital. Sólo cabe añadir aquí que antes de la guerra había concebido ya diversos planes para colonizar el Este y el Oeste. Sus designios delictuosos (exterminar pueblos enteros de Europa) salen a relucir en el "Plan General Este" del Reichsführer SS Heinrich Himmler. Tras la ocupación de Francia, se instaló en París un Estado Mayor SS que debería trazar por el Loira la nueva línea étnica "nórdica". Se preveía una rápida germanización de la Francia septentrional, Holanda y Bélgica tan pronto como se alcanzase la victoria final.

35. Aunque Hitler mencione la Bretaña y Burgundia, no sugiere la formación de Estados duraderos. Lo hace solamente porque la dispersión étnica en todas las regiones continentales le facilitará la coacción política y la adopción de medidas sobre migración y colonización. Para justificar su "inflexible germanización", le bastó una mirada retrospectiva a las transmigraciones históricas de los godos y una leve alusión al descontento de las minorías europeas. La configuración del continente por los germanos es una idea que robó a Housten Stewart Chamberlain de su libro, *Fundamentos del siglo XX*. No se trata en modo alguno de un anacronismo, y no es cierto que Himmler y su plana mayor fueran quienes estudiaran exclusivamente la metamorfosis del continente. Hitler caviló sobre ese problema, como se desprende de su conversación con Breiting. Mediante diversos recursos políticos, Hitler pretende ganar la adhesión de Francia e Inglaterra a su orden. Si fracasa ese plan, sólo le parecerán factibles la guerra y el desmembramiento. Pero ello no significa que una capitulación de Londres y París ante su hegemonía totalitaria en Europa dejaría intactos los Imperios mundiales de Francia e Inglaterra. La capitulación sería sólo un paso más para establecer en Londres y París Gobiernos subsidiarios nazis. Tarde o temprano, Hitler habría emprendido la transformación total de Europa mediante una germanización brutal.

36. Las fechas tras el nombre del canciller Bach son un aditamento de Breiting, así como otras observaciones encerradas entre paréntesis. Georg Schönerer (1824-1921) fue un pangermanista y antisemita austríaco.

37. Hitler alude a las Órdenes de caballeros alemanes que conquistaron y colonizaron los países eslavos al este del Elba. El 3 de febrero de 1933, es decir, tres días después de ocupar el sillón cancilleresco, ya Hitler manifestó ante

oficiales del Ejército y la Marina: "Objetivo de la política general: recuperación del poder político..." Hitler habló de la lucha por nuevos mercados, pero observó con especial énfasis: "Tal vez fuera preferible conquistar nuevo espacio vital en el Este y someterlo a una germanización implacable" (según las anotaciones de Otto von Heydebreck, cuyo hermano asistió a esa conferencia).

38. Pressburg = Bratislava   Agram = Zagreb.

39. Hitler no se dejó desorientar por la benevolente actitud de ciertos círculos ingleses hacia su persona y su política. Observemos a este respecto que durante la Olimpíada de 1936, Hitler recibió de Lloyd Georges una fotografía con esta dedicatoria: "Al canciller Hitler en señal de admiración por su valor, su resolución y sus aptitudes para el caudillaje." Es ya proverbial la adoración de Diana Mosley y Unity Mitford por el caudillo germánico. Sir John Siddeley, un industrial británico, tuvo a Hitler por un buen amigo. Allá por el año 1932, Churchill se trasladó con toda su familia, y acompañado por el profesor Lindemann, a Munich para entrevistarse con Hitler. Sin embargo, Hitler se negó a recibirlo, no porque el político inglés careciese todavía de poder en su país, sino porque había formulado censuras contra su política antisemítica. Churchill y Lindemann fueron a Munich para tratar de influir sobre Hitler. Pero éste hizo esperar inútilmente a los ingleses en el "Hotel Regina"; no quiso hacer lo más mínimo para afianzar el prestigio de Churchill.

40. Edouard Herriot es por aquellas fechas una personalidad relevante del partido radical socialista. De Léon Blum se sabe muy poco en Alemania. Blum no es todavía el hombre del Frente Popular de 1936. Hitler ve en él un peligro, puesto que es de ascendencia judía. El partido socialista francés y, sobre todo, sus expertos en cuestiones alemanas, Salomon Grumbach y Georges Mandel —más tarde ministro del Interior— previenen varias veces a la opinión pública francesa contra los matices fascista y antisemita en la política de Hitler. La suerte final de esas personas demuestran el gran interés con que seguía Hitler los acontecimientos en Francia.

Georges Mandel fue arrestado en la Segunda Guerra Mundial y asesinado por colaboracionistas franceses; Hitler lo ordenó así para vengarse de su acción antinazi.

41. El 16 de julio de 1933 se firmó en Roma el pacto cuatripartito para "preservar la paz". Los asociados fueron Alemania, Italia, Inglaterra y Francia. Evidentemente, en aquel documento no constaron los planes de Hitler para la reestructuración de Europa.

42. El conde Alfred von Schlieffen (1833-1913) fue jefe del Estado Mayor prusiano desde 1891 hasta 1906. En su estudio técnico militar *Cannas* concibió un principio férreo: derrota total del adversario mediante rápidas maniobras envolventes y conducentes a su aniquilación. Tomando como fundamento esa idea, en el Estado Mayor Central se elaboró un plan para su aplicación, con las pertinentes modificaciones, en la arremetida contra Francia el año 1914.

43. Cuando el *Völkischen Beobachter* informó sobre el incendio del Reichstag el 28 de febrero de 1933, su redactor jefe Rosenberg estimó oportuno publicar un editorial inspirado por Hitler sobre el centenario del general Von Schlieffen. El 28 de febrero de 1934, Hitler celebró el centésimo primer aniversario del general Von Schlieffen ante numerosos oficiales superiores de la Reichswehr. En un discurso secreto anunció la creación de un ejército moderno y su decisión de proporcionar al pueblo alemán el necesario espacio vital en el Este.

44. Hitler fingió creer en la existencia de una central financiera judía que se oponía a la acción nacionalsocialista. En realidad tenía la convicción de que los judíos no aprobarían jamás su política ni sus aspiraciones totalitarias. Pensó que los restantes adversarios —socialdemócratas, cristianos y liberales— capitularían tan pronto como él excluyese el factor judío de los campos económico e intelectual. Por ello calificó deliberadamente de "lacayos" y "marionetas del judaísmo mundial" a todos los políticos europeos. Hasta el día de su muerte reiteró sin descanso esa engañosa simplificación. Incluso el 30-IV-1945, poco antes de ingerir la letal cápsula de cianuro, lo hizo constar por escrito en su testamento.

45. El Servicio de Información, fundado por Hitler tras la conquista del poder, se transformó, el año 1939, en Dirección General de Seguridad. Su 4.º Negociado, la Gestapo, tendió una tupida red de confidentes por el territorio nacional y el extranjero, llenó con "personas bajo custodia" las cárceles y los campos de concentración, eliminó adversarios políticos y raciales, y organizó, junto con el 6.º Negociado (espionaje extranjero), la quinta columna en diversos países. Secuestros, atentados y asesinatos fueron métodos habituales de esos funcionarios. Aparte de su plantilla fija de 7.000 miembros, la Dirección General de Seguridad daba ocupación a otros 70.000 empleados (Véase la nota 10, pág. 202). Todos esos individuos son los principales responsables de los horribles sucesos acaecidos en el pasado.

46. No se debe achacar a incoherencia el hecho de que Hitler mencione correlativamente el Plan Young, las andanzas de Schleicher y las inminentes elecciones presidenciales. Él sospecha, o sabe por algún informador, que Schleicher hace cuanto puede para paliar la presión francesa sobre Alemania. Puesto que Hitler necesitaba para su propaganda la crisis y las onerosas reparaciones, conceptuaba como enemigo y "traidor" a quien intentase atenuar o eliminar tales cargas. Además, sabe que Schleicher patrocina la reelección de Hindenburg, contra quien él mismo se propone presentar su candidatura.

47. El 13 de marzo de 1932, Hitler obtiene en la primera ronda de las elecciones presidenciales un 30,1 por

ciento; Hindenburg, un 49,6 por ciento; Thaelman, un 13,2 por ciento, y Düsterberg ("Cascos de Acero") un 6,8 por ciento. Hindenburg quedó muy decepcionado al comprobar que una gran parte de los intelectuales y la burguesía nacionalista habían votado por Hitler.

48. Octubre de 1931. Se reúnen en Harzburg los representantes de Hitler con Hjalmar Schacht, el general Von Seeckt y representantes de la Federación Agrícola y los "Cascos de Acero" para buscar el camino de la "reconciliación nacional". Cuando Hitler habla con Breiting menciona jactanciosamente las últimas elecciones de 1930, que le permitieron obtener 107 escaños en el Parlamento. En julio de 1932, envió 230 diputados al Reichstag. Ciertamente, no obtuvo quince millones de votos, como había profetizado a Breiting, pero sí 13,7 millones, equivalentes al 36,7 de los sufragios electorales. Los nacionalsocialistas fueron entonces el partido más poderoso, y Hindenburg no logró que se constituyera un Gobierno con mayoría parlamentaria. Así, pues, por el artículo 48, con su llamado decreto ley, se vio obligado a apoyar el Gobierno. Hitler fue el único que pudo ofrecerle una mayoría parlamentaria con los nacionales alemanes, evitándole así la incómoda posibilidad de pasar por un presidente autoritario.

49. No es anacrónica la mención de Von Papen, Hindenburg, Hugenberg y otros políticos conservadores; prueba más bien la sagacidad política de Hitler, quien un año y medio antes de alcanzar el poder hace figurar ya a esos hombres como cómplices. Quiere desmantelar la democracia valiéndose del anticomunismo y confrontar a los políticos mencionados con esta alternativa: comumismo o nacionalsocialismo. Lo que hará, en efecto, en los meses de enero y febrero de 1933. Hitler está muy bien informado sobre los asuntos internos de cada partido y conoce las tendencias políticas de los diversos personajes públicos. Vislumbra el importante papel que podría representar la Iglesia católica en su subida al poder; ve en el diputado de la Dieta prusiana y editor del periódico *Germania*, Von Papen, su futura mano derecha, que establecería enlace con los casinos señoriales, y por el mismo conducto con Hindenburg, amén del Vaticano. En enero de 1933, es Von Papen quien emprende negociaciones con Hindenburg, y Hitler es nombrado canciller. En la primavera de aquel año, Von Papen gestiona la firma de un concordato con el Vaticano. El 22 de julio de 1933, se suscribe el concordato entre el Tercer Reich y el Vaticano. Es de observar la exactitud con que se atiene Hitler a su "itinerario".

50. Se trata de *Mythos des 20. Jahrhunderts*, publicado el año 1930. Resulta interesante comprobar que Hitler no atribuye ninguna significación política a su colaborador ideológico, Rosenberg, quien sigue actuando como redactor jefe del *Völkischen Beobachter*. Ciertamente, Hitler no expresa su opinión para que Breiting la divulgue, sino porque ya en ese instante está persuadido de que, tarde o temprano, necesitará el ala derecha del Centro. Espera poder separar a Brüning del ala izquierda. Quiere hacerse con el Centro para promover su "renacimiento nacional" Por aquellos días, Von Papen no adivina todavía el singular papel que Hitler le reserva. Éste, sin embargo, sabe muy bien que Von Papen, Hugenberg y numerosos generales sueñan en una reforma constitucional o una monarquía. Hitler no hace nada para desanimarlos. Para él, sólo tiene importancia la formación de un frente anticomunista con ellos. Ni Brüning ni Von Papen asisten a la reunión nacional de Harzburg (otoño de 1931). En su libro *Sobre el fracaso de una democracia*, Von Papen opina que Brüning se equivó de papel al perder el tren del "Frente Harzburg". ¡Qué ingenua opinión! Hitler, táctico y político, se destaca ya considerablemente en 1931 de sus adversarios y sus futuros aliados. Hitler lo calculó todo con mucha anticipación, como lo demuestra el hecho de que en el verano de 1931 barrunte ya la capitulación del Centro y eche el ojo a un Concordato con el Vaticano. Sus manifestaciones ante Richard Breiting evidencian que no es improvisador, sino un calculador frío y perfectamente capacitado para hablar en cada caso como más le convenga con los participantes de sus conferencias secretas. La subida al poder no se le ofrece casualmente porque Hindenburg haya encomendado una misión a Von Papen, sino porque Hitler tiene previstas ya todas las etapas desde 1931 o quizás antes. Cuando sus compañeros de coalición intentan desplazarle a un segundo plano, no hacen más que poner de manifiesto su ingenuidad política. Sea como fuere, los acontecimientos han demostrado que todos ellos hicieron lo posible, ya fuera por razones oportunistas o "patrióticas", para destruir la República de Weimar y proclamar al dictador pardo césar del Tercer Reich. La conversación entre Hitler y Breiting es buena prueba de que "el Führer" midió bien sus pasos antes y después del asalto al poder.

Revela, asimismo, que muchos conocieron y aprobaron las maniobras de Hitler y le secundaron. Ello no se debió a su mirada "cautivadora" que fascinaba a la gente, sino a sus satánicos designios y su férrea voluntad.

51. El "programa de trasiegos humanos" expuesto aquí por Hitler, arrancó de sus hogares a millones y millones de adversarios y partidarios, "arios" y "no arios". Se estimó necesario aniquilar a millones de elementos "impuros" para garantizar la hegemonía germánica. Se proyectaron inmensos campos de concentración, centrales de castración y esterilización, así como cámaras de gas, algunas "muy capaces", como por ejemplo la de Auschwitz. La actividad de los expertos en eutanasia, los grupos de asalto, las cámaras de gas transportables y fijas, así como los experimentos sobre esterilización, representaron solamente las fases preliminares y mecánicas de una industrialización planeada a gran escala.

52. El capitán Ernst Roehm, que, tras el alzamiento

frustrado del año 1923 y la interdicción subsecuente de las formaciones paramilitares, había huido al extranjero, fue designado en 1930 jefe del Estado Mayor de las SA como amigo y confidente de Hitler. Hasta el Reichsführer SS Heinrich Himmler estuvo subordinado a él. En 1934, Hitler escenificó una provocación orientada contra Roehm y el general Schleicher. Acusó a ambos de fraguar un levantamiento. Para sujetar bien las riendas de Goering, el 21 de marzo de 1934 simuló un atentado contra su persona. Un pintor del campo contrario, Erwin Schulze, fue esta vez el encartado: se le acusó de haber arrojado una granada al Unter den Linden desde un tragaluz. Sea como fuere, la bomba de mano cayó sobre el automóvil de un magnate judío vienés. Los comisarios "interrogaron" a Schulze y le arrancaron una "confesión". Poco después, el acusado reconoció su culpabilidad. Antes, se había intentado obligarle a confesar que la granada la había recibido de la Reichswehr. Tras la sentencia, Hindenburg recibió un parte secreto en el que se le informaba confidencialmente que Schulze, pese a su declaración, sólo pudo haber recibido la granada de la Reichswehr, pues el pintor había sido cadete de la Academia militar y conocía el lanzamiento de granadas. Se citó, además, como testigos a buen número de antiguos condiscípulos y parientes. Sin embargo, se prefirió soslayar los cargos contra la Reichswehr para no desprestigiar al Estado dentro y fuera del país. Entretanto, la policía secreta gubernativa proseguía sus indagaciones. Cuando llegó el ajuste de cuentas con la oposición en el partido y en la Reichswehr (30 de junio de 1934), Schleicher y su esposa fueron asesinados el 30 de junio en Berlín, y Roehm el 1 de julio en Munich-Stadelheim. Hoy día, los antiguos dignatarios del Tercer Reich y los confidentes de Himmler en las SA intentan presentar aún esa provocación delictiva como si Hitler hubiera sido víctima de informes erróneos. Algunos osan incluso afirmar que existieron indicios demostrables de un alzamiento contra Hitler, y que las medidas del Führer estuvieron absolutamente justificadas.

53. Hitler impugnó, sólo por envidia, la política americana de gran potencia y la, aún incipiente, de Rusia, así como el colonialismo francés e inglés. Intentó justificar unos planes que habrían de superar todo aquello. No le preocupó la liberación del ruso "sojuzgado", ni hizo el menor esfuerzo para proporcionar mejores medios de subsistencia al pueblo alemán. En su Movimiento no hubo ninguna doctrina social. Los trabajadores fueron, simplemente, sometidos a una disciplina política, se requirió de ellos la forja de armas para conquistar el Occidente y el Oriente. Las fuentes de materias primas que tanto ansiaba Hitler, no tuvieron la finalidad de promover el nivel de vida, sino sus planes de conquista universal. Aquellas autopistas construidas tan aprisa fueron premisa necesaria para llevar a cabo la fulgurante guerra motorizada. Cinco años después de su

asalto al poder, Hitler poseía ya los más poderosos efectivos militares del mundo. La guerra podía comenzar.

54. Otto Braun: ministro presidente de Prusia. Karl Severing: ministro del Interior. Albert Grzesinski: jefe de Policía en Berlín.

55. Hitler alude con esta frase a un representante bávaro que exclamó en el Reichstag:

"¡Prefiero morir como bávaro que corromperme como prusiano!"

56. Hitler es un improvisador táctico, pero se mantiene siempre fiel a su estrategia. En la primera reunión ministerial, el 30 de enero de 1933, se manifiesta contra la prohibición del partido comunista. Su compañero de coalición, Hugenberg, prefiere la supresión del KP a las nuevas elecciones. Hitler insiste en celebrar esas elecciones, que le darán acceso libre hacia el poder absoluto. No desea pasar por policía de los burgueses, y encuentra un pretexto válido: él sólo quiere evitar la huelga general. Batirá a los comunistas en las elecciones, pues le respaldará la Reichswehr. Hugenberg capitula y acepta las elecciones. Sólo entonces se dispone la disolución del partido comunista.

57. Hitler no habla en vano; para él, los nombres históricos sólo tienen una significación simbólica y programática. El 4 de marzo de 1933, pronuncia en Koenigsberg su último discurso electoral. El 22 de marzo de 1933, en Postdam, se hace entronizar solemnemente como canciller por Hindenburg.

58. Justamente un año después de su subida al poder, el 30 de enero de 1934, crea la Administración centralizadora para toda Alemania mediante la equiparación de los diversos Estados federales.

59. Goebbels funda en Berlín el periódico del Partido *Angriff* (Ataque).

60. El Ministerio de Defensa tiene a su disposición veintiún regimientos de infantería, dieciocho de caballería, siete de artillería, varios batallones de ingenieros y un grupo de transmisiones.

61. Esta declaración demuestra que dos años antes de su advenimiento al poder, Hitler veía ya con claridad lo que sería algún día el campo de concentración. En lo que concierne a la transformación de la policía en instrumento de represión política, Hitler confió esa misión a Heinrich Müller, un funcionario de la Policía política bávara promovido más tarde a la jefatura de la Gestapo. Probablemente, Müller fue uno de aquellos funcionarios que mantuvieron contacto con Hitler antes de que éste llegara al poder.

62. Hitler se equivoca al citar esas cifras.

63. Aunque aborrece al Ejército "Negro", una vez en el poder pertrecha y adiestra durante todo un año, con el apoyo del Mando militar, a las organizaciones paramilitares.

64. El 1 de abril de 1931, el ex capitán Stennes, jefe de las SA berlinesas, se niega a obedecerle y rechaza sus

órdenes. Las SS berlinesas, bajo el mando de Kurt Daluege, someten a las rebeldes SA.

65. Una vez sofocado el "alzamiento Stennes", Hitler escribe una carta a Daluege en la que formula su famoso lema: Vuestro honor se llama lealtad.

66. De esta conversación se infiere que Hitler piensa organizar un poderoso Servicio Secreto. Precisamente en ese mismo verano encomienda al Reichsführer SS Heinrich Himmler la reforma del Servicio de Seguridad.

67. Hitler hace juegos malabares con frases estereotipadas y aprendidas de memoria, que repite palabra por palabra a la menor oportunidad. Estas frases e ideas aparecen particularmente en sus réplicas durante el debate parlamentario del 23-III-1933 sobre la ley de plenos poderes, cuando trata a los socialdemócratas de traidores y antipatriotas, haciéndoles responsables del descalabro militar en la Primera Guerra Mundial (teoría de la puñalada trapera).

68. Esa actitud hitlerina causa gran revuelo entre los mejores y más capaces cerebros judíos; después de la conquista del poder, muchos de ellos marchan al extranjero. Y no causan ninguna perturbación en territorio enemigo, sino todo lo contrario: ayudan a elaborar los instrumentos científicos y técnicos para destruir la maquinaria bélica nacionalsocialista.

69. Tras la usurpación del poder, Hitler da mayor amplitud a sus organizaciones paramilitares y políticas: Juventudes Hitlerianas, SA, SS, NSKK, Servicio de Trabajo, etcétera.

70. Hacia fines de 1931, Richard Breiting averigua que el confidente de Heydrich en Leipzig ha informado sobre el papel que él representó entre los nacionales alemanes contra el NSDAP. Apenas consumado el asalto al poder, el *Leipziger Neuesten Nachrichten* se ha puesto solícitamente al servicio de la coalición. Por último, hacia principios de 1934, se denuncia y persigue a Breiting como "lacayo de los judíos". Frank, Hess y Goerdeler le libran del inminente encarcelamiento. Sigue siendo redactor jefe del periódico, aunque sólo nominalmente, porque se quiere sacar provecho de sus numerosas relaciones.

71. El diálogo final entre Hitler y Breiting deja entrever claramente que Hitler conceptúa esta segunda visita como una toma de contacto con los nacionales alemanes. También parece sugerírselo el hecho de que Hitler esté bien informado sobre todo cuanto ocurre en Sajonia y en las capas superiores del estamento estatal. Efectivamente, Wilhelm Bünger (ex ministro presidente de Sajonia y amigo íntimo de Breiting) fue nombrado presidente del Tribunal Supremo del Reich el 20 de agosto de 1931. Dos años después, y por deseo expreso de Hitler, Wilhelm Bünger presidió el famoso proceso sobre el incendio del Reichstag, cuya vista duró desde el 21 de setiembre de 1933 hasta el 23 de diciembre del mismo año.

72. Cuando Hitler tomó la determinación de entrar con

su flamante Wehrmacht en Austria, creyó llegado el momento de anular a sus adversarios dentro del ejército, para asumir personalmente el mando supremo de las fuerzas armadas. Ordenó, pues, a Heydrich que se deshiciera del mariscal Blomberg y del capitán general Fritsch mediante provocaciones minuciosamente urdidas. Aún no se ha dicho todo ni mucho menos sobre esas maquinaciones contra Blomberg y Fritsch. Cuando se supo por Goering —quien como presidente del tribunal de honor no podía olvidar las intrigas fraguadas por Heydrich durante 1933 y 1934 en los forcejeos por conquistar la jefatura de la Policía secreta gubernativa— que Fritsch había sido víctima de los intrigantes Heydrich y Himmler, Hitler, presionado por algunos oficiales superiores, tuvo que despachar a Fritsch hacia Polonia como comandante del Regimiento de artillería N.º 12. No le convino —ni tampoco a su instrumento SS— la rehabilitación de semejante adversario. Así, pues, el 22 de agosto de 1939 el capitán general Fritsch hubo de caer por su Führer ante Varsovia. Muchos hablaron de suicidio. Hitler dispuso honras fúnebres oficiales, aunque no asistió a ellas. Desde aquel día, todo oficial superior temió ser "distinguido" con unas honras fúnebres oficiales. Es muy probable que Fritsch fuera liquidado como Rommel. Hitler no quería esos generales de la vieja escuela que se aferraban a su peculiar concepto de la administración militar en regiones ocupadas. Él necesitaba oficiales como el general Eduard Wagner, futuro intendente general, quien en virtud de su pacto con Heydrich, entregó a los verdugos SS la población civil de muchas regiones ocupadas. Fritsch no fue hombre capaz de acompañar a Himmler en su tren especial. Wagner, por el contrario, subió a ese tren y se vanaglorió de ello en su Diario íntimo. Los fatales disparos hechos contra Schleicher y Von Bredow así como la "muerte heroica" de Fritsch, debieron haber servido de aviso a Wagner y otros oportunistas. Wagner murió por causas desconocidas el 20 de julio de 1944. En un informe de Kaltenbrunner se dice que se suicidó. Tampoco se ha aclarado por completo esa misteriosa muerte. Según quiere la fama, muchos de los oficiales liquidados por Hitler eligieron la "muerte voluntaria".

Estudio anatómico sobre la demagogia y el espíritu destructivo de Adolf Hitler

Epílogo,
observaciones y elucidaciones
del doctor Edouard Calic

JURAMENTO DE LEGALIDAD GOLPE DE ESTADO — TIRANÍA EPÍLOGO DEL DOCTOR EDOUARD CALIC

En sus conversaciones con Richard Breiting, Hitler expuso planes y designios como jamás lo hiciera —por razones bien fundadas— en sus discursos destinados al pueblo. El redactor jefe tomó pocas veces la palabra, y cuando exteriorizó sus pensamientos lo hizo con suma reserva. Pero, según nos revelan sus observaciones finales, todo cuanto oyó le intranquilizó considerablemente.

La señora Emmy Breiting asegura que recuerda muy bien que cuando su marido regresó de la segunda visita a Munich, le dijo: «Si Hitler alcanza el poder acabará con todos nosotros.»

Richard Breiting se creyó obligado, según su compromiso con Hitler, a no publicar en la Prensa ningún detalle de aquellas conferencias. Sin embargo, se desprende claramente de su testamento que previno al entonces jefe de su partido, Dingeldey, y a los moderados elementos del grupo nacionalista alemán, Hugenberg y Oberfohren, y que envió copias fragmentarias de su estenograma a Herfurth, Goerdeler y Bürger. Ahora se nos ocurren estas preguntas: ¿Por qué pactó finalmente la derecha conservadora con Hitler, a pesar de esas sugerencias y advertencias encubiertas? ¿Qué consideraciones políticas les indujeron a ello? ¿Dónde anidaron las profundas razones que dejaron en tan buen lugar el cálculo de Hitler?

Hoy día no se oye hablar solamente de la capacidad demagógica de Hitler, sino también de esas facultades «demoníacas» que le permitían persuadir y fascinar a masas e individuos. Este argumento metafísico aparece emparejado con otro igualmente irracional: el fatal destino del pueblo alemán le hizo elegir a ese hombre como dictador en una situación extremadamente angustiosa y por una serie de fatídicas circunstancias. Con tal aseveración se intenta escamotear al mundo las verdaderas causas de la catástrofe en que se sumió el pueblo alemán. Para rebatir tales especulaciones se esgrime otro criterio especulativo según el cual Hitler, políticamente incapaz, enfermo y obsesionado por sus disparatadas ideas fijas, no pudo haber sido responsable en modo alguno. La responsabilidad corresponde al pueblo alemán, que con su «falta de instinto», educado para obedecer ciegamente e inclinado por naturaleza a la violencia y los extremismos, se hizo eco de aquellos políticos cuyas caóticas ideas propugnaban un ocaso de los dioses en nuestra tierra. Dos guerras mundiales han aportado pruebas de esa tesitura.

La primera tesis atribuye toda su responsabilidad a un infortunio metafísico y desea olvido. La segunda rememora tiempos pretéritos para formular acusaciones contra todo un pueblo y perpetuar la desconfianza hacia él. Sin embargo, ambas tesis son parciales e indefendibles y carecen de base científica. No prestan ningún servicio al pueblo alemán ni a la fraternidad entre los pueblos del mundo.

El análisis objetivo del período decisivo, es decir, entre 1930 y 1933, pone de manifiesto que Hitler no fue un espectro dotado de fuerzas sobrenaturales y que el pueblo alemán, no obstante su demagogia y las circunstancias propicias a esa demagogia, mostró poseer una medida nada despreciable de instinto político y madurez política, por lo menos mientras vivió en circunstancias normales y sus jefes políticos pudieron desenvolverse sin cortapisas.

En las dos conversaciones se entrevé que Hitler concibió sus planes mediante la regla de cálculo. Esperó formar una coalición con la «oposición nacionalista», o, mejor dicho, con el partido populista de alemanes nacionales; y, precisamente, se adueñó del poder gracias a esa coalición. Tal como predijo en su entrevista con Richard Breiting, cuando emprendió su marcha hacia el poder, recibió gran ayuda de la industria y una parte del generalato. A fines del año 1932 empleó ficticios reclamos anticomunistas para confrontar a la burguesía con esta alternativa: «bolchevismo o nacionalsocialismo.» Quienes osaron refutar una disyuntiva tan artificiosa, basándose en que los comunistas sólo contaban con la octava parte del electorado, fueron calificados de traidores de lesa patria. La alternativa «bolchevismo o nacionalsocialismo» se orientó en primer lugar contra el partido del Centro y los socialdemócratas. Estuvo concebida para desautorizar a ésos y otros partidos demócratas, y socavar así la República de Weimar.

Brüning, canciller desde 1930, gobernó sin el partido socialdemócrata pero echando mano de los decretos leyes, una práctica que por razones políticas y jurídicas no desagradaba ni mucho menos a Hitler. Más bien le allanó el camino para el desmantelamiento definitivo de la coalición «roja y negra» que aún se mantenía firme en la Dieta prusiana. También le proporcionó los fundamentos de su usurpación «legal», que sería así factible sin el asenso del pueblo ni del Parlamento[1].

Desde 1923 hasta 1929, el gran estadista Stresemann había llevado a cabo una política que dio autoridad y prestigio a su país dentro y fuera de las fronteras alemanas. Sin embargo, no fue sólo Hitler quien rechazó ese método gubernamental, sino también muchos miembros de los círculos conservadores. En octubre de 1925, Stresemann suscribió el Tratado de Locarno (Alemania-Francia-Inglaterra-Bélgica-Italia), que establecía las fronteras occidentales y prescribía garantías de seguridad. En abril de 1926 firmó un pacto de amistad con Rusia[2]. En setiembre de 1926 el éxito coronó sus esfuerzos: quedó firmada y sellada la reconciliación con Francia. Briand aprovechó tal ocasión para decir que «fusiles y cañones serían remplazados por conciliación y paz». Stresemann fue el primero en aplaudir la política

europeísta de Briand, abogó por la colaboración económica entre Francia y Alemania y promovió el desarme general. En agosto de 1928, suscribió la proscripción de la guerra con el Pacto Kellogg, pero su muerte prematura le impidió proseguir el camino emprendido en la política alemana.

Pese a los éxitos de Stresemann, los conservadores no aprobaron nunca su política «contemporizadora». Se formó un verdadero frente contra él cuando, pocos meses antes de su muerte, aceptó el Pacto Young, que reducía las reparaciones y limitaba —desde luego a largo plazo— la ocupación de Renania. Hugenberg e Hitler, secundados por una iniciativa plebiscitaria del «frente de Unidad Nacional», se revolvieron contra el Plan Young, contra la «esclavización del pueblo alemán» mediante onerosas reparaciones, y pretendieron impugnar la firma del convenio ante los tribunales. Aquel referéndum alcanzado con una cantidad mínima de votantes fue un lamentable fracaso: sólo 5,8 millones de votos. Pero Hitler había hallado una primera conexión para planear la usurpación.

Cuando, tras varios años de agitación, Hitler consiguió casi 6,5 millones de votos en las elecciones de setiembre de 1930, fue suficientemente realista para reconocer que el tiempo no había madurado todavía para el asalto al poder. Barruntó que tal vez no lograría jamás incorporar los «votos nacionalistas» al NSDAP y que, si quería alcanzar su objetivo, debería ganarse, como asociada provisional, a la gran burguesía conservadora.

Esos proyectos requirieron la aquiescencia de los periódicos burgueses, y en el marco de tales gestiones tuvieron lugar las entrevistas con Richard Breiting. Éstas formaron parte de un plan táctico cuya ejecución se caracterizó por una gran tenacidad.

Cuando Hitler desencadenó el asalto contra la Prensa burguesa, argumentó a este tenor: el NSDAP, con sus seis millones y medio de electores, es el segundo partido del país. La crisis económica empujará a más y más ciudadanos hacia los brazos del comunismo a medida que se vayan cerrando las salidas. La única salida viable es el

NSDAP, que ofrecerá unas «condiciones saludables».

Aquellos que tuvieron la misión de tratar de reflejar los pensamientos hitlerianos en los grandes diarios, procedieron con cautelosa táctica. Afirmaron que se debía mantener contacto con el jefe del NSDAP para establecer la debida divisoria entre los elementos sanos de su Movimiento y los extremistas propugnadores de absurdos planes económicos. El corresponsal del *Deutschen Allgemeinen Zeitung* en Munich escribió, el 10 de octubre de 1930, que el NSDAP podía evolucionar todavía, que no había definido aún su programa económico y que, pese a la actitud refractaria de la burguesía, el «enemigo mortal del comunismo ganaba ascendiente». Además, convendría «asociarse con un hombre tan enérgico y entusiasta como Hitler para mejorar las condiciones existentes»[3].

Una carta de Bernhard, director del «Darmstädter und National-Bank», refleja la atmósfera reinante tras las elecciones de 1930. Dirigiéndose por escrito a un amigo, Bernhard opinaba que los nacionalsocialistas «podrían contribuir no poco a despejar las dificultades internas». Con todo, proseguía, convendría suprimir algunas «impurezas económicas» en el NSDAP. (Carta a Fritz Klein, 17 de noviembre de 1930.) Bernhard creyó que era «disparatado» asignar demasiada importancia al antisemitismo de Hitler; pues «los propios judíos son culpables de ese antisemitismo». Bernhard consideró que «sólo ciertas gentes como los colaboradores del *Weltbühne* —habla Carl von Ossietzky— podían sentirse afectadas por dicho antisemitismo». Ya entonces, su alternativa rezaba así: «Elementos valiosos del NSDAP» o «dominio de un caciquismo que sólo suscitaba repugnancia...», aludiéndose aquí, sobre todo, a la democracia social. El 1 de diciembre de 1930 el *DAZ* logró publicar un editorial sobre el tema «Dimisión de un sistema»..., concretamente el parlamentarismo. Este gran periódico, orientador de la opinión pública alemana. imprimió largos pasajes de *Mein Kampf* y tituló esa columna: «Aportación informativa.» Además, se generalizaron las opiniones del general Von Seeckt y del banque-

ro Hjalmar Schacht, quienes abogaron por un Gobierno con Hitler.

Cuando Richard Breiting tomó asiento ante Hitler sabía ya que Brandi, miembro del partido populista alemán, había criticado duramente la política internacional del ministro de Asuntos Exteriores Curtius; pues Brandi veía en Curtius un promotor de la política contemporizadora que se atenía al cumplimiento de las obligaciones contraídas por Alemania con el extranjero; en cambio, Hitler exigía la inmediata suspensión de los pagos por reparaciones. Breiting había averiguado, asimismo, que Dingeldey, jefe de su partido, estimaba aceptable gobernar sin Parlamento en determinadas circunstancias, y que el círculo de Von Papen propugnaba una urgente reforma constitucional. Entretanto, la «oposición nacionalista» ejercía cada vez más presión sobre Hindenburg: Curtius, Treviranus, Wirth, Schiele y Dietrich exhortaban con creciente énfasis a actuar desde el Gobierno. Tras las candilejas, esa campaña recibía incesantemente nuevo impulso de Hitler y Goering. El capitán de aviación Hermann Goering suplicaba a Hindenburg que suspendiera las hostilidades contra su partido —que representaba, con todo, seis millones y medio de votos electorales— y le asignara un puesto adecuado en la maquinaria estatal. Hugenberg, jefe de los nacionalistas alemanes, opinaba que «un Gobierno dictatorial debería contar también con el apoyo del pueblo». No es de extrañar, pues, que el gran industrial Kirdorf recibiera en su mansión rural a Hitler y cuarenta representantes de las grandes empresas. Tres meses después de la conversación entre Hitler y Breiting, el 10 de setiembre de 1931, se reunieron Brandi, Vögler, Thyssen y otros para conferenciar con Hitler en la «Kaiserhof» berlinesa. Se distinguió como animador de esa reunión Otto Dietrich, el mismo Dietrich que concertara la entrevista de Breiting y Hitler. Exactamente un mes después, los corifeos de la «oposición nacionalista» (nacionales alemanes, Cascos de Acero y también Brandi del DVP) encontraron a Hitler en Harzburg. Entonces se constituyó el «frente Harzburg», con lo cual Hitler dejó atrás una importante etapa de su camino hacia el poder.

Es indudable que Hitler no exteriorizó únicamente su pensamiento ante Breiting, sino también ante otros representantes selectos de la burguesía alemana. Desgraciadamente, no poseemos apuntes sobre tales manifestaciones. Así, pues, el estenograma de Breiting cierra una brecha en nuestro conocimiento de la táctica hitleriana frente a los conservadores, cuyas voluntades se quería ganar para emplearlos como bestias de tiro, aunque en el fondo sólo le inspirasen desprecio. Sin duda, Hitler esgrimió siempre los mismos argumentos, ya se dirigiese a un oficial, un industrial o un periodista, y su conversación, pródiga en monólogos, se adaptó siempre a la posición jerárquica de su eventual interlocutor.

Las manifestaciones de Hitler ante Breiting dejan entrever con cuánta amplitud revelaba Hitler sus planes y designios a los futuros asociados en la coalición. Éstos no obraron, pues, sin conocimiento de lo que se les venía encima. Todos ellos dispusieron de informes suficientes y fidedignos.

A decir verdad, los pensamientos hitlerianos encontraron eco en muchos círculos, y en esto residió precisamente la gran tragedia del pueblo alemán; pues las fuerzas conservadoras, por ejemplo, no quisieron reconocer las deudas de guerra ni aceptar la derrota en el primer conflicto mundial como un desenlace militar definitivo; asimismo, muchos ex combatientes, de los millones que regresaron del frente, interpretaron el Tratado de Versalles, la ocupación de Renania y el Ruhr, las reparaciones y la limitación de efectivos militares como una vergüenza nacional. Los círculos derechistas no aprobaron jamás la Constitución de Weimar y ejercieron continua presión para una reforma constitucional y del sistema electoral. Les repugnó apoyar la política defensiva de Stresemann y compartir con el Centro y los socialdemócratas la responsablidad por la política gubernamental. Consideraron indigno de su prestigio nacional buscar junto con el SPD una solución para los problemas estatales.

Evidentemente, Hitler tuvo suficiente sagacidad para diferenciar en sus comunicaciones «confidenciales» a los interlocutores elegidos y la exposición de su programa ante el pueblo alemán y los ex-

tranjeros. Precisamente por eso Breiting hubo de comprometerse a no publicar la conversación como una entrevista de Prensa. La alusión a una probable pérdida de anuncios fue sólo un señuelo. Hitler se preocupó muy poco por el periódico. Nada le hubiera desagradado tanto como una publicación donde se revelase lo que ocultaban sus propósitos y proyectos, lo que se escondía tras la máscara de ciertas frases como «honor y paz» o «trabajo y pan».

El llamamiento de Hitler a las multitudinarias masas populares le obligó incluso a hacerse pasar por socialista y prometer «medidas socialistas».[4] Únicamente los iniciados como Breiting pudieron comprobar cuán indiferentes le eran esos puntos de su programa. Hitler vio las elecciones y el ascendiente sobre las masas como una especie de roturación rutinaria. «Un estadista debe desbrozar año tras año su pueblo, tal como un labrador sus campos» (16 de octubre de 1932). Sin embargo nunca esperó, según se desprende de la conversación con Breiting, que el trabajador votase a su favor mientras existiesen los partidos socialdemócrata y comunista. Ciertamente, él repitió sin cesar que el Tercer Reich[5] no debía ser fundado por príncipes sino por el pueblo. Ahora bien, él entendía por «pueblo» su propia persona, o, si acaso, lo que se proponía hacer del pueblo.

Creyéndose un genio de la Historia, llamado a transformar el pueblo y el mundo, figuró entre los «individuos de importancia universal» que no estimaron oportuno hacerse reflexiones morales ni jurídicas antes de obrar.[6] Grandes conquistadores como Aníbal, Alejandro Magno, César, Gengis Kan o Napoleón no habrían pensado jamás en exponer sus razones ante alguien antes de tomar una determinación. Ahora bien, sólo se podrían adoptar resoluciones de trascendencia internacional cuando Hitler ocupase finalmente el poder.

Aunque calculó con acierto las condiciones políticas internas para el despliegue de su poder, se equivocó totalmente cuando predijo las probables reacciones internacionales. En ese punto de su exposición tampoco logró convencer a Breiting. El redactor jefe del gran periódico alemán, mejor conocedor del extranjero que Hitler, no cedió ni un

ápice; pero Hitler atribuyó las objeciones de Breiting al pesimismo. Sin embargo, ello no mermó el respeto que inspiraban a Breiting las dotes retóricas de Hitler, pues éste poseyó gran talento para la oratoria y la organización.[7] Fue iniciador intelectual y motor del NSDAP; sostuvo desde el principio para el futuro Führer un «Movimiento» germánico universalista por encima de los partidos.

Cuando Hitler descubrió sus planes ante Breiting, los partidos veían ya en el caudillo de ese «Movimiento» al hombre con el que deberían colaborar algún día. Muchos compartían su diagnosis sobre la República de Weimar: según él, ésta se había desprestigiado y estaba agonizando. No fue, en primer lugar, el peligro comunista a causa del cual se formara, en octubre de 1931, el «frente de Harzburgo»; no, fue el pensamiento sobre la herencia que todos se prometían con el legado de la moribunda República. Aunque casi todos se daban cuenta del peligro que entrañaba la política hitleriana de «todo o nada» («¡Exijo una sumisión total!»), se confiaba en que el hombre hubiese exagerado sus exigencias para ganar votos electorales, y atenuara sus desmedidos planes al enfrentarse con la realidad. Si Hitler se propusiera arrebatar el poder por la «vía legal» —y en verdad ésa era la única vía factible—, tomaría en consideración la voluntad de sus asociados gubernamentales. Hitler sabía que si invocase una vez y otra la repetida «vía legal», conseguiría tranquilizar a sus asociados. Ante Breiting, mencionó incluso una reconciliación con la burguesía. Esa actitud aquiescente nació de un cálculo muy realista de sus fuerzas en el verano de 1931.

Por una parte, él no era todavía ciudadano alemán, y el Gobierno bávaro tampoco tenía el menor propósito de mostrarle tanta condescendencia; por otra parte, él sabía que no era tan sencillo proceder contra un apátrida que había combatido como voluntario en la Primera Guerra Mundial ganando la EK II * el año 1914 y la EK I ** el año 1918. Además, podía vanagloriarse de representar a seis millones y medio de electores.

* Cruz de Hierro de 2.ª clase.
** Cruz de Hierro de 1.ª clase.

Pero se le conceptuaba un arribista con un programa difuso.

La Prensa burguesa se mantuvo a la expectativa. Ni Hindenburg ni la Reichswehr sentían el menor deseo de apoyarle. Y, sobre todo, su organización no había alcanzado aún la fase en que se pudiera lanzar con éxito el asalto definitivo. El 1 de enero de 1931, Hitler disponía solamente de unos cien mil militantes SA y SS; al llegar las elecciones de setiembre, su partido no tenía más de 293.000 afiliados. Sin embargo, el 1 de enero de 1932, seis meses después de su conversación con Breiting, las SA y SS contaban con 300.000 hombres, y el partido con 800.000 miembros[8].

¿Qué había sucedido? ¿De dónde llegó esa riada parda?

En primer plano descollaba por entonces la crisis económica, que había saltado de América a Alemania. Por tanto, se hacía sentir más todavía la carga de esas reparaciones que Hitler empleaba como argumento contundente en beneficio propio. La fracción socialdemócrata formuló severas críticas contra los dispendios sobre política defensiva cuando el Gobierno concedió un crédito para el acorazado «A». Pero ni el funcionario, ni el pequeño burgués, ni el trabajador parado quisieron interpretarlo como una contribución a la solución de la crisis. El aumento de la cuota para el seguro de paro, solicitado por el SPD, tampoco pareció el mejor modo de sortear las dificultades. El SPD no logró reforzar sus posiciones cuando poco después (1930), se pasó a la oposición para congraciarse con los descontentos. La formación del Gobierno Brüning, que como Gabinete de minorías recurrió al método autoritario, fue conceptuado como una institución transitoria que no podía ni debía durar mucho tiempo. Pese a las medidas ahorrativas (entre otras, reducir el sueldo del funcionario) y los decretos leyes sustentados por el artículo constitucional sobre el estado de excepción, Brüning tampoco consiguió corregir el rumbo emprendido. Se le llamó el «canciller del hambre» y, mientras tanto, el paro siguió causando estragos. Tanto los pequeños burgueses y burócratas como los trabajadores parados sacaron de ello las inevitables consecuencias.

Aunque hacia 1932 se había alcanzado casi el número máximo de afiliados que Hitler había previsto para las inminentes escaramuzas callejeras en pos de su objetivo, el partido no disponía aún del mecanismo ni del servicio secreto indispensables para asumir el poder. Hitler quiso influir sobre la Prensa y vitalizar sus propios periódicos. Además, intentó sentar pie en la Reichswehr, la Industria, la universidad y la policía. Para todo ello necesitaba tiempo y dinero, tal como confesó a Breiting. Asimismo, había de mostrarse cauteloso en su actuación ante el extranjero. Era preciso evitar que los ingleses recelaran. Italia aprobaría su política, eso podía darse por seguro. «En un futuro previsible, sólo habrán dos aliados europeos de Alemania: Inglaterra e Italia» *(Mein Kampf)*.

Según Hitler, la política francesa estaba impregnada de odio y seguía el dictado de los judíos; por ello no esperaba ninguna aprobación de ese vecino. Pero él creía poder descartar a la opinión pública francesa.

En el curso del año 1932, el jefe nacionalsocialista continuó organizando sus Secciones de Asalto, su servicio secreto y su «quinta columna». Los frutos no se hicieron esperar; Himmler y Heydrich le permitieron escudriñar la policía, la Reichswehr, la industria, la Prensa y el círculo presidencial del Reich. Hitler llegó a la conclusión de que la burguesía estaba integrada por diversos grupos, cada uno de los cuales defendía tenazmente sus posiciones e intereses. Así, pues, la infiltración que él efectuó en distintas esferas sociales tuvo por objeto prometerles garantías y posibilidad para un futuro desarrollo. «La Jefatura NSDAP del Reich no debe ser promovida bajo ningún concepto a la condición de una entidad neutra», aseguraba Hitler a sus futuros compañeros de coalición. Revelantes personalidades de la «concentración nacional» deberían ocupar altas posiciones para ser los «verdaderos amos» de sus respectivos ámbitos y restablecer de una vez el orden estatal mediante la autoridad gubernativa y sus puestos en el Gobierno. Esto significó, en otras palabras, que los ministros del Reich no dependerían de los dirigentes de los partidos po-

líticos. Ese Gobierno debería estar facultado para ejercer el poder durante por lo menos un año, sin que perturbaran su labor las interpelaciones parlamentarias o del partido. Ciertamente, Hitler aseguró a Von Papen, el 28 de enero de 1933, que se darían todos los pasos en el terreno legal y dentro del marco constitucional; entretanto, no había pensado siquiera en ceder durante mucho tiempo los ministerios del Reich a quienes les había sido impuesta la dimisión, y menos todavía restablecer su autoridad en el país. Para él, ellos fueron el caballo de madera que lo llevaría hasta Troya y de cuya panza saldría por sorpresa. El obsequio que hizo a los jefes del partido burgués fue en realidad un barril de pólvora. Hitler pudo asumir sin inquietud los deberes inherentes a una entronización legal y tomar en consideración la voluntad popular, pues sabía ya que tendría bajo su mando los más importantes resortes estatales, el Ministerio de la Gobernación y la Policía prusiana, que su organización adquiriría la necesaria potencia y combatividad, que una provocación desmedida le serviría como pretexto para un golpe de Estado y favorecería sus aspiraciones al poder absoluto[9].

Hoy, algunos intelectuales sugieren todavía la posibilidad de que Hitler no necesitara para nada el incendio del Reichstag, puesto que detentaba ya el poder. Si se hubiese propuesto realmente dar un golpe de Estado, lo habría escenificado antes de adueñarse del poder. Sin embargo, este punto de vista es erróneo; pues Hitler no quiso ni pudo lanzar un asalto contra Hindenburg, ni la Reichswehr, ni el Estado, ni las masas siquiera que, por cierto, se hallaban todavía bajo el influjo de sus jefes de partido.

Hitler quiso probar más bien, que era un asociado digno de las autoridades dominantes. Entre éstas predominaba la Reichwehr; figuraba como factor ordenador por su contribución al allanamiento de la crisis. Su auge se hizo particularmente perceptible en 1925, después de que Hindenburg fuera elegido para la Presidencia del Reich. Así se tendieron estrechos lazos entre las asociaciones derechistas, como los «Cascos de Acero», y la Reichswehr. El 16 de diciembre de 1926,

Philipp Scheidemann (SPD) denunció ya las maquinaciones de los elementos reaccionarios de la Reichswehr que intentaban desvirtuar los buenos oficios de Stresemann y su política. Cuando, el 18 de setiembre de 1928, se inauguró el monumento a Tannenberg, se desataron las protestas. El «Reichsbanner», una organización socialdemócrata, negó su asistencia al solemne acto porque también estaría presente Ludendorff. Hindenburg pronunció una arenga patriótica. En el curso de aquel año se elevaron voces acusando a la Reichswehr de ser un Estado dentro del Estado. Hitler tomó buena nota. Por esa misma razón se deshizo en alabanzas siempre que habló de la Reichswehr como un todo. Naturalmente, no le pasó inadvertida la rivalidad entre los generales. Pretextando el deseo de proteger a la Reichswehr contra los ataques políticos, censuró acerbamente los escasos créditos concedidos para la defensa y repitió varias veces que pondría sus formaciones paramilitares a disposición de la defensa nacional. Numerosos oficiales colaboraron con los expertos estrategas de Hitler para preparar un estudio, en el que se demostrara que no sería posible garantizar la paz ni las fronteras del país mientras no se incluyesen las unidades voluntarias en los planes de movilización general. Entonces cobró incremento la llamada instrucción premilitar, y Roehm tomó contacto, siempre que le fue posible, con los generales. Por ese conducto Hitler intentó hacer participar a una parte de sus hombres en «los ranchos del ejército», encuadrar a su gente en el dispositivo defensivo y ganarse a la Reichswehr como copartícipe activo de sus ambiciosas aspiraciones.

Se percibió claramente cuánta importancia atribuía Hitler a la Reichswehr cuando, en el año 1932, exigió la disolución del Reichstag, y el 4 de junio de 1932 se entrevistó con el general Schleicher para entregarle una Memoria en la que subrayaba que la reposición del Reichstag no respondía ya a la voluntad popular, y la situación del momento sólo podía beneficiar a los comunistas. El 5 de junio de 1932, Hindenburg firmó el decreto de disolución. Hitler había sabido de antemano a quién le convenía recurrir para imponer su

voluntad. Con todo, no se premió, ni mucho menos, la buena disposición de Schleicher.

Por aquellas fechas, algunos oficiales hicieron propaganda en la Reichswehr a favor del rearme y del «Ejército Negro». El teniente coronel Ort, confidente de Schleicher y uno de los propagandistas más activos, fue recompensado por Hitler después de 1933. Hizo carrera como experto de información militar, llegando a ocupar la Embajada en el Japón; sin embargo, su pasión por los asuntos arcanos del Reich le cegó de tal forma que se confió en el agente soviético Sorge y le reveló todos los secretos [10].

No sólo benefició a Hitler la caída del Gobierno Brüning, sino también la formación del Gabinete Von Papen. Sus propagandistas encubiertos difundieron el rumor de que los ministros serían nombrados con el consenso de Hitler y que conservarían sus cargos solamente hasta la disolución del Reichstag y la convocatoria de nuevas elecciones. Luego se constituiría un nuevo Gobierno, cuyo única base la constituiría la mayoría absoluta del NSDAP y de los nacionales alemanes. Pronto se evidenciaría que Hitler tenía razón: efectivamente, se disolvió el Reichstag. Las elecciones convocadas para el 31 de julio de 1932 se caracterizaron por la principal consigna de esa campaña electoral: ¡Unidad nacional frente a ruina nacional!

En su llamamiento, Hitler achacó la manifiesta «prevaricación» al partido del Centro y a los socialdemócratas, porque ambos habían alterado el reglamento para la elección del ministro presidente en la Dieta prusiana. El 24 abril de 1932, los partidos Centro y SPD decidieron subordinar el nombramiento del ministro presidente prusiano a la mayoría absoluta. Con anterioridad, bastaba la simple mayoría para ser elegido presidente. Con esta innovación desaparecieron las ventajas que el antiguo reglamento proporcionaba al partido más fuerte. Entonces, los nacionalsocialistas acusaron al Frente rojo y negro de desencadenar, mediante «persecuciones e imposiciones» contra el NSDAP, la bancarrota de la «economía provisoria» que había conseguido mantenerse durante catorce años. ¡Pero la «divina Providencia» se ocuparía de que Hitler y sus amigos obtuvieran la mayoría absoluta y, el 1 de agosto de 1932, formaran un nuevo Gobierno!

Ante la necesidad de preparar el cuerpo electoral para la jornada decisiva, Hitler decidió ofrecer a los electores una comedia impresionante. Goebbels y Goering tuvieron una idea: ¿Por qué no organizar para el Führer un «vuelo de la libertad sobre Alemania» coincidiendo con las tentativas de los elementos SA y SS para provocar altercados? Así, pues, el Führer voló de ciudad en ciudad con su aparato «D-1720» y demostró estar a la altura de los últimos adelantos técnicos. Sobre algunas poblaciones representó auténticos espectáculos de aviación, se hizo escoltar por las avionetas deportivas de algunos industriales, inspeccionó los aparatos más modernos, subió al gigantesco hidroavión «Dornier X» en Warnemünde, y la fotografía que se tomó con tal motivo fue publicada por todos los periódicos.

Para los espectadores de Bremen, que le aguardaban impacientes en el estadio de Weser, escenificó una representación especial: a bordo de su aparato, brillantemente iluminado, trazó grandes rizos en el cielo oscurecido del anochecer. Evidentemente, con esos luminosos signos celestes quiso comunicar al público que Dios había otorgado a los alemanes el don de elaborar la técnica hasta su máxima perfección y por ello ÉL estaba llamado, cual un segundo Mesías, a presentarles el producto de sus incomparables conocimientos. Hitler reiteró en sus discursos que no buscaba un escaño parlamentario ni una cartera ministerial, sino el honor y la paz, el trabajo y el pan de los ciudadanos alemanes. Por otra parte, procuró congraciarse con los intelectuales, proclamando que «la protección del intelecto es premisa indispensable para luchar contra la decadencia y el desmoronamiento del Reich». Y agregó: «Los logros científicos del genio alemán fueron explotados en interés del mundo financiero judío.» Pero, bajo su caudillaje, se pondría término a esa situación. «Condiciones imprescindibles son la reorganización de nuestra entidad nacional y la conservación de nuestra raza.» [11] Hitler prometió poner las máquinas al servicio de la paz y del trabajo coti-

diano. Pero, cuando los técnicos y obreros alemanes hubieron erigido el poderoso complejo de fabricación en serie, Goering vociferó: «¡Primero cañones, luego mantequilla!»

Un Hitler empeñado en conseguir pan y trabajo para todos había de hacerse simpático a los electores. Sus «vuelos por la libertad» le caracterizaron como un político adepto a todo lo moderno y lo técnico. Entretanto, los agitadores de Goebbels representaron su papel tejiendo leyendas sobre el Führer; uno relató, por ejemplo, que al fallar los mecanismos de orientación en su aparato, Hitler indicó intuitivamente el rumbo al piloto y evitó así el catastrófico final del avión y su tripulación. Todo cuanto Hitler no pudo decir directamente a las masas humanas por habérsele escamoteado la radiodifusión, como él lo expresaba, quedó registrado en un disco fonográfico, el primero que hizo grabar por cientos de millares y cuya distribución entre ciudades y comarcas rurales donde no había podido hacer acto de presencia corrió a cargo de sus agitadores. Técnicos del partido difundieron, mediante altavoces, el famoso «llamamiento a la nación». Las gentes tuvieron la impresión de que se estaba cometiendo una injusticia con el NSDAP al negársele el derecho a hacer uso de la radiodifusión. En uno de sus discos fonográficos, Hitler proclamó que luchaba contra la dispersión del país y sólo perseguía un objetivo: la formación de una comunidad nacional, en oposición al propósito de las finanzas internacionales que pretendían dividir al pueblo alemán. También se proponía aunar el nacionalismo y el socialismo. «En noviembre de 1918, ellos prometieron solemnemente conducir a nuestro pueblo y, sobre todo a los trabajadores alemanes, hacia un futuro económico más próspero. Hoy, transcurridos ya cerca de catorce años —un período suficiente para el cumplimiento de sus promesas—, no pueden presentar ni un solo profesional alemán que dé fe de sus buenos propósitos y acciones. El campesino alemán perece de hambre, la clase media se arruina, las esperanzas de muchos millones se disipan, una tercera parte de alemanes y alemanas empeñados en la lucha por la vida continúan sin trabajo y, consecuentemente, sin ingresos...»

Los discursos que hizo grabar en el estudio contenían toda clase de artimañas retóricas; allí juraba a la clase media, los campesinos, intelectuales, católicos y protestantes que se comprometería por el futuro de Alemania sin hacer distinciones entre clases sociales, profesiones y confesiones. En ocasiones, su voz gramofónica cobraba acentos irónicos: «Al parecer, la clase media soslayaría el aniquilamiento mediante los partidos de su clase, y la economía mediante los partidos socioeconómicos. Los católicos deberían buscar refugio en el Centro, y los protestantes en el servicio nacional cristiano-social. Sí..., y en última instancia los caseros tendrían su propia representación, tanto como los inquilinos, empleados, funcionarios...» Luego, Hitler tornaba a lo «patético»: «Si Alemania se desmorona, ni trabajadores ni patronos alcanzarán la felicidad social, ni tampoco se salvarán el campesino y la clase media.» Uno podía adquirir por cinco marcos el último *best-seller* gramofónico y escuchar durante ocho minutos y medio la voz tonante del Führer[12].

Por aquellos días, los choques en plena calle cobraron una violencia jamás conocida. Hitler culpó al presidente del Gobierno prusiano Otto Braun, acusándole de represiones y persecuciones contra los nacionalsocialistas para influir en los resultados electorales. Ello equivalía, según él, a un golpe de Estado. Apoyándose en la avenencia absoluta entre el Gobierno Von Papen y la Reichswehr, Hindenburg invocó el artículo 48 de la Constitución para firmar un decreto en virtud del cual se disponía «el restablecimiento del orden público y la seguridad nacional». Acto seguido, el Gobierno Von Papen encomendó al teniente general Von Rundstedt, comandante del Primer Grupo de Ejército en Berlín, que desposeyera de sus cargos a ministros y funcionarios prusianos y los arrestara en las respectivas residencias oficiales[13].

Tales medidas, adoptadas el 20 de julio de 1932, es decir, once días antes de las elecciones, tuvieron repercusiones favorables a Hitler entre determinadas capas electorales; pues algunos elementos incultos (y hasta entonces ideológicamente neutrales) de las clases campesina, media y burocrática, interpretaron esas disposiciones como la

«solución tanto tiempo esperada del estado anárquico». El hecho de que las SA y SS provocaran disturbios, revistió poca importancia para una parte de los votantes. Si la Reichswehr e Hindenburg se proponían restablecer el orden, parecía obligado aprobar cada uno de sus pasos. Sea como fuere, Hitler se prometió grandes beneficios de dichas medidas. Contó con un enorme aumento del escrutinio a favor suyo. Mientras tanto, Hindenburg y Von Papen habían decretado el estado de excepción por algunos días y hacían detener a los políticos «incómodos». La prognosis del Mando NSDAP sobre las elecciones parlamentarias pronosticaba la asistencia de 17 a 20 millones de electores a las urnas. ¡Cuál no sería la decepción de Hitler cuando, el 31 de julio de 1932, supo que, no obstante los descomunales esfuerzos y las favorables condiciones, su facción había aumentado en sólo 300.000 votos! Pues en la segunda ronda para las elecciones presidenciales —abril de 1932— había logrado cosechar 13,4 millones de votos electorales. No obstante, el NSDAP era a la sazón el partido más fuerte; podía llamar partidarios suyos a un 36,7 por ciento de los electores.

Apenas terminado el escrutinio, Hitler y sus consejeros analizazon los resultados electorales de otros partidos, llegando a estas conclusiones:

1) La intensiva propaganda no había bastado para separar a las masas populares de sus partidos tradicionales, el Centro, el partido populista bávaro, el SPD y el KPD *

2) La alternativa «bolchevismo o nacionalsocialismo» no había tenido suficiente fuerza persuasiva en la calle, por lo menos no la necesaria para empujar hacia las urnas a esa masa electoral pasiva e indiferente, aunque más bien esquiva ante el comunismo.

3) Sólo se podría convertir al pueblo en su totalidad cuando el poder político, la Prensa y la radiodifusión marchasen de la mano.

Para Hitler y sus colaboradores no hubo duda alguna de que necesitarían la radiodifusión y la Prensa tanto como los protomártires si querían apuntarse el éxito en las siguientes elecciones.

* Partido comunista alemán.

Entre el 14 de setiembre de 1930 y el 31 de julio de 1932, Hitler había logrado incrementar los 6,4 millones de votos para su partido hasta los 13,7 millones, alcanzando así el cenit de los resultados electorales bajo normas democráticas. ¿Cómo fue posible que Hitler pudiera duplicar su cupo electoral al cabo de dos años? ¿Cabe atribuirlo a su personalidad y fuerza demoníaca, o al «mediocre instinto» del pueblo alemán? Las cifras cantan: un 30 por ciento del cuerpo electoral, es decir, trece millones de personas, o tal vez algo más, habían expresado su confianza en Hitler. ¿Acaso conocieron y aprobaron su programa? ¿Por qué se aglutinó así esa parte de la población? Quien pretendiera culpar a esa masa humana cometería una gran injusticia y un atentado contra la verdad, pues no se la puede acusar de aprobar los autoritarios métodos hitlerianos, la belicosa política y el antisemitismo. También sería erróneo equipararla a una multitud de oportunistas y aventureros. Entre esos 13,7 millones, hubo tal vez quinientos mil hombres escasamente que vistieron uniforme, consideraron los desfiles como único objetivo de su vida y representaron un elemento defensivo bajo la divisa «¡Todo por esta patria tan escasa de soldados!». En cualquier país hay ultras de esa especie. El grueso de los afiliados nacionalsocialistas se compuso de idealistas descontentos.

El movimiento hitleriano y sus componentes fueron cualquier cosa menos un grupo político homogéneo. Para el jefe nacionalsocialista, los partidos de la República de Weimar eran «cola de ratón», según los denominaba él; pero esta denominación hubiera sido también aplicable a su propio conglomerado, en el que anidaban todos los insatisfechos, desde el nacionalista revolucionario de extrema izquierda hasta el monárquico encuadrado en la extrema derecha. Los partidarios de Otto Strasser defendieron la reforma económica socialista. Los antiguos oficiales del Cuerpo Voluntario soñaron con el renacimiento de un ejército prepotente y, de acuerdo con Hitler, se reservaron todos los mandos militares para el futuro. Los leales del Führer en las SS propugnaron una mitología racial en la cumbre del cual el semidiós Hitler sustituiría a Votán.

Los latifundistas endeudados se vieron ya libres de sus cargas hipotecarias. El generalato contó con la implantación del servicio militar obligatorio y la aprobación de créditos para la defensa. Los monárquicos —como por ejemplo Herbert Otto von Bismarck— adecuaron sus planes al retorno de los Hohenzollern. No es extraño, pues, que el príncipe de esa familia real, August Wilhelm, ingresara en las formaciones SA, que el ex príncipe heredero se presentara en Schloss Oels —abril de 1932— ante los monárquicos para exhortarles a apoyar la candidatura presidencial de Hitler en la segunda ronda electoral, ni que Hermine, segunda esposa del káiser, hiciera un apresurado viaje desde Holanda hasta Berlín (1933) para poder recibir al nuevo canciller con un entusiástico «¡Heil Hitler!». En abril de 1932, esa interminable «cola de ratón» logró cautivar ante las urnas a 13,4 millones de los 37,6 millones de electores. Por entonces, los 6,5 millones que se abstuvieron no figuraban todavía entre los acólitos de Hitler.

En el verano de 1932, una serie de factores vino a reforzar las múltiples promesas demagógicas hechas por Hitler:

1) Se confirmó su pronóstico acerca de los trabajadores parados. Las arcas estatales debieron prestar asistencia a 5 ó 6 millones de personas desocupadas. Los parados no vislumbraron solamente una nueva existencia en la industria, según les prometía Hitler, sino también en las SA, la Wehrmacht y el mecanismo policial. Asimismo, la pequeña burguesía, debilitada por la crisis económica, vio en Hitler el salvador de su tambaleante subsistencia. Él le había prometido acabar con los monopolios y suprimir la competencia de los grandes almacenes judíos. Ante todo, se esperaba de su «nuevo orden» un nivel de vida más tolerable.

2) La industria tuvo a Hitler por un hombre con quien se podía dialogar para resolver los problemas sociales. El 27 de enero de 1932, él expuso su programa y se hizo pasar por liberador. Poco después comenzaron a llenarse las arcas del partido. Los industriales esperaron una reactivación económica de los planes hitlerianos para el rearme.

3) Los círculos derechistas compartieron con Hitler el criterio de que la democracia social había «fracasado». Ésta bloqueaba con su «caciquismo» el camino de los «funcionarios honorables», y su política de salarios y seguros contra el paro equivalía a llenar «un barril sin fondo».

4) Las asociaciones nacionalistas abogaron por una coalición nacional. Hitler invocó el espíritu del «Frente de Harzburg». Numerosos oficiales y suboficiales, desahuciados por el pequeño ejército republicano de Weimar y fieles, no obstante, a la tradición militar, encontraron una ocupación satisfactoria como jefes de las formaciones SA y SS.

5) Cuando Baviera denegó la ciudadanía a Hitler, el Estado de Brunswick subsanó esa omisión y, el 23 de febrero de 1932, le hizo ciudadano alemán. Así se posibilitó la candidatura de Hitler a la presidencia en dos elecciones consecutivas. Considerando la avanzada edad de Hindenburg, ciertos sectores de población opinaron que entre un candidato marxista y otro nacionalsocialista era preferible el mal menor, o sea Hitler.

6) La campaña hitleriana contra el ministro del Ejército Groener y el canciller Brüning dio los frutos apetecidos. Ambos políticos perdieron sus cargos. Von Papen gobernó como canciller del Reich sin mayoría parlamentaria y propugnó una reforma constitucional cuyo objeto era el despergiamiento de los partidos mediante una nueva ley electoral. La rápida sucesión de Gobiernos totalmente incapacitados para dominar la situación fue causa de que se echara de menos una autoridad enérgica. Mussolini sirvió de paradigma.

7) Para muchos, la Italia fascista, con su sosiego social y su bajo índice de paro, constituyó un ejemplo que Alemania debería imitar. Un sistema corporativo satisfaría también los intereses del obrero cristiano. Alemania veía en su vecindad numerosos regímenes autoritarios tales como los de Polonia, Bulgaria, Yugoslavia, Turquía, Grecia y Portugal. En el extranjero parecía desearse también la «consolidación» de Alemania. Numerosos grupos fascistas, particularmente en Holanda, Bélgica, Francia y Hungría, aplaudían a Hitler. Más tarde actuarían como colaboradores y entre-

garían la población judía a los verdugos de Himmler. Pero aún causó mayor impresión Hitler, el estadista, entre diversos círculos de la sociedad inglesa. Allá por el año 1932, Churchill había visitado ya Munich para conversar con Hitler.

8) Hitler acopló su propaganda anticomunista a las inculpaciones formuladas contra los judíos, como se evidencia también en las conversaciones con Breiting. El hecho de que Willi Münzenberg redactara una revista ilustrada comunista y que ciertos intelectuales vieran en el comunismo un muro protector contra el nazismo, dio pie a Hitler para aseverar que el KP * era una organización combatiente financiada por los capitalistas judíos con objeto de perpetuar el deshonor y la humillación de Alemania.

Hitler habría celebrado no sólo un choque entre socialdemócratas y comunistas, sino también el asalto del KP a la burguesía. Le habría convenido no poco un levantamiento, con la paralización de los servicios públicos, saqueo de comercios y viviendas y asesinato de personalidades políticas; ello le hubiera permitido, fundándose en el artículo 48 de la Constitución, incorporar sus formaciones paramilitares a la maquinaria estatal. La consigna de sus SA rezaba así: «¡Mucho ojo, trabajadores parados: el KP no maquina nada contra la burguesía, pues precisamente lo mantienen las finanzas judías! ¡Los comunistas alemanes no pueden actuar porque es el Moscú burocrático quien les da las órdenes!» Hitler intentó aprovecharse de los renegados, es decir, movilizar a las organizaciones disidentes de extrema izquierda para emplearlas en acciones directas. Entonces habría podido demostrar a ese cuerpo electoral tan ansioso de tranquilidad adónde conducía esa «democracia». Todo delito fue imputado a comunistas y judíos. Hitler distribuyó instrucciones entre sus esbirros y les hizo atacar a los judíos en plena calle. Sin embargo, necesitó escenificar el incendio del Reichstag y la usurpación para pôder «organizar» el «boicot judío» del 1 de abril de 1933. Y una vez transcurridos cinco años y medio de poder dictatorial creyó llegado el momento de

* Partido comunista.

prender fuego a las sinagogas, aunque así y todo mediante los comandos especial de Heydrich.

La lucha de Hitler contra el dictado de Versalles, y especialmente contra las deudas y reparaciones de guerra, fue entre los años 1930 y 1932, el elemento más efectivo de su propaganda. Mediante sus belicosas arengas contra las opresivas reparaciones, se constituyó en abogado de la economía alemana, defendiendo su salvación y saneamiento. Aun cuando el Tratado de Londres de 1921, que imponía a Alemania el pago de 132.000 millones de marcos, fue sustituido por el Plan Dawes, aprobado en 1924, en el que no se mencionaba ya concretamente ninguna deuda de guerra, aunque se empezaba a hablar ya de plazos anuales, y el Plan Young de 1930 redujo a 60.000 millones la suma total, esas polémicas incesantes sobre las reparaciones proporcionaron a Hitler un excelente punto de partida para influir en aquellas capas sociales donde se hicieran sentir más tan onerosos pagos. En honor a la verdad hemos de decir que desde 1924 hasta el verano de 1931 Alemania pagó casi seis mil millones a Francia, dos mil trescientos millones a Inglaterra, ochocientos a Italia, setecientos cincuenta a Bélgica y todavía repartió mil cuatrocientos millones aproximadamente entre otros países, en total 11.200 millones. Hitler calculó que Alemania debería pagar todavía 114.500 millones de marcos en tributos y devolución de empréstitos e intereses acumulados durante el período comprendido entre los años 1930 y 1988. Según sus cálculos, eso equivaldría a dos mil millones anuales, tal como manifestara Breiting.

Los oradores hitlerianos simplificaron este problema cuando hablaban ante trabajadores en paro; lo tergiversaron para hacer creer que si uno no estuviese sujeto a ese tributo percibiría 500 marcos más cada año. A los campesinos no se les dijo ni una palabra de las promesas que habían sido hechas ante los trabajadores en paro. Eso sí, se les habló de créditos sin interés para resolver, por lo menos en parte, la crisis agrícola. Entre los industriales se hizo cundir la esperanza de que esas sumas se invertirían en sus empresas. Dicha campaña resultó tan eficaz, que incluso los

socialdemócratas y comunistas se manifestaron contra las deudas de guerra y pidieron su cancelación. Los agitadores hitlerianos ilustraron esa carga tributaria aludiendo a la esclavización de dos o tres generaciones. «¡No sólo pagaréis vosotros, sino que lo seguirán haciendo vuestros hijos y vuestros nietos!» Cuando entró en vigor la moratoria propuesta por Hoover (desde el 11 de julio de 1931 hasta el 30 de junio de 1932), los propagandistas hitlerianos se regocijaron inmensamente como si el éxito hubiera sido suyo. El convenio de Lausana sobre reparaciones (9 de julio de 1932) redujo las deudas de guerra a tres mil millones de marcos. Sin embargo, Alemania hubo de hacer frente a los empréstitos y sus respectivos intereses, que importaron centenares de millones. Hitler no pudo seguir alimentando sus discursos con reclamaciones contra tales gastos. Pero tampoco se le ocurrió ni por un instante emplear los «dos mil millones» que él ahorraría si suprimiese los tributos, en beneficio de trabajadores en paro u obreros. Exteriorizó sin rodeos su criterio ante Breiting, pues éste le había visitado como representante de la burguesía: «Como podrá usted comprender, yo no puedo decir tal cosa en las manifestaciones públicas.» También aseguró a su interlocutor que esos dos mil millones no pesarían tanto como los 18.000 millones de cargas adicionales que le fueron impuestas en tres años (1925-1928) al Estado por los sindicatos. Si se sumaran ambos pagos, resultaría que el Gobierno gastaba cada año ocho mil millones. En diversas reuniones y ante distintas categorías de electores se manipuló ese cebo electoral con arreglo a las aspiraciones de cada auditorio. Breiting le reprochó el hecho de que cada orador suyo expusiera su programa economicosocial de forma diferente. Hitler se excusó con la imposibilidad de indicar a todos sus oradores lo que se debía decir. Por lo demás, la burguesía no tenía más que verter diez millones de marcos en las cajas de su partido, y entonces él se ocuparía de ordenar la propaganda. Esto pareció una advertencia encubierta a la burguesía: «Hacedme portavoz de vuestra casta y no tendréis por qué temer la demagogia de mis oradores.» Cuando reiteró su deseo de evitar una catástrofe nacional, dirigióse particularmente a los trabajadores en paro, la clase media, la burocracia y las víctimas de la guerra. Utilizó el concepto «comunismo» para sembrar el pánico entre los cristianos. En las elecciones del 31 de julio de 1932, se vio con claridad quiénes fueron los que se habían dejado confundir por la demagogia hitleriana:

El partido populista de alemanes nacionales perdió trescientos mil votos, el partido agrario cristiano-nacional un millón, la Asociación de labradores cien mil, el Servicio popular cristiano social (un Movimiento evangelista) quinientos mil, el partido cristiano-social del Reich doscientos treinta mil, el partido populista alemán un millón cien mil, el partido de la clase media alemana (matiz tecnocrático y económico) un millón doscientos mil, el partido del Estado alemán (democrático) un millón, el partido de labradores alemanes doscientos mil y el partido de alemanes hannoverianos cien mil votos.

Los grandes partidos cristianos, tales como el Centro y el partido populista bávaro lograron incluso reforzar sus efectivos, el primero en un diez por ciento y el segundo en un veinte. Los partidos socialdemócrata y comunista retuvieron la totalidad de sus electores. Así, pues, aquellos estamentos sociales que habían sufrido particularmente bajo la crisis, pero que poseían un criterio ideológico definido, rehusaron dar sus votos a Hitler.

En realidad, la masa electoral ganada por Hitler fue sobremanera inestable, como lo prueba el hecho de que tres meses después, en las elecciones del 6 de noviembre de 1932, dos millones de electores retornaran a sus antiguos partidos. ¡Y eso sucedía cuando Von Papen acababa de ofrecer la vicecancillería al jefe del partido político más fuerte e Hindenburg lo recibía en su residencia!

Con sus 13,7 millones de votos, Hitler había alcanzado una amplia base desde la cual podría aventurarse a una acometida. El 13 de agosto de 1932, Von Papen requirió su presencia en Berlín para celebrar una conferencia. Ésta fue seguida de una audiencia presidencial. Hitler se esforzó por demostrar que se proponía librar la lucha con absoluta nobleza. Sin embargo, cuando Von Papen

le ofreció el cargo de vicecanciller y quiso confiar diversos negociados a otros políticos nacionalsocialistas, Hitler rechazó rotundamente el ofrecimiento. Exigió una autoridad proporcional a la potencia de su partido: la jefatura del Gobierno.

Cuando se frustró la subida al poder por la vía legal, Hitler estimó oportuno disculparse ante todos los electores que le habían dado su voto. En una entrevista que concedió al influyente periódico conservador e industrial de Essen *Rheinisch-Westfälischen Zeitung*, que abogaba por la participación de Hitler en las tareas gubernamentales, acusó al Gobierno de rehuir una reforma ministerial porque «el presidente del Reich había rechazado sus propias condiciones» (según le había revelado Von Papen). En esta misma entrevista del *Rheinisch-Westfälischen Zeitung*, alegó que no había querido exponer sus argumentos ante el Presidente. Pero eso no se ajustaba a la verdad [14]. En realidad, Hitler quiso mostrar al país que su personalidad política se había engrandecido hasta el punto de no admitir la comparación con un mariscal laureado como Hindenburg. A esas alturas ya no le habría conmovido que el presidente del Reich accediera a servirle un plato de lentejas —el sillón de vicecanciller—, como parecía ser el caso.

Para él fue decisivo que el antiguo cabo considerara todavía aceptable y digna una audiencia con el presidente del Reich. Más aún, tenía la impresión de que el Reich podría ser gobernado por el duunvirato «mariscal-cabo, presidente del Reich-Canciller del Reich», como se veía, por cierto en un cartel electoral impreso tras el incedio del Reichstag y en el que se representaba el momento histórico de ese encuentro. Con todo, la masa popular no había madurado todavía lo suficiente para asimilar el principio de «un Reich, un pueblo, un caudillo».

Por tal razón, Hitler dirigió sus críticas en la entrevista del *Rheinisch-Westfälischen Zeitung* contra el concepto gubernamental de que el partido más fuerte debería contentarse con la vicecancillería. Entretanto, se guardó mucho de decir que su designación habría sido algo así como menospreciar la voluntad de una mayoría nacional (concretamente, el 65 por ciento de los demás parti-

dos). Por no decir nada sobre su oculto propósito de utilizar abusivamente la cancillería del Reich para destruir el sistema parlamentario. Con las palabras que siguen intentó hacer ver al pueblo la mesura de sus exigencias: «Sea como fuere, antiguamente se solía confiar en Alemania la formación de un Gabinete al jefe del mayor partido, mientras que en nuestros tiempos las cualidades gubernativas no parecen reflejar la grandeza de un partido, sino más bien su pequeñez...» Hitler coronó esa frase con una cita de Bismarck a la inversa: «Así, pues, la política no es ya el arte de lo posible, sino el arte de lo imposible.»

Tras atacar a determinados personajes políticos, se negó rotundamente a contentarse con el gorrión atrapado, dado que la paloma se le ofrecía tentadora sobre el tejado. Hitler agregó con énfasis: «Jamás venderé la primogenitura por un plato de lentejas. Mis jefes del partido no me comprenderían nunca si yo no obrase así [15].»

Hitler vio en las nuevas elecciones —que el Gabinete Von Papen aplazó para el 6 de noviembre de 1932— la oportunidad de interrogar al pueblo sobre los manejos «antidemocráticos» del Gobierno. Por tanto, hizo correr esta consigna: «La oferta de una vicecancillería y las condiciones asociadas a ella son simplemente un recurso para obstaculizar la formación de una concentración nacional.» Ante las inminente elecciones, Hitler hizo lo posible para revolucionar a la masa nacional. La circunstancia de que Hindenburg le hubiese recibido se le antojó un excelente trampolín desde el cual podría saltar al sillón de canciller. Una vez más aparecieron los camorristas en las calles y una vez más provocaron sangrientos choques. Hitler quiso a toda costa alargar la lista de protomártires. Pues así le sería fácil probar que un grupo de intrigantes, tolerado por el Estado, intentaba asignar a su Movimiento el papel de cabeza de turco.

Sin embargo, el resultado de las elecciones en noviembre significó una derrota para el NSDAP; este escrutinio popular le hizo perder dos millones de votos y 34 escaños parlamentarios. Los nacionales alemanes ganaron 25 escaños, y 11 los comunistas. Ciertos círculos conservadores observa-

ron que las arremetidas de Hitler no habían diezmado a los comunistas, sino todo lo contrario, ya que sus brutales atropellos habían contribuido incluso a acrecentar los efectivos del KPD. El partido comunista representó casi un 17 por ciento del cuerpo electoral e hizo acto de presencia en el Reichstag con cien diputados. La Prensa burguesa empezó a recelar de Hitler y se mostró bastante menos inclinada a vitorearle como salvador de la nación. Por añadidura, las SA tampoco se privaron de utilizar sus contundentes métodos con la organización «Cascos de Acero», en la que veía una competidora.

Desde mucho tiempo atrás, el *Leipziger Neuesten Nachrichten* venía apoyando la política exterior de Stresemann, pero no quería oponerse abiertamente al NSDAP. El predominio de las derechas en Sajonia era, para este periódico, determinante. Tenía a Hitler por el hombre del futuro y opinaba que se debería seguir laborando hasta «inculcarle en cierto modo el parlamentarismo», como Edgar Herfurth explicó a su redactor jefe Breiting tras la primera conversación. No es extraño, pues, que el partido populista alemán y su jefe Dingeldey adoptaran una actitud similar cuando el prelado Kaas, jefe del Centro, manifestó, ya el 5 de noviembre de 1931: «Principal objetivo del partido es la transformación mental y política del movimiento nacionalsocialista hasta convertirlo en un instrumento eficaz de la política estatal.» Kaas habló ante su partido, el Centro. Cabe preguntarse si Kaas creyó aún posible esa transformación mental después de publicarse el *Mein Kampf* de Hitler y el *Mythos des 20. Jahrhunderts* de Rosenberg.

Solamente un miembro de la «oposición nacionalista» entrevió a tiempo los propósitos de Hitler encaminados hacia el golpe de Estado: el jefe de dicha minoría, doctor Ernst Oberfohren, que tenía amistosas relaciones con Breiting y a quien pudo convencer de que Hitler intentaba desmantelar el sistema parlamentario y ejercer un dominio tiránico con sus «mejores cerebros». Oberfohren fue una de esas personas que se aferran aún más a su criterio tan pronto como encuentran resistencia. Por ello le alegró que Hitler rechazase

la propuesta de actuar como vicecanciller en el Gobierno Von Papen. Una vez se dio a conocer que el NSDAP había perdido dos millones de votos en las elecciones de noviembre de 1932, Oberfohren pronunció en la «Deutschen Gesellschaft» (Berlín) una conferencia sobre la situación política interna, y aprovechó la ocasión para formular reproches contra Hitler por haber impacientado con su demagogia a la pequeña burguesía en lugar de conducir al proletariado de la nación. Oberfohren vio en la pérdida de los dos millones de votos una prueba fehaciente de que las masas habían dado media vuelta al descubrir que Hitler perseguía el poder absoluto.

Oberfohren lanzó un ataque abierto contra Goebbels, a quien calificó de maligno inspirador de Hitler. Luego, citó su discurso del 14 de junio de 1932: «Si se nos ofrece una nueva posibilidad de ascenso, el cierre del Reichstag será condición imprescindible.» Seguidamente el político nacional alemán analizó las aspiraciones hitlerianas, culpó al NSDAP de hacer peligrar el orden fundamental republicano y exigió una acción defensiva bajo todos los conceptos contra este partido, aun cuando pudiera llevar doscientos cincuenta diputados en el Reichstag. Cuando Oberfohren pronunciaba estas palabras, el número de diputados nacionalsocialistas había descendido de 250 a 196 en sólo tres meses. Así, pues, podía sentir optimismo.

Sólo tenía una preocupación: la actitud de Von Papen. Por eso dirigió las siguientes palabras a su auditorio: «Señoras y señores, el peligro que me parece vislumbrar por parte del Gobierno Von Papen radica en la siguiente circunstancia, que, naturalmente, sólo se puede revelar ante este círculo: no sé con absoluta seguridad si dicho Gobierno, sometido a una fuerte presión, rechazaría otros modos y métodos gubernamentales, especialmente si le acuciara un partido como el nacionalsocialista que, por cierto, sólo cobró auge cuando se presentó como un Movimiento contra los partidos del Estado. Y, no obstante, sería enormemente fácil para ese Gobierno rechazar al incisivo nacionalsocialismo; le bastaría con restablecer el predominio de los partidos.» Oberfohren arremetió sin titubeos contra Von Papen: «Esta

hora requiere acción, el Gobierno debe actuar y, ciertamente, en el sentido que le dio Bismarck cuando dijo: "Yo tengo a los ministros por unos pusilánimes deplorables, incapaces de jugarse la cabeza y el honor en determinadas circunstancias, ni aunque sea para salvar a su patria contra la voluntad de una mayoría."»[16]

El discurso pronunciado por el jefe de la minoría de «alemanes nacionales» causó tal irritación a Hitler, que Goebbels hubo de aumentar considerablemente los redobles del tambor propagandístico, mientras las SA y SS multiplicaban los disturbios callejeros. Correos secretos acudieron presurosos a Hugenberg y los industriales para asegurarles que el NSDAP sólo participaría en una coalición cuyo único propósito fuera salvar Alemania del bolchevismo. Hindenburg, hombre ya muy anciano, quiso gobernar sin necesidad de recurrir a decretos ley. Además, los nacionalsocialistas le advirtieron reprobadores que si se gobernaba con decretos ley con exclusión del Parlamento, sólo se conseguiría alejar a la «oposición nacional» de los asuntos estatales y favorecer las demasías marxistas. El NSDAP se mostró dispuesto a integrarse en un Gobierno nacional donde hubiese solamente dos ministros suyos, siempre y cuando Hitler fuese canciller del Reich. Adujo incluso que dejaría las carteras importantes, tales como Hacienda y Economía, Asuntos Exteriores, Justicia y Ejército en manos de sus asociados; asimismo, cedería a Von Papen la Comisaría del Reich en Prusia, aunque el cargo revestía suma importancia para su política. Únicamente recabó para sí el mecanismo policial prusiano y el ministerio del Interior, y ello solamente porque deseaba reactivar la economía y reorganizar el aparato estatal para reinstaurar la seguridad nacional y el orden público.

Muchos promotores de la coalición interpretaron esas sugerencias hitlerianas como una expresión de humildad. Ahora, pensaron ellos, podrá comenzar de una vez el rearme bajo nuestra supervisión y la estructuración de la Reichswehr bajo un general como Blomberg. Además, se pondrá fin definitivamente a la intromisión de los sindicatos en la vida económica. Pero la realidad

fue muy distinta. El dictador pardo no pensó ni mucho menos abandonar demasiado tiempo esas atribuciones a los «Santa Claus». Hitler necesitó ese ficticio Gobierno de coalición para presentarse como canciller ante el pueblo por la «vía legal», es decir, con la aprobación de Hindenburg y sin una mayoría parlamentaria. Esa autoridad, así reforzada, le permitiría manipular a su gusto el ministerio del Interior y el mecanismo policial prusiano, pues Prusia, que representaba las dos terceras partes del Reich, tenía a su disposición doscientos mil mantenedores del orden público.

Oberfohren se dio cuenta de ese juego y barruntó inmediatamente el peligro que se cernía sobre la República de Weimar y el sistema parlamentario. Sin embargo, los «expertos», que diferían de esa opinión, tuvieron más peso. Con el consenso de Hugenberg, Von Papen y los círculos financieros, militares e industriales que les respaldaban, Hindenburg hizo finalmente canciller del Reich al «cabo bohemio». Entonces empezó a chispear la mecha que conduciría desde la Segunda Guerra Mundial hasta Auschwitz.

Tan pronto como remitió la marea nacionalsocialista, se confirió a Hitler lo que se le había negado en la culminación de sus éxitos electorales: la cancillería del Reich. Von Papen actuó de intermediario. ¿Qué le movió a poner en juego su notoria influencia sobre Hindenburg? Es posible que Von Papen encontrara bastante razonables las condiciones de Hitler. Nos desagradaría suponer que sabía lo que proyectaba Hitler cuando él rebajó su precio. Probablemente, Von Papen calculó mal el planteamiento y creyó que Schleicher tampoco lograría lo que él no había conseguido. Tal vez quisiera reformar tan sólo la Constitución y la ley electoral para proporcionar a los conservadores posiciones favorables en el Estado. Ahora bien, Oberfohren le había advertido expresamente que Hitler quería ser jefe del Gobierno para poder desmantelar el parlamentarismo. No obstante, el hecho de que se prestara a representar el papel de vicecanciller en el Gobierno hitleriano demuestra que incluyó ese riesgo en sus cálculos, y que el naufragio de la República de Weimar le pareció más importante que el peligro inherente a

las aspiraciones totalitarias de Hitler. Se esperaba poder enterrar la espada de Damocles suspendida sobre Alemania mientras se enarbolaba la flameante antorcha. Fue una antorcha..., pero para hacer arder en llamas la sede del Reichstag.

Hoy día, Von Papen intenta descargar sobre las espaldas del pueblo alemán el apoyo que prestó a Hitler para usurpar el poder. En su libro más reciente, escribe: «Puesto que tenemos el hábito de enfocar aquellos hechos con una perspectiva posterior al año 1945, nos resulta desagradable confesar que la mayoría del pueblo alemán sancionó la formación de aquel Gobierno y el programa propuesto por él. Para comprobarlo, basta con remitirse a los resultados electorales del 5 de marzo de 1933.»[17] Von Papen olvida que Hitler subió al poder porque así lo quiso una minoría[18], que entre esa solución, aprobada por el propio Von Papen, y las elecciones citadas medió el incendio del Reichstag, que desde el 27 de febrero de 1933 hasta el 5 de marzo del mismo año fueron encarceladas o internadas en campos de concentración diez mil personas inocentes, que la Prensa y la radiodifusión quedaron bajo el control de los nacionalsocialistas y que por entonces se había limpiado ya de «elementos impuros» el aparato estatal, pues, precisamente él Von Papen, en su calidad de Comisario general para Prusia, había dado la correspondiente autorización a Goering. Von Papen debiera haber revelado las causas ocultas que motivaron el incendio de Reichstag; todos lo esperaban de él, porque así habría prestado un gran servicio al pueblo alemán. Aunque nosotros hemos intentado, mediante correspondencia confidencial, hacerle ver la necesidad de arrojar alguna luz sobre ese misterio, el vicecanciller de Hitler sigue negando hoy día su contribución al esclarecimiento del mayor delito político perpetrado en los últimos tiempos. Von Papen manifestó en uno de sus escritos que, a juicio suyo, los nazis eran capaces de todo y que se proponía describir las circunstancias relacionadas con el incendio del Reichstag en otro libro cuya publicación tendría lugar muy pronto. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa cuando al leer las cuatrocientas páginas del trabajo anunciado no encontramos ninguna referencia sobre ese acontecimiento tan trascendental! Por el contrario, el libro concluye diciendo que uno debe interpretar las elecciones del 5-III-1933 como expresión de la voluntad nacional. Su silencio acerca de un tema tan espinoso tiene para nosotros una sola explicación: el hecho de que Von Papen ocupara el mismo banco gubernamental con los incendiarios le induce a soslayar la cuestión bajo cualquier concepto[19].

En un documento perteneciente a los tiempos de la cancillería de Von Papen podemos leer todavía hoy unas palabras que él pronunció ante una asamblea del "Volksdienst": «Sí, señores, eso llegará. La reforma de la ley electoral debe llegar por fuerza. Admito que es lamentable. Probablemente mis buenos labradores westfalianos no elegirán al señor Hugenberg; más bien me elegirían inmediatamente si el nombre Von Papen estuviese inscrito en su lista electoral, o al menos así lo supongo. Tampoco queremos decir con esto que nuestro Reichstag nos sea totalmente indiferente; yo sólo quiero decir que podremos alcanzar nuestro objetivo aun cuando no se siga una vía parlamentaria... ¡y no se seguirá una vía parlamentaria! Es preciso dar esa seguridad al país[20].»

El legado de Breiting nos permite deducir, consecuentemente, que Hugenberg formó un Gobierno de coalición con Hitler fundado en lo siguiente:

1) Se evitarán los disturbios que suscitan las SA y SS en toda Alemania porque el Gobierno podrá ejercer cierta influencia sobre Hitler.

2) Los nacionales alemanes poseerán una mayoría aplastante dentro del Gobierno, y si nombran Comisario del Reich en Prusia al vicecanciller Franz von Papen, podrán influir directamente sobre las dos terceras partes del país.

3) Hugenberg, como ministro de Hacienda, supervisará toda la economía nacional.

4) Hungenberg se ha mostrado dispuesto a proscribir temporalmente fuera de la ley al partido comunista tan pronto como se constituya el nuevo Gobierno con objeto de congraciarse con Hitler e inducirle a poner fin al terrorismo de las SA en plena calle. (Efectivamente, Hugenberg sugirió esos proyectos en el Consejo de ministros celebrado el 30-1-1933.)

Sin embargo, después de las últimas elecciones, Hitler exigió, ante la sorpresa de sus colegas en el Gobierno, que se diera rienda suelta a los comunistas. Tras esa actitud se ocultó una infame jugada ajedrecística de táctica electoral, cuyo sentido no se puso de manifiesto hasta el término de las elecciones. Hitler fingió querer gobernar con el Reichstag y afirmó que «la situación política era en extremo favorable para proporcionar definitivamente una mayoría parlamentaria del 51 por ciento a la coalición nacional». La mayoría gubernamental no podría sustraerse a una encuesta nacional sobre la nueva política, y tampoco desencadenaría una crisis con tal motivo.

Oberfohren, que conocía ya muy bien los pensamientos de Hitler por sus conversaciones confidenciales con Breiting, previno a Hugenberg contra los planes hitlerianos, pues estaba convencido de que Hitler proyectaba una provocación —un atentado ficticio— antes de las elecciones para obstaculizar el desarrollo normal de esos comicios convocados el 5 de marzo, restándoles toda importancia mediante un presunto golpe bolchevique. Oberfohren mantuvo estrecho contacto político con el general Schleicher y sus oficiales, cuya red de información se extendía por toda Alemania. Desgraciadamente, formaban parte de ese servicio militar gentes que habían pactado ya con Hitler, que secundaban al nuevo dictador y aprobaban con entusiasmo sus planes de rearme. Tales personas eran principalmente aquellos oficiales que había citado Hitler en su conversación con Breiting. En el verano de 1931, Hitler no podía saber todavía que Heydrich y Himmler tenderían una red tupida y eficaz para allanarle el camino hasta el general Blomberg en Koenigsberg y su jefe de Estado Mayor, coronel Von Reichenau Ciertamente, Schleicher no habría facilitado medios de transporte para que las SA y SS dieran caza a los adversarios políticos durante la noche en que se incendió el Reichstag.

Hitler no pensó ni por un instante discutir con los barones de su Gobierno sobre las medidas económicas a aplicar, pues ello hubiera mermado su autoridad. Tampoco luchó por una mayoría de la coalición, sino por la suya propia, para

poder formar más tarde un Gobierno que lo reconociera como dictador absoluto. Solamente como un dominador indiscutible lograría manipular la masa popular como si fuera un pegote de arcilla. No obstante su intensa propaganda, le había sido imposible hasta entonces interponerse entre la ideología marxista y «el corazón y el cerebro del obrero». Sufrió una decepción similar con los católicos, e incluso con una parte de la burguesía liberal y conservadora.

Ateniéndose a su lema electoral «Aquí no decide la mayoría, sino el genio», decidió encarrilar las elecciones perfeccionando aún más los planes e intensificando la propaganda. Hizo un inventario del cuerpo electoral. Y conste que estaba muy familiarizado con el tema.

Dedicó gran atención a la reserva electoral de los indecisos políticos y de aquellos que aceptaban sin reservas todo cuanto les ofrecían los semanarios, la radio y la Prensa. «Ese grupo, superior numéricamente a todos los demás, consta de grandes masas populares y representa, pues, la parte intelectiva más simple del país. No es posible clasificarlo por profesiones, sino, a lo sumo, por índices generales de inteligencia. Pertenecen a él todos los que carecen de raciocinio, ya sea innato o adquirido, y creen todo cuanto ven impreso en blanco y negro, lo cual es imputable por partes iguales a su incapacidad e ignorancia.» (*Mein Kampf*, pág. 263.) Ésos son los «gandules» que por pura «pereza mental» acogen agradecidos todo cuanto ya ha pensado otro. No queriendo ser un canciller al estilo Müller, Brüning o Von Papen, Hitler decidió dirigirse a esos «gandules» desde posiciones más favorables, sujetando con mano firme la Prensa y la radio. Creyó llegado el momento de aniquilar definitivamente las «tertulias tabernarias» y hacer pasar esa provocación por el primer indicio de una revolución comunista. Una oleada de arrestos mucho más efectiva que la desencadenada por Von Papen en 1932, el monopolio de radio y Prensa, todavía inexistente en julio y noviembre, y las llamas lamiendo el edificio del Reichstag impresionarían a los «gandules», los estúpidos, bastante más que el meteórico vuelo de la libertad por los cielos de Bre-

men, Koenigsberg, Kiel y otras ciudades. En tales condiciones se alcanzaría de una vez esa mayoría absoluta tan evasiva, y la transformación del cívico canciller en dictador sería sólo cuestión de tiempo. Hitler no erró en tal pronóstico. Los «gandules» sucumbieron a la atracción de las urnas como jamás lo hicieran antes. Hitler necesitó un triunfo electoral para asumir sus obligaciones ante el mundo alcanzando legalmente el poder (juramento de legalidad, 1930). Representó el papel de hombre cabal no sólo ante Alemania, sino también a beneficio del extranjero, pues las fronteras del Reich no limitaban sus objetivos estratégicos. Hitler quiso y necesitó influir sobre el sector electoral ideológicamente inseguro y movilizar a las mentes de inestabilidad política. En todas las latitudes de nuestro Globo viven haraganes y camaleones de esa especie.

Cuando, tras el incendio del Reichstag, Hitler lograba ganar 5,5 millones de votos en las «elecciones» celebradas con arreglo a las condiciones impuestas por él, no había arrebatado todavía un solo voto de los partidos cristianos y socialdemócrata, pero logró atraer nuevamente a las urnas una parte de la población rural y el cuerpo electoral burgués mediante el señuelo de una revolución inminente. Sucumbieron también a ese engaño los cuatro millones de electores que usualmente se abstenían, es decir, esos «gandules» e indiferentes de los cuales decía Hitler en *Mein Kampf* que creen en toda letra impresa y marchan siempre con el vencedor. Se trata, pues, de electores incautos e inconscientes, y aquellos otros que tras la primera demostración hitleriana de fuerza temieron quedar encasillados como absentistas. Para ellos, lo más sencillo fue dar crédito a la radio, la Prensa y los carteles, donde se afirmaba que comunistas y socialdemócratas habían incendiado el Reichstag. Ninguna nación puede protegerse contra ese porcentaje de electores que oscila con la pleamar y la bajamar política.

Si estudiamos las estadísticas de los resultados electorales entre 1930 y 1933, observaremos las siguientes fluctuaciones en la distribución electoral y el número correspondiente de diputados (entre paréntesis en la tabla):

Resultados electorales de 1930-1933 [21]	14-IX-1930	31-VII-1932	6-XI-1932	5-III-1933
Votantes inscritos	42,97 millones	44,22 millones	44,37 millones	44,69 millones
Votos válidos	34,97 millones	36,88 millones	35,47 millones	39,34 millones
Participación electoral	82 %	84 %	80,6 %	88,7 %
Diputados	577	608	584	647
NSDAP	6,4 millones (107)	13,77 millones (230)	11,73 millones (196)	17,27 millones (288)
Nacionales alemanes	2,45 millones (41)	2,18 millones (37)	3,13 millones (52)	3,13 millones (52)
Partido populista alemán	1,57 millones (30)	0,43 millones (37)	0,66 millones (11)	0,43 millones (2)
Centro	4,12 millones (68)	4,58 millones (75)	4,23 millones (70)	4,42 millones (73)
Partido populista bávaro	1,05 millones (19)	1,2 millones (22)	1,09 millones (20)	1,07 millones (19)
SPD	8,57 millones (143)	7,95 millones (133)	7,24 millones (121)	7,18 millones (120)
KPD	4,59 millones (77)	5,28 millones (89)	5,98 millones (100)	4,84 millones (81)

Un análisis de las elecciones celebradas el 5-III-1933 nos lleva a las siguientes conclusiones:

1) La participación electoral aumentó, desde noviembre de 1932 hasta marzo de 1933, en un 10 por ciento. Todos los partidos, exceptuando el NSDAP, retuvieron la totalidad de sus cuerpos electorales. También constituyó una excepción el partido populista alemán, que perdió aproximadamente el 30 por ciento de sus votos. El NSDAP ganó 5,5 millones de electores más o menos, y el KPD perdió 1,15 millones de seguidores.

2) El número de votos válidos registrados aumentó casi en cuatro millones.

3) Los pequeños partidos que no aparecen en nuestras estadísticas (población rural alemana, cristiano-social del Reich, económico, estatal, campesino y hannoveriano, entre otros) perdieron, junto con el partido populista alemán, un millón de votos.

4) Puesto que todos los demás partidos (nacionales alemanes, Centro, partido populista bávaro y socialdemócratas) conservaron la totalidad de sus cuerpos electorales, resulta que los cuatro millones de electores no votantes en noviembre de 1932 se presentaron diligentemente ante las urnas en marzo de 1933 y dieron sus votos al NSDAP. A esos cuatro millones de «gandules» se ha de agregar todavía un millón de desertores que abandonaron los partidos menores y el Centro para engrosar las filas del NSDAP.

5) Pero como quiera que Hitler se apuntó una ganancia de 5,5 millones, cabe preguntarse de dónde provinieron esos 500.000 electores restantes, cuya procedencia no se ha podido esclarecer todavía. Debemos señalar al respecto que en las elecciones de marzo de 1933 se registró un aumento de 320.000 votantes inscritos. Si consideramos que entre esos jóvenes abundaba la inexperiencia política, debemos suponer que les cautivó la atmósfera. No nos equivocamos al afirmar que por lo menos la mitad de esos juveniles electores votaron por el nacionalsocialismo. Además, doscientos o trescientos mil votos comunistas pasaron probablemente al NSDAP; también debemos considerar que los socialdemócratas perdieron unos 50.000 afiliados, quienes, abrumados por la histeria ocasionada con el incendio del Reichstag, buscaron refugio en el NSDAP. Puesto que el partido comunista contaba casi con seis millones de votos en las elecciones de noviembre, resulta que sus desertores representaron apenas un cinco por ciento. Ello significa también que unos novecientos mil electores comunistas prefirieron quedarse en casa, pues la policía habría registrado su entrada en los colegios electorales para demostrar después que, no obstante la intensa campaña anticomunista, habían dado sus votos al KPD. Por añadidura, numerosos funcionarios fueron obligados por los acontecimientos y el incendio del Reichstag a hacer una vida ilegal.

6) Esas elecciones demuestran una vez más que, pese a su formidable organización y propaganda, Hitler no logró ejercer ninguna influencia en los cuerpos electorales conservadores, cristianos, socialdemócrata y comunista. Asimismo, esas elecciones representaron una derrota para Hitler, pues, de los dieciséis millones de trabajadores, doce se pronunciaron por el SPD y el KPD, precisamente cuando una de las consignas hitlerianas decía que él quería acaudillar al proletariado de la nación. Como los sindicatos cristianos votaron por el Centro, resulta que por lo menos de 13 a 14 millones de trabajadores dijeron «no» a Hitler[21]. Si contamos ahora a los temerosos cuyo miedo les mantuvo lejos de las urnas, tendremos que Hitler estuvo respaldado por un 10 por ciento escaso del mundo laboral. Y muchos de ese 10 por ciento estaban sin trabajo. Ciertamente, el jefe del NSDAP consiguió ganar hasta un 20 por ciento en varios barrios obreros, pero este hecho no significa que los votantes fueran trabajadores propiamente dichos; en esas suburbios vivían también muchos comerciantes, artesanos, funcionarios y jubilados. Esta vez tampoco pudo materializarse el pronóstico de Hitler: unión entre el nacionalismo y el socialismo.

Bajo un estado de excepción, las elecciones suelen aportar tales resultados. En condiciones normales, Hitler debería haber contado con una protesta enérgica de los electores izquierdistas por haber hecho sentir su peso en el Gobierno de coalición. Su objetivo fue lograr la mayoría absoluta

en el Reichstag sin el apoyo de los nacionales alemanes, de quienes deseaba desembarazarse lo antes posible. Y alcanzó ese objetivo mediante un ardid. Permitió que se confeccionaran las listas electorales comunistas, pero la detención de Ernst Thaelmann, que tuvo lugar antes del 5 de marzo, puso de manifiesto lo que se le avecinaba a ese partido. Su tolerancia respecto a la lista KP sirvió sólo para mantener los votos comunistas lejos del SPD. Una vez resuelta esa cuestión, se decretó la prohibición del KPD. La eliminación de los escaños comunistas procuró súbitamente a Hitler la tan añorada mayoría absoluta: los 288 diputados del NSDAP representaron entonces el 51 por ciento de los 566 diputados restantes (con la totalidad de 647 era sólo el 43,9 por ciento). Así advino el NSDAP al poder. Ésos fueron sus procedimientos legales y democráticos.

Ante un resultado tan aterrador cualquier análisis objetivo podrá dar cumplida respuesta a todos los falseadores de la historia sin distinción de matices y refutar punto por punto sus aseveraciones especulativas sobre la fuerza «demoníaca» de Hitler o la inclinación del pueblo alemán a correr tras un burdo dictador y aclamar su política de *Götterdämerung* *. No, la gran mayoría de cristianos y trabajadores no dio jamás su voto a Hitler. Además, los otros, los que votaron por el NSDAP, constituyeron una minoría y no todos vieron un salvador en Hitler, sino más bien el hombre con quien se había asociado la élite, es decir, los nacionales alemanes, y a quien éstos habían hecho canciller. Y, si los más inteligentes y valerosos ingresaron en campos de concentración, ¿qué podía hacer el sencillo ciudadano? Los familiares de esos hombres encarcelados temblaban al escuchar la palabra Gestapo y en cierta medida se mostraban leales con el régimen, pues esperaban abreviar así el sufrimiento de los seres queridos, o por lo menos disminuirlo. Y los que no resultaron afectados cayeron bajo las manipulaciones sistemáticas y científicas de Goebbels y su máquina propagandística. Los políticos «criminales e incapaces» desaparecieron de la vida pública. Los «mejores cerebros» del partido, esos hombres maravillosos de los tiempos modernos, recibieron ininterrumpidamente alabanzas y vítores. Cada personaje del círculo de Hitler poseyó una plana mayor de información y Prensa; el Ministerio de Propaganda y el Servicio Secreto ejercieron una influencia continua sobre la opinión pública.

* Ocaso de los dioses.

Cuando Von Papen vio arder en llamas el Reichstag (27 de febrero de 1933) y cuando Hugenberg recibió la noticia del incendio, ambos comprendieron por qué había apremiado Hitler a las elecciones. Un día después del suceso, expusieron sus dudas ante el Consejo de ministros y preguntaron a Goering si eran efectivamente los comunistas quienes habían incendiado el Parlamento. Todo el mundo presintió otro «milagro» propagandístico al observar el aplomo de Hitler ante las inminentes elecciones. Y el «milagro» no se hizo esperar: se forzó el total sometimiento de la maquinaria estatal y la opinión pública mediante un golpe de Estado, una falsa acusación en la que se decía que los socialdemócratas y comunistas habían planeado un levantamiento. La victoria nazi nació de un engaño, un delito, y el escrutinio sobre la ley de plenos poderes del 24-III-1933 fue sencillamente el réquiem para la pena capital dictada el 30 de enero de 1933 y ejecutada el 27 de febrero de 1933. Hitler debió ese triunfo, en no escasa medida, a su genial artífice propagandista Joseph Goebbels, quien había remplazado los «vuelos liberadores» del Führer por los fuegos artificiales del Reichstag. Goebbels fue nombrado ministro de Propaganda del Reich por haber movilizado con su espectáculo cuatro millones de «gandules» y 1,5 millones de renegados.

Tras el incendio del Parlamento, momento que aprovechó Hitler para adueñarse de los mecanismos propagandístico, policial y estatal con objeto de plantear las elecciones bajo la disyuntiva «pardo o rojo», Oberfohren fue el primero en indicar a sus amigos que tal incendio había sido una provocación preconcebida, a la cual había aludido ya en su discurso de noviembre. Con todo, él no podía saber todavía que la sentencia dictada por Goebbels, «cierre del Reichstag» adoptaría la forma de una acción aniquiladora.

Después del susodicho incendio, Breiting logró entrevistarse, por separado, con Hugenberg y Oberfohren, de cuyas conversaciones tomó notas taquigráficas. Sus anotaciones revelan que los esbirros de Himmler urdieron intrigas contra Oberfohren, hasta el punto de hacerle temer por su vida y dimitir como jefe de la minoría parlamentaria de su partido [23]. Oberfohren poseyó informes exactos sobre las maquinaciones tramadas por Hitler para hacer colocar en el Reichstag a la marioneta viviente Van Der Lubbe. Basándose en ellos, solicitó la formación de una comisión parlamentaria para investigar las causas ocultas del incendio. Al formular tal solicitud firmó su propia sentencia de muerte. Se le impuso como condena el «suicidio», lo mismo que al doctor Erich Klausener, jefe de la Acción Católica, quien pereció el 30 de junio de 1934 [24]. Oberfohren apareció muerto ante su mesa escritorio el 7 de mayo de 1933, después de que su esposa hubiera abandonado ya la casa. Dos días después, el Registro Civil de Kiel presentó a la señora Oberfohren un certificado donde se hacía constar que su marido se había descerrajado un tiro. Cuando Goering prestó declaración durante la vista sobre el incendio del Reichstag, manifestó que Oberfohren se había suicidado con arma de fuego por haberse descubierto su «traición» al jefe de su partido Hugenberg [25]. Hoy comprobamos con horror que muchos historiadores aficionados dan crédito todavía a la falaz declaración de Goering. Políticos parlamentarios como Paul Löbe e historiadores como Walter Görlitz opinan que Oberfohren fue asesinado alevosamente. En las anotaciones de Breiting se trasluce que Oberfohren fue una víctima de los incendiarios, y la bala asesina un disparo de aviso para intimidar a Hugenberg y otros [26]. La doctora Doris Bünger, viuda del presidente del Tribunal Supremo de Leipzig, me asegura que tanto ella como su difunto esposo estuvieron en continuo peligro de muerte durante los procesos de Leipzig. También me ha revelado que se intentó intimidarla mediante misteriosas llamadas telefónicas, y que varios agentes secretos la mantuvieron incomunicada con el mundo exterior.

Este y otros métodos fueron empleados para

preparar la victoria electoral del 5-III-1933 y el referéndum del 12-XI-1933. Se violentó a la opinión pública mediante engaños, falsedades y asesinatos. Hugenberg hubo de presentar la dimisión; Franz von Papen tampoco permaneció mucho tiempo en la Comisaría general de Prusia. Paso a paso, Hitler fue adueñándose del poder. Hacia el 30 de junio de 1934 había ganado ya tanta autoridad que pudo ordenar una cruenta acción de limpieza en sus propias filas. Durante aquella jornada fueron también asesinados su rival en la Reichswehr, general Von Schleicher, y un amigo suyo, el general Von Bredow.

En esta purga, Von Papen perdió a tres de sus colaboradores y amigos.

Unos cuatro meses antes, el 6 de marzo de 1934 para ser exactos, Breiting tuvo ocasión de ver una vez más a Hitler. Un amigo suyo, el alcalde de Leipzig, Karl Friedrich Goerdeler, recibió al canciller del Reich Adolf Hitler con motivo de una solemne ceremonia: aquel día se colocó la primera piedra del nuevo monumento nacional erigido a Richard Wagner. La celebración vagneriana resultó favorecida con la asistencia de Frau Winifred Wagner. Hitler pronunció un romántico discurso para honrar al gran artista alemán. Hitler, siempre buen actor, derramó algunas lágrimas, y el *Völkische Beobachter* escribió más tarde: «El Führer se mostró visiblemente conmovido por sus propias palabras.»

En el estenograma de Richard Breiting quedó registrada la siguiente observación de Goerdeler sobre aquella memorable jornada: «No sea tan pesimista, querido amigo. Como puede ver, el hombre se ahoga casi en lágrimas cuando habla de poetas y de arte. Ya le he dicho que es un arquitecto en cuerpo y alma. Le daremos la oportunidad de ser arquitecto; tarde o temprano traspasará los asuntos económicos y estatales a los expertos.»

Éste fue el mismo Goerdeler que, como alcalde y consejero de Hitler en cuestiones económicas —fue durante largo tiempo comisario de Abastecimientos del Reich—, protegió a Breiting, hasta su muerte, de las persecuciones políticas. Cuando éste falleció, Goerdeler dirigió, veinticuatro horas

después, una carta manuscrita a la señora Breiting, donde hacía constar las muchas virtudes y los «valiosos consejos» del difunto.

Transcurrido algunos años de régimen hitleriano, Goerdeler hubo de reconocer también que Hitler no era en absoluto artista, sino arquitecto de la muerte. Más tarde, Goerdeler se incorporó a la Resistencia y tomó parte muy activa en la conjura del 20 de julio de 1944. El 7 de setiembre de 1944, se le condenó a muerte por alta traición, el 2 de febrero de 1945 fue ajusticiado.

Muchos miembros de la élite creyeron, como Goerdeler, que aún podría ejercer cierta influencia sobre el canciller nacionalsocialista. Pero Hitler no se dejaba aconsejar por nadie, odiaba toda clase de influencias. Su aversión abarcaba a la alta burocracia, los directores de monopolios, generales, dignidades eclesiásticas, jueces supremos y diplomáticos. Veía en ellos solamente «tipos serviles» y «aduladores incapaces de morir por su señor» (*Mein Kampf*, pág. 261). «Esa élite, educada para la lealtad durante los tiempos imperiales, era falsa e hipócrita y rehuía toda responsabilidad. Así había tantas flaquezas en la gestión de asuntos vitales para el Estado.» Previendo el oportunismo y la pusilanimidad de esas «gentes serviles», Hitler resolvió no permitirles «jamás tomar decisión alguna sobre los problemas vitales del Estado». Asimismo, durante la guerra reconoció exclusivamente a un asesor militar, el general «Jawohl!».* Hitler exigió reiteradamente en *Mein Kampf* una sumisión incondicional a sus disposiciones, y ésta fue también la *conditio sine qua non* que expresó con no menos reiteración ante Breiting. Ésta concernió por partes iguales a las «grandes potencias dentro del Estado», la Prensa —en representación de la cual le visitó Breiting— y la cultura, la ciencia, la justicia, las Fuerzas Armadas y la Iglesia. ¿Qué esperaba todavía la élite después de una advertencia tan patente?

La élite debiera haber buscado y encontrado una salida. Por ejemplo, podría haberse puesto de acuerdo con cristianos y marxistas para solventar juntos la crisis y hacer frente al asalto de

* ¡Sí, señor!.

la barbarie fascista. Sin embargo, la élite enmudeció y prestó gustosamente su apoyo a Hitler. Creyó poder erigir con él una dictadura a la medida de sus propias convicciones. Y eso le fue funesto. Pero lo peor fue que el pueblo hubiera de pagar los vidrios rotos. Desde el principio, esa élite vio rivalidad y antagonismo en todo cuanto formara a la izquierda del centro burgués, es decir, la socialdemocracia y el comunismo. Por ello aplaudió jubilosamente cada vez que se confirieron cargos importantes a personas de tendencia antimarxista. Hitler aprovechó esa actitud para infiltrar a sus acólitos en otros partidos y, sobre todo, en la policía. Los confidentes del NSDAP encuadrados en unidades policiales, e incluso en diversos partidos de la oposición, pudieron —abusando de sus privilegiadas posiciones— no sólo informar a Heydrich, sino también forjar sus intrigas entre las fuerzas republicanas, facilitar el despliegue de los nazis y encubrir sus crímenes. Mencionaremos solamente uno de los incontables ejemplos, todos ellos demostrables documentalmente: En una carta escrita por Rudolf Diels [27], jefe de la Gestapo, para recomendar al comisario Reinhold Heller, se hace constar que este funcionario ingresó en el «partido democrático» durante los tiempos de Weimar con la única finalidad de suplantar a los marxistas y, sobre todo, a los socialdemócratas.

Así, pues, haciéndose pasar por «demócrata», y con su ficticio anticomunismo, Heller pudo sorprender a la República de Weimar y caer sigilosamente sobre sus espaldas. Él y sus colegas Rudolf Braschwitz, Walter Zirpins y Helmuth Heisig fueron la fuerza impulsadora en el proceso del Reichstag (1933) y suministraron su papel en la farsa jurídica de Hans Frank.

Antes del advenimiento de Hitler al poder, la policía criminal berlinesa se mostró ya muy reticente y no quiso atajar radicalmente los desmanes de aquellos «subcomandos» tan temidos entre demócratas y judíos, fundados por Daluege y Heydrich, que bajo el mando del tristemente célebre jefe SS Herbert Packebusch ejecutaron innumerables misiones especiales. Algo similar ocurrió con el servicio secreto militar que, so pretexto de la

defensa nacional, colaboraba ya en 1932 con el engendro de Heydrich-Daluege, el «comando para cometidos especiales», capitaneado por el *gruppenführer SS** Wilhelm Krüger. Sin esa sincronización de los diversos servicios secretos, Hitler no habría podido escenificar jamás su provocación. Los elementos infiltrados se enmascararon con su afiliación a un «partido legal» para enfrentarse con socialdemócratas y comunistas y desalojarlos de sus puestos como enemigos del futuro orden fundamental. Naturalmente, su exagerado anticomunismo no fue prueba suficiente de que sirvieran a la República de Weimar. En los expedientes incoados a antiguos funcionarios de la Gestapo, reaparecidos después de 1945, consta claramente que los militantes de la policía y el servicio secreto hitlerianos colaboraban ya en 1932 con ciertos felones para obtener preguntas «pruebas» de que los judíos proporcionaban dinero y armas a los comunistas con objeto de promover su lucha contra los nacionalsocialistas [28].

Hitler mantuvo el principio de que un estadista, e incluso un funcionario, no necesitan atenerse a las normas jurídicas. Pues bien, esa noción no fue sólo fruto de su engreimiento —él se tenía por un personaje histórico y universal—, sino también de una acusación infundada, a saber, que los adversarios políticos y los judíos cometerían graves delitos contra el pueblo alemán y su propia persona. Según Hitler, los bravos soldados alemanes fueron traicionados ya una vez por la misma «chusma», concretamente cuando los políticos de 1918 les «apuñalaron por la espalda». Consecuentemente, la lucha contra la República de Weimar no necesitaba sujetarse a ninguna norma legal. En tal coyuntura, regían tan sólo el genio y la ley del más fuerte. En efecto, las falsedades y las provocaciones sangrientas fueron el recurso habitual de la nueva moral nacionalsocialista.

Cuando Hitler quiso hacer colgar inmediatamente después del hecho al «incendiario» Van Der Lubbe —aquel miserable y mal empleado instrumento humano— para desembarazarse de su presencia, clamó ante sus vacilantes ministros que él no reconocería la doctrina «Derecho ante todo», aunque se desmoronase toda la vida ciudadana [29]. A pesar de que esta sentencia aparece muy esquematizada en el protocolo de sesiones del 7-III-1933, basta y sobra para revelarnos cuál fue el criterio fundamental de Hitler: a su juicio, era permisible incluso el crimen administrativo, siempre que redundara en interés de la política. La actitud despectiva de Hindenburg respecto a tal principio le impidió liquidar inmediatamente al presunto malhechor, tal como proyectaba. Hubo de esperar muchos meses para acabar con su pobre víctima mediante el asesinato jurídico.

* Jefe de grupo.

Una vez asesinados el general Schleicher, Roehm y sus camaradas, Hitler declaró «actos legales en interés del Estado» todos los crímenes cometidos por orden suya desde el 30 de junio de 1934 [30]. El fiscal general del Estado, Hans Günther, dice al respecto: «Se salvó una vez más el principio de la legalidad; todo estaba perfectamente en orden; el ministro de Justicia del Reich había interpretado el "Pappenheimer" en su sentido más positivo [31].» Cuando Hitler se entrevistó con Breiting le confió ya su postulado —«Derecho es aquello que garantiza los intereses primordiales de la nación»— y agregó que «conferiría amplios derechos discrecionales a los funcionarios de la investigación criminal» para «reforzar la autoridad del Estado».

Ciertos documentos exhumados después de la guerra prueban que Heydrich y el jefe de la Gestapo Müller convirtieron la policía de investigación criminal en instrumento del mando estatal. Ambos procuraron que los adversarios políticos y los judíos fueran estampillados como delincuentes comunes. Para calibrar la lealtad de esos funcionarios y organismos, se tomó como módulo el ingenio que aportó cada uno al castigo de los «crímenes» políticos. La bestial expoliación y matanza de judíos fue sólo una parte de la «criminología científica» [32]. Paralelamente a las medidas administrativas, se reforzó el antisemitismo con una propaganda siempre creciente entre los ciudadanos alemanes.

Aun cuando es un hecho histórico que Hitler sólo pudo contar con una minoría del pueblo alemán para adueñarse del poder, también es cierto

que en fechas ulteriores supo atraerse a la mayoría de los alemanes. Después de 1933, muchos trabajadores cayeron en la trampa, tal como le ocurriera a la clase media, que había esperado inútilmente una solución de la crisis antes del advenimiento hitleriano. Los preparativos bélicos hicieron posible que todos los obreros sin trabajo encontraran nueva ocupación. Los «hombres milagrosos» de Hitler construyeron autopistas para la proyectada guerra relámpago; cada alemán debería poseer un «Volkswagen». El Führer organizó la Cruzada contra el Frío, construyó viviendas, creó los festivales de la producción, promovió el movimiento de «La Fuerza por la Alegría», implantó el servicio laboral para la juventud, honró a madres e hijos, proporcionó a miles de jóvenes la «oportunidad» de hacerse oficiales, y les exhortó con estas palabras: «¡Dos años de servicio militar representan veinte años más de vida!» Cada familia poseyó su aparato de radio mediante el cual Goebbels se introducía en cada hogar. Él no les habló de teorías abstractas, sino de acontecimientos sensacionales, les dijo que allá donde el Führer intentaba emprender algo «grandioso» surgían siempre los espíritus malignos para planear un atentado contra su vida. La guerra civil española y el Frente Popular francés sirvieron para ejemplificar ante los alemanes el peligro universal. Se habló de mujeres y niños españoles regados con gasolina y quemados vivos. La Legión Cóndor que Hitler envió a España fue descrita como una aportación militar para el salvamento de la civilización. Asimismo, cuando Hitler aferró el poder con ambas manos, urdió una serie de provocaciones mayores y menores. La degeneración espiritual de las masas populares tuvo caracteres catastróficos, porque esas gentes no tuvieron posibilidad de establecer comparaciones. No es extraño, pues, que bajo los efectos de la aparente igualdad social y de la propaganda, seis millones de seres entregaran su vida por la patria.

Mientras subsistió el Tercer Reich, la sociedad alemana sufrió un formidable cambio espiritual que no se podrá corregir al precio de una guerra perdida. La transformación estructural fue sólo aparente para posibilitar la esclavización espiri-

tual de las diversas clases sociales, la juventud, los estudiantes, obreros, campesinos, pequeños burgueses, intelectuales, funcionarios, militares y grandes burgueses. Se creó un poderoso estamento social de militares y burócratas con descomunales formaciones paramilitares, y se impuso el trabajo a las mujeres. Todo ello en conjunto equivalió a una movilización total del pueblo. Los supuestos cambios estructurales despertaron esperanzas y apetitos. Ya no se pidió la equiparación, sino los privilegios correspondientes a un nuevo orden continental en una sociedad desigual regida por unos principios opresivos.

Acontecimientos muy recientes han mostrado una vez más que el soldado ordinario puede luchar por una causa injusta en tierra extranjera. Allí donde haya soldados habrá también virtudes militares y disciplina; ellos creerán estar cumpliendo con su deber. No se puede culpar, pues, a todo un pueblo, y menos todavía a varias generaciones.

Sólo se nos ocurre sacudir melancólicamente la cabeza cuando leemos que los jueces de los tribunales berlineses utilizan todavía exclusivamente la maculatura de Leipzig como «pauta documental», y que en 1968 consideren razonable que se conmutara la pena capital dictada contra Van Der Lubbe[33] por ocho años de reclusión menor, justificando sus razones con las siguientes palabras: «Es indiscutible el hecho de que Hitler fue proclamado legalmente canciller del Reich. Asimismo, la desusada cosecha de votos recogida por los nacionalsocialistas en las elecciones de los años 1930-1932, prueba que una gran parte del pueblo alemán confió entonces en Hitler. Tal vez nos parezcan hoy desagradables y dolorosas las apreciaciones del Tribunal Supremo del Reich, porque en ellas se presenta al pueblo alemán como testigo avergonzado de su propia inmadurez política asociada a su falta de instinto; pero no por eso son inexactas.»

Debemos agregar al respecto que aunque los jueces berlineses mencionen «la desusada cosecha de votos recogida por los nacionalsocialistas en las elecciones de los años 1930-1932», parecen haber olvidado los hechos históricos que debieran honrar con su memoria como tales juristas. Desde las elecciones estivales (31-VII-1932) hasta el plebisci-

to de otoño (6-XI-1932) Hitler perdió, según sabemos, dos millones de votos, y con los 11,7 millones de votos NSDAP restantes representó a una cuarta parte del cuerpo electoral alemán antes de asumir el poder.

No sólo se desfiguró la técnica sucesoria mediante el llamado principio de legalidad, sino que también se falseó la personalidad de Hitler y sus objetivos.

Golo Mann ha definido con laconismo y precisión la actitud de Hitler ante el ser humano: «Él sólo decía lo que se le antojaba más provechoso en un momento dado. Tales embusteros son los más convincentes.»

Ante Breiting, representante de la burguesía, Hitler expuso sus teorías sobre el Estado y el parlamentarismo, sobre el Derecho y la paz, sobre la misión de Alemania en el continente europeo y el papel de Inglaterra en el mundo. No quiso inquietar al interlocutor con sus belicosos pensamientos. Sin embargo, es indudable que por entonces había emprendido ya la reorganización del Estado Mayor Central y de la Reichswehr —a lo cual alude él mismo en dicha conversación— y que reservaba los pormenores de esos planes para otro auditorio, el generalato. Rauschning captó una parte de ellos, pero, desgraciadamente, no nos ha transmitido ningún estenograma, sino anotaciones memorizadas que atestiguan los designios bélicos de Hitler. Ante Breiting, el Führer sólo esquematizó su política colonialista. Naturalmente, no se habló de la «solución final», pero sí se mencionó la expulsión y transmigración de los judíos. La solución final estuvo reservada a «los mejores», a quienes materializaron el mito racial bajo el signo de la calavera, los SS. El «Plan General Este» del Reichsführer* evidencia por sí solo que su inspirador fue el Führer.

Cuando un hombre como Adolf Hitler decide plasmar sus ideas y llevar a cabo planes de esa especie, cuando dispone simultáneamente de una monstruosa máquina construida por sus «mejores cerebros», no debemos asombrarnos si oímos decir que su época fue uno de los períodos más

* Himmler.

crueles en la historia universal. Con aplicación e intuición, con unas dotes excepcionales para simplificar y organizar, con fanatismo y métodos condicionados por una voluntad férrea, Hitler marchó al encuentro de sus visiones estratégicas. Su táctica no conoció la moral ni la justicia. Dispuso la perpetración de crímenes para hacerse idolatrar como un semidiós. Mientras tanto, él sabía de antemano que, mediante la monopolización del mecanismo propagandístico podría achacar esos delitos al adversario. Hitler fue un «horripilante fenómeno humano» que concibió e instituyó una monstruosa y aniquiladora organización.

Para desmantelar esa horrible máquina infernal de forma que nadie pueda reconstruirla jamás, no basta con destruirla y darse así por satisfechos, ya que el principal constructor está muerto. Ella resultó de la cooperación entre muchas almas sin las cuales no se le habría ofrecido jamás al constructor la posibilidad de montarla. Los ingenieros pertenecientes al grupo constructor afirman hoy día que la infernal máquina no poseyó nunca las propiedades que se le habían atribuido. Sin embargo, ellos colaboraron hasta el límite y supieron como ningún otro cuál era su verdadera finalidad. Para darles un mentís, debemos estar en condiciones de reconstruir teórica y científicamente el fatal mecanismo. Sólo entonces podremos desmontarlo y esparcir sus diversas piezas a la vista de todos. Sólo entonces nos será posible desenmascarar a los falsarios.

No debemos olvidar nunca que el destino de Alemania quedó sellado y rubricado el día en que Hitler pronunció su juramento de legalidad ante el Tribunal Supremo de Leipzig. Incontables descontentos, idealistas y crédulos interpretaron el solemne juramento hitleriano como un propósito inquebrantable de defender la República de Weimar y su orden fundamental. El «principio de legalidad» y el «camino hacia el poder pasando por el Reichstag» fueron las consignas más eficaces de Hitler, pues con su ayuda él pudo engañar a una buena parte del pueblo alemán. Si hubiese declarado abiertamente que pensaba alcanzar sus objetivos mediante engaños, asesinatos e incendios, para después achacar toda la culpa a

sus adversarios, jamás habría podido consolidar su poder. No fue la ley de plenos poderes del 24-III-1933 lo que encadenó al pueblo alemán con una bestial dictadura, sino la intromisión de un conspirador y usurpador en el poder. Esta irregularidad hubiera sido impracticable sin el artículo constitucional sobre situaciones de excepción.

Tal comprobación es una enseñanza de la Historia que nos conviene retener. Pensémoslo bien, pues las grandiosas palabras sobre legalidad y democracia suelen ser biombos tras los que se esconden y medran ideologías delictivas. No debemos enjuiciar con arreglo a la sonoridad de los asertos sobre afanes legalistas y democráticos, sino guiándonos por el intelecto, la sensibilidad y el acervo espiritual inherentes a esos «campeones de la equidad y la civilización».

En 1933, Alemania no fue víctima de un vulgar improvisador lo suficientemente astuto para aprovechar las oportunidades favorables, como afirman algunos historiadores. El país cayó en manos de un «supermaquiavelo» cínico, sutil y calculador que supo crear, mediante incitaciones, amenazas e intrigas, las situaciones necesarias para la materialización de sus fines y buscar los aliados idóneos en su marcha ascendente. Valiéndose de maniobras desorientadoras para procurarse una coartada efectiva, el Führer manipuló al NSDAP como un delincuente bien enmascarado antes de perpetrar su fechoría. Pero eso no le pareció suficiente. Cuando ocupó el sillón cancilleresco incorporó al Estado la táctica de los bajos fondos, pues tuvo el firme convencimiento de que a tales alturas nadie le pediría cuenta de sus actos. Cuando entabla su conversación con Breiting, Hitler se ha inmortalizado ya; y nadie podrá indagar impunemente sus designios iniciales o sus proyectos. Los métodos fraudulentos del Führer han sido denunciados a tiempo, y las reglas del juego democrático impiden toda ligazón con el representante de una minoría heterogénea y antidemocrática.

Pese a la bestialidad sin igual practicada por Hitler y sus secuaces en Alemania, el pueblo alemán dio innumerables pruebas de su resistencia, ya fuera enarbolando la bandera del honor mediante sus representantes en el extranjero, ya pronunciándose claramente por la libertad y el humanismo en todos los estamentos sociales, a despecho de las espectaculares maniobras diversivas y de las promesas sobre un Reich germánico y milenario. Paladines de la burguesía, el trabajo, el cristianismo, el movimiento liberal, las fuerzas armadas y el Cuerpo burocrático sacrificaron sus vidas por la fraternidad entre los pueblos. No murieron en luchas callejeras como aquellos matones a quienes Hitler diera el calificativo de héroes nacionales y mártires. Tales «mártires» fueron precursores de los jinetes apocalípticos.

Cerebros verdaderamente grandes como Albert Einstein, Thomas Mann y Carl Von Ossietzky previnieron al país contra ese grupo conspirador que hablaba de paz cuando quería decir guerra, que prestaba juramentos de legalidad y, no obstante, planeaba el aniquilamiento de las instituciones democráticas. La destrucción simbólica del Parlamento, la ley de plenos poderes, las encuestas nacionales adulteradas, las leyes de Nuremberg, los tribunales especiales, las órdenes de arresto preventivo y los edictos del Führer que culminaron con la guerra mundial, Auschwitz y la capitulación incondicional, revelan suficientemente los horizontes previstos por este evangelista de nuestro tiempo. ¿Cómo pudo ocurrir que los políticos de entonces dieran crédito a un Hitler, un Goering o Goebbels y desdeñaran las advertencias de un Einstein, un Mann o un Ossietzky? Aquellos «políticos realistas» prefirieron ver en los fascistas profesionales y sus patrióticos timbales propagandísticos el despertar de un pueblo, no el peligro letal para la nación.

Cuando san Juan Evangelista escribió en la isla de Patmos sus revelaciones sobre una catástrofe mundial punitiva, sospechaba ya lo que sería de la humanidad si el poder supremo cayera en manos de un tirano. Por los tiempos de san Juan, Tito destruyó Jerusalén, y su hermano Domiciano, como césar romano, se desembarazó despiadadamente de sus adversarios. Hitler ensalzó a Durero, pero jamás se le ocurrió buscar inspiración en las obras del maestro de Nuremberg. Desde las fechas en que decidió ser político y estadista,

se vio siempre cual jinete apocalíptico en raudo galopar a través del mundo escoltado por la muerte y el diablo. Él conoció bien las fuerzas destructivas y sintió el irresistible impulso de aplicarlas. Incendios, envenamientos, asesinatos y guerras fueron los rocines que le acompañaron hacia el abismo. En 1933 hubo muchos Juanes en Alemania que habían comprendido el simbolismo de Durero; pero, desgraciadamente, prevalecieron aquellos elementos que habían ocupado el brazo más largo de la balanza y se lanzaron alegremente a la aventura en pos del fatídico jinete.

Los estenogramas de Breiting son un documento único porque iluminan certeramente la personalidad de Hitler y sus aspiraciones, descubren el «sinuoso curso mental de Führer» y su estremecedora planificación. Todo cuanto Hitler expuso ante Breiting se hizo realidad durante sus doce años de gobierno, o por lo menos intentó hacerlo realidad. Nadie puede afirmar ya que ese hombre haya sido demasiado estúpido para imaginar y forjar planes grandiosos, a no ser que en su ofuscación tome, como Don Quijote, los pellejos de vino por facinerosos. Solamente los técnicos escenificadores, con Hitler, de cada provocación, los embaucadores del pueblo alemán y de la opinión pública mundial podrían tener interés en presentarlo bajo esa luz. Asimismo, la élite que abusó de su autoridad política para llevarlo al poder, quisiera pintarlo de tal guisa para beneficio de las nuevas generaciones. Según opinan estos técnicos y políticos, no existió ningún Tercer Reich, ninguna ideología universal, ningún despotismo; ellos y Hitler fueron más bien víctimas de innúmeras majaderías históricas que desquiciaron al irascible Führer. Ellos mantuvieron sus posiciones para evitar males peores. Tal argumento sería aceptable si proviniera de quienes debieron inclinarse ante el despotismo y las realidades de la vida y con gran denuedo intentaron salvar al pueblo alemán de las monstruosas garras pardas. Pero no lo será bajo ningún concepto cuando lo formulen quienes esperaron ansiosamente el triunfo de las fuerzas satánicas —como podemos probar, documentos en mano— y mancillaron el honor del pueblo alemán.

Ya cayó el antifaz. Las propias palabras de Hitler le delatan como instigador de todos los infortunios que sufrieron la nación alemana, los judíos y muchos otros pueblos. Siempre se puede imponer una ideología delictiva mediante el terrorismo, pero jamás se podrá perpetuarla.

Muy pocos vilumbraron antes de 1933 el alcance total de los designios y planes hitlerianos. Todo cuanto se ocultó tras los discursos, frases y gestos, todo cuanto permaneció velado incluso en *Mein Kampf*, los ardides y recursos para adueñarse del poder, el golpe de Estado técnico y legal para establecer su absolutismo en Alemania, la brutal expansión por Europa desde el Atlántico hasta los Urales y la delirante visión de un dominio mundial, todo ello lo presentó Hitler como una panorámica ante los ojos de Breiting. Se mostró sin máscara..., aunque no totalmente, pues aún le quedaba la última, la que encubría el caos. Cuando las multitudes aclamaban al Führer, no sospecharon que el objeto de su idolatría encarnaba la destrucción. Hitler quiso erigir un monumento suyo para todos los milenios venideros... Pero sólo nos legó la macabra mueca de aquella cabeza calcinada que, en mayo de 1945, encontraran los rusos entre las ruinas de la cancillería. El pueblo capaz de descombrar un país convertido en mares de despojos, debe encontrar también medios y recursos para desarraigar la maleza mental que ha sobrevivido al funesto pretérito.

¡Ojalá que este documento oriente al pueblo alemán, representado por tantos nombres famosos en las letras humanísticas, hacia el umbral de un mundo nuevo, y le induzca a desoír las especulaciones de aquellos cuya gritería causa inquietud una vez más en el extranjero! ¡Ojalá que todos los alemanes cabales tengan valor suficiente para ajustar cuentas sin contemplaciones con los falsos profetas! La verdad no lleva máscara ni tolera ninguna deformación.

Al término de este libro parece obligada una puntualización. El comentarista dista mucho de creer que la conversación entre Hitler y Breiting revele instantáneamente todos los secretos contemporáneos y que esta glosa sea la *ultima ratio* de una argumentación histórica o sociológica. El

presente texto es, si acaso, un indicio, tal vez ni eso, un incitamiento para la investigación histórica, para inducirle a buscar la verdad y sumirse en ese sagrado empeño. Cada nuevo día es preciso luchar por la verdad. El fabulista y el falseador serán quienes impongan esa lucha a los historiadores de todas las naciones. Nosotros no podríamos tenernos por víctimas del nacionalsocialismo —y aquí incluyo también a los seis millones de alemanes caídos—, si no quisiéramos aprovechar la victoria militar nacida del cataclismo en los frentes, para erigir un futuro mejor de la humanidad. Nosotros luchamos por el alma, por el corazón del pueblo alemán.

COMENTARIOS Y ACLARACIONES AL EPÍLOGO

1. Apenas cumplido su tercer día de canciller, Brüning presentó a los miembros del Gobierno un dictamen constitucional en el que se juzgaba innecesaria la sanción parlamentaria para nombrar o destituir a un ministro, y se opinaba que un Gabinete puede gobernar con el artículo 48 (estado de excepción) y la confianza del Presidente. Ese dictamen estaba en flagrante contradicción con el artículo 54 de la Constitución: "El canciller y los ministros del Reich necesitan el respaldo del Parlamento para ejercer sus cargos." Hitler recordaba perfectamente ese dictamen y su aplicación, que más tarde aprovecharon Von Papen y Von Schleicher. Así, pues, se le facilitó por adelantado "la marcha hacia el poder" y sin el consenso del Reichstag. Sin embargo, él no utilizaría ese artículo 48 de la Constitución para proteger la República, sino para desmontar sus instituciones.

2. Stresemann siguió así el ejemplo de Walther Rathenau, quien el 16-IV-1922 firmó el tratado de Rapallo en virtud del cual se reanudaron las relaciones diplomáticas entre Alemania y Rusia.

3. En su sutil análisis de los resultados electorales, Karl Dietrich Bracher demostró —sin conocer la conversación secreta entre Hitler y Breiting— que Hitler, pese a su excelente propaganda, no pudo modificar esencialmente la base estructural del electorado, y que no habría alcanzado jamás el poder si hubiese adoptado un procedimiento democrático. (*Die Auflösung der Weimarer Republik*, Villingen, 1960).

4. En mayo de 1918, el "Partido de Trabajadores Alemanes en Austria" adoptó ya el título de "Partido de Trabajadores Alemanes Nacionalsocialistas". En enero de 1919, Drexler y Harrer, fundadores de un partido similar en Munich, aplicaron también el epíteto "nacionalsocialis-

ta" a su Movimiento. Como es sabido, Hitler se agregó a este grupo, asumiendo poco después el mando del mismo.

5. El "Tercero" o "Gran Reich alemán" debería ser el de los nacionalsocialistas. La designación "Tercero" no responde a una sucesión cronológica (Imperio romano-germánico desde el 962 hasta el 1806, e Imperio Hohenzollern de 1871-1918), sino más bien a un programa: el "Imperio tercero y eterno" que profetizaron las sagas medievales. Este concepto fue popularizado por el libro *Das Dritte Reich* del conservador Arthur Moeller Van Den Bruck, quien glorifica en sus páginas el estilo prusiano. Los nacionalsocialistas asimilaron esa expresión y la emplearon incluso en su canto guerrero *(In München sind viele gefallen)*, donde dice: "Pero quedan todavía miles de combatientes para el Tercer Reich, el Gran Reich alemán".

6. "Derecho es aquello que asegura los intereses vitales de la nación", dijo Hitler a Breiting. En otros párrafos haremos todavía algunos comentarios sobre sus conceptos jurídicos.

7. Los generales de la Reichswehr apreciaron y temieron a un tiempo la forma en que Hitler hizo organizar su Servicio Secreto y sus formaciones paramilitares. El discurso pronunciado por Hitler durante el debate sobre la ley de plenos poderes (23-III-1933) para responder al diputado socialdemócrata Wels, causó gran impresión entre los políticos conservadores, como Hugenberg.

8. Estos datos proceden de la alocución pronunciada por Hitler con ocasión del Año Nuevo (1932, *Völkischen Beobachter*, 1-2 enero 1932). Esas cifras ponen de manifiesto que casi la mitad de los afiliados nacionalsocialistas estaban en las formaciones paramilitares. Su número no distaba ya mucho de ese millón que Hitler creía necesario para enfrentar a los burgueses con la alternativa: "bolchevismo o nacionalsocialismo."

9. A Hitler le interesaba vivamente asumir el mando de la Policía incluso antes de formar Gobierno, como lo prueba la conversación entre él, Von Papen y Goering celebrada el 29 de enero de 1933. Von Papen escribe al respecto: "Cuando tocamos el tema Prusia, ambos caballeros indicaron que el mecanismo de la policía prusiana, acaparado durante más de medio siglo por el SPD, requeriría una buena limpieza si se pensaba hacerlo funcionar a pleno rendimiento contra el terrorismo comunista." *(Sobre el fracaso de una democracia)*, (Maguncia, 1968, pág. 381).

10. Nos extenderíamos demasiado si quisiéramos analizar aquí las tendencias predominantes en el generalato como consecuencia de esa situación política interna. Nos contentaremos, pues, con indicar que Hitler se las arregló, mediante su Servicio Secreto, para dividir la oficialidad y ganarse a una parte de ella. Estos oficiales desempeñaron un papel decisivo en la destitución del canciller Schleicher, e influyeron sobre Hindenburg hasta hacerle entregar ese alto cargo a Hitler. Valiéndose de sus "confidentes", cuya red se había extendido considerablemente hacia fines de 1932, Hitler logró impedir que Schleicher asumiera la cartera de Defensa en su Gobierno de coalición. Hizo circular el rumor de que Schleicher intentaba desencadenar un alzamiento y encarcelar a Hindenburg.

En 1963, Giselher Wirsing pretendió presentar esa noticia tendenciosa, a la cual contribuyeron los corresponsales del *Täglichen Rundschau*, como prueba de que el "círculo conspirador" había encontrado unos cómplices inesperados en los generales Schleicher y Hammerstein para llevar a cabo su proyecto: arrestar a Hitler antes de su nombramiento. (*Christ und Welt*, 21 de enero de 1963). Tal afirmación no puede ser más absurda, pues ningún general abrigaba tales propósitos por aquellas fechas.

11. También manifestó Hitler en presencia de Breiting que los grandes adelantos técnicos eran obra exclusiva de los alemanes. Parece ocioso decir que la ciencia ha progresado mucho en todos los países, y que la investigación científica no requiere visados, como dijo en cierta ocasión Joliot-Curie. Precisamente aquellas personas expulsadas de Alemania contribuyeron excepcionalmente con sus conocimientos y su dedicación a la defensa del mundo democrático. En 1958, Wernher Von Braun me dijo con ocasión de un congreso: "El avance técnico depende del crédito que se conceda a los científicos."

12. Discurso electoral de Hitler en la primera mitad de 1932. Max Domarus, *Hitler-Reden und Proklamationen*, Würzburg, 1962, pág. 116.

13. Se presentaron varios oficiales de la Reichswehr escoltados por una fuerza armada y dispusieron el arresto de Otto Braun, ministro presidente, Karl Severing, ministro del Interior, Albert Grzesinski, jefe de la Policía berlinesa, y Bernhard Weiss, subjefe de la Policía. Fueron destituidos asimismo el comandante de la Policía de Seguridad berlinesa, varios jefes de policía y altos funcionarios provinciales.

14. Si Hitler hubiese provocado una disputa sobre su derecho a la cancillería no se le habría concedido, ciertamente, esa audiencia. Según un rumor bastante extendido por la opinión pública, Hindenburg había dicho que, mientras él viviese, el "cabo bohemio" no pondría pie en su residencia de la Wilhelmstrasse. La audiencia fue un mentís a ese rumor. Hitler había franqueado el Rubicón.

15. Esta entrevista, concertada por el jefe de Prensa del NSDAP, Otto Dietrich, es decir, la misma persona que preparó el coloquio entre Hitler y Breiting, muestra que Hitler y sus colaboradores habían percibido ya cuáles eran los pensamientos más adecuados para la gran masa de consumidores y cuáles para las personalidades intelectuales y burguesas.

16. Se ha extraído este texto del legado de Richard Breiting para completarlo con las anotaciones de otros taquígrafos presentes. Desgraciadamente, muchos historiadores han desestimado el discurso de Oberfohren.

17. Franz Von Papen: *Sobre el fracaso de una democracia,* Maguncia, pág. 385.
18. A esas alturas, la coalición disponía de 196 escaños NSDAP y 52 nacionales alemanes de los 584 que componían el *Reichstag.* Ambos partidos obtuvieron sólo 14,8 millones de votos cuando el cuerpo electoral constaba de 44,3 millones. Ni los amenazadores peligros externos ni los internos constituían suficiente justificación para que Hindenburg designara canciller a Hitler, tras los sucesivos fracasos de Brüning, Von Papen y Schleicher con el artículo 48 de la Constitución. Evidentemente, fue preciso desacreditar a los restantes partidos representantes de la mayoría. Por fin, los nacionales alemanes encontraron un socio. Y Oberfohren tuvo que claudicar.
19. En el primer volumen de sus Memorias, Von Papen se refiere al incendio del Reichstag que, según él, fue un recurso de Hitler para imponer el decreto ley de Hindenburg. Entre otras cosas, aduce que los nacionalsocialistas no fueron culpables del incendio, según declararon el jefe de la Gestapo Rudolf Diels y el comisario de investigación criminal Helmut Heisig. Sin embargo, el antiguo vicecanciller hitleriano ni siquiera confía ya en tales "testigos".
20. Von Papen pronunció este discurso, como canciller, en Berlín el 10-X-1932 ante el personal de la Central de Reclutamiento del "Wolksdienst".
21. Recopilación de Cuno Horkenbach, *Das Deutsch Reich von 1918 bis heute,* Berlín, 1933.
22. Especialmente decepcionante para Hitler fue el resultado electoral en Berlín, la ciudad que, según dijo a Breiting, era un montón de inmundicia. Pese al terrorismo nacionalsocialista, los socialdemócratas y los comunistas obtuvieron en las elecciones del 5-III-1933 un 53 por ciento de votos, mientras que el NSDAP sólo alcanzó el 31 por ciento. Un 69 por ciento de electores se pronunciaron contra el partido nacionalsocialista. Junto con sus aliados, los nacionales alemanes, Hitler consiguió un 40 por ciento escasamente.
23. Se dio a conocer en el extranjero que Oberfohren había adoptado una actitud antinazi y que estaba bien informado sobre las circunstancias del incendio. El *Manchester Guardian* publicó, entre el 26 y 27 de abril de 1933, un "memorándum Oberfohren" acerca de esos hechos, aunque éste resultó ser un escrito capcioso de ciertos elementos antihitlerianos.
24. Conviene observar aquí que, poco antes de su muerte, Oberfohren fue obligado por algunos compañeros del partido a firmar, como jefe de minoría, el proyecto de ley sobre los plenos poderes y a votar por la reforma constitucional. Otros muchos se doblegaron también, ya fuera por miedo u oportunismo.
25. Tras el asesinato de Klausener, Hitler hizo publicar un comunicado en el que se daba a entender que el jefe de Acción Católica se había descerrajado un tiro para evitar su detención. Después de 1945, el asesino SS Gildisch, conchabado con Heydrich, confesó haber disparado contra Klausener obedeciendo órdenes superiores y haber puesto la pistola en su mano para simular un suicidio.

26. Según las notas de Richard Breiting, Goebbels despachó a su colaborador Karl Hanke hacia Kiel, el 5-V-1933, para solventar el caso. "El asesinato de Oberfohrer dejará mudos a los valientes y hará temblar de miedo a los otros", dijo Hugenberg a Breiting el 10 de mayo de 1933.
27. Carta de Diels a Goering del año 1934. Archivo Secreto del Estado prusiano, Berlín.
28. Carta original de Willi Thamm, el "rey de los facinerosos berlineses", a un colaborador de Müller (jefe de la Gestapo). Esta misiva, del año 1933, se halla en mi poder.
29. No es objeto ni intención de este epílogo demostrar con pruebas fehacientes que Hitler tendió una trampa al extremista izquierdista holandés y le sometió a un trato cruel en la cárcel y antes de la ejecución; en estas páginas parece más adecuado analizar la ideología nacionalsocialista y la técnica del golpe de Estado. Observemos, sin embargo, que el editor ha dedicado un libro al estudio del incendio, donde se demuestra irrefutablemente, mediante documentos e investigaciones criminológicas y tecnológicas, que un puñado de elementos SS mandados por Daluege y Heydrich incendió el Parlamento cumpliendo órdenes de Hitler. Así, pues, las SA no fueron culpables de ese delito, como suponen muchas personas y según se ha divulgado erróneamente en el extranjero. Hitler no habría confiado jamás un secreto de tal magnitud a aquellas SA, políticamente tan inestables.
30. Boletín Oficial del Reich, 1934, pág. 529.
31. Fiscal general del Estado Hans Günther en su ponencia: *Bewältigung der Vergangenheit,* Berlín, abril de 1967.
32. El *obersturmbannführer SS* y jefe de la Investigación Criminal, doctor Walter Zirpins, escribió en el periódico editado por Heydrich *Kriminalistik* (setiembre-octubre 1941) un artículo bajo el título "El ghetto de Litzmannstadt visto desde un ángulo criminológico", donde decía que "esos nuevos horizontes son fascinantes, resultan tan polifacéticos como interesantes y, sobre todo, son de agradecer profesionalmente; en suma, son muy satisfactorios". Zirpins y sus colegas se hacen pasar ahora por testigos principales de una extraña leyenda: según ellos, Hitler no ordenó el incendio del Reichstag ni necesitó cometer tal delito, pues le respaldaba ya todo el pueblo alemán. Falta por saber si el ghetto de Litzmannstadt hubiera fascinado a todo el pueblo alemán tanto como al jefe de la Investigación Criminal, Zirpins.
33. Resolución del 21-IV-1967 sobre la propuesta del Fiscal general del Estado respecto a la conmutación de la pena capital, presentada el 23 de diciembre de 1933 ante el Tribunal Supremo del Reich en Leipzig. Podemos preguntarnos con razón si los jueces berlineses no dictarían sólo ocho años de prisión contra Van Der Lubbe para poner de

manifiesto la "falta de instinto", o más bien la culpabilidad colectiva del pueblo alemán mediante un fallo *urbi et orbi*, como si todos cuantos dudasen de que Hitler había alcanzado el poder por la vía legal y con el consenso popular mereciesen una condena.

EN ESTA MISMA COLECCION

BIOGRAFÍA E HISTORIA

EPISTOLARIO I (1873-1890). Sigmund Freud
EPISTOLARIO II (1891-1939). Sigmund Freud
NAPOLEÓN TAL CUAL. Henri Guillemin
HITLER SIN MASCARA. Edouard Calic
EL PRECIO DE MI ALMA. Bernadette Devlin
...Y MUSSOLINI CREÓ EL FASCISMO. Néstor Luján y Luis Bettonica
LOS ALMOGAVARES. José M. Moreno Echevarría
BREVE HISTORIA DE RUSIA. Alan Earl

VIAJES

SUECIA, INFIERNO Y PARAISO. Enrico Altavilla
LA EUROPA DE LENIN. Fernando Díaz-Plaja
MANUAL DEL IMPERFECTO VIAJERO. Fernando Díaz-Plaja
PASAJERO EN CHINA. John Kenneth Galbraith
AMANECER EN CHINA. Angel Zúñiga

CLASICOS

RUBAIYAT. Omar Kheyyam
EL RETO. Anton Chejov

REALISMO FANTÁSTICO

EL MISTERIO DE LAS CATEDRALES. Fulcanelli
LOS LIBROS CONDENADOS. Jacques Bergier
REGRESO A LAS ESTRELLAS. Erich von Däniken

POESÍA

POEMAS. Miguel Hernández
PAIS. Blas de Otero